

# **RESISTIENDO AL OLVIDO**

**Memorias de una mujer indígena  
sobre la búsqueda de un desconocido**



**DANIELA ANDREA MOSTACILLA**  
Edición por John Sabogal y Elisa Ribeiro

# RESISTIENDO AL OLVIDO

Memorias de una mujer indígena  
sobre la búsqueda de un desconocido

DANIELA ANDREA MOSTACILLA



RESISTIENDO AL OLVIDO  
Memorias de una mujer indígena  
sobre la búsqueda de un desconocido

Versión digital: Junio, 2026

Versión impresa: Julio, 2025

ISBN: 978-628-01-9694-7

Autora:

DANIELA ANDREA MOSTACILLA

Traductoras:

Carmen Rosa Piamba Bomba

Lizeth Yamile Cayapú Guetoto

Revisión Traducción para versión digital:

Sammy Willington Tombe Osnas

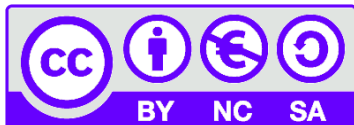
Versión Audio Nasa Yuwe:

Carmen Rosa Biscué Guetoto

Producción editorial

Azul de bolsillo

*Dedicado a todas aquellas mujeres que luchan  
por darle dignidad a nuestrxs desaparecidxs*



## ÍNDICE

|                                                                 |     |
|-----------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo: Caminos compartidos.....                               | 8   |
| El fin de una agonía, camino a la calma.....                    | 14  |
| NXUS ÊN PÇUUNA SÊHTE' FXI'ZEWAJ DXI'J PHAATEK.....              | 22  |
| Mi papá tenía nombre: Miguel.....                               | 28  |
| Pistoleros y bandoleros ¿juego de niños?.....                   | 36  |
| Diana, un homenaje a nuestra historia.....                      | 44  |
| DIANA, KWE'SX FXI'ZENXIS JXTHUTHE VXITNXI" .....                | 56  |
| Notas para una despedida.....                                   | 62  |
| La guerra no es cosa de niñas.....                              | 68  |
| Mi primer lugar seguro, mi escuela.....                         | 82  |
| Mi profe Marta, recordando tus palabras.....                    | 90  |
| KAAPIYA'SA MARTHA ÎKWESX NÊEWEWNXITX YAHTXNA.....               | 100 |
| Espirales íntimas de las violencias.....                        | 108 |
| Entre la inocencia y las tácticas de guerra.....                | 116 |
| Señales de la naturaleza.....                                   | 124 |
| Caminando, descubriendo y conversando: así busque a papá.....   | 132 |
| Hija del monte.....                                             | 142 |
| Memorias que duelen, cicatrices en el alma .....                | 148 |
| UniValle: un nuevo horizonte.....                               | 154 |
| Nuestro reencuentro y un adiós que estaba en pausa.....         | 164 |
| KWE'SX PUUTX U'YNXI KHÎIÇXA TXUUTEWA<br>SEJXÂ' ÂSU'NE TXÂA..... | 172 |
| Las búsquedas son comunitarias.....                             | 176 |
| Carta a la niña Daniela.....                                    | 184 |
| Epílogo: somos un océano de recuerdos.....                      | 190 |
| NMEHTEWE'SX: YU' WALA NA'W<br>YAAKXNXISA JXI'PTHAW .....        | 198 |
| Anexo: la búsqueda de Daniela.....                              | 204 |
| Semblanzas.....                                                 | 210 |
| Bibliografía.....                                               | 212 |

## *Prólogo: Caminos compartidos*

“Llevo varias semanas sin escribir, pero con muchas emociones a flote. Me confirmaron que uno de los cuerpos hallados en el cementerio de El Tarso es mi papá”. Así comienzan las memorias de Daniela Mostacilla, una joven indígena Nasa oriunda de Caldon (Cauca), que por años buscó incansablemente a su padre, un guerrillero desaparecido del cual no tenía recuerdos directos sino apenas retazos de memorias. Emprendimos la idea de acompañar la escritura de sus memorias a mediados de 2022 y pronto nos dimos cuenta que este libro no sólo incluiría los recuerdos de la búsqueda por su padre, sino también las vivencias íntimas de una mujer crecida en una región de violencias y resistencias.

Durante más de dos años y medio, transcribimos cuidadosamente los escritos a mano que Daniela iba creando a medida que revisitaba las memorias de su vida. Ideamos una metodología de relectura, diálogo, reescritura mediante encuentros periódicos, que en ocasiones involucraron coordinar nuestros tiempos entre países diferentes: Colombia, Brasil, Guatemala y Estados Unidos<sup>1</sup>. Los encuentros también nos permitieron entretejer lo escrito y lo conversado con archivos personales, mapas del territorio e intervenciones desde las artes plásticas que nos retaron a pensar otros lenguajes. La palabra de Daniela, principalmente la escrita pero también la hablada, fue siempre el camino que estructuró el proceso.

1. Para una reconstrucción detallada de las metodologías y una reflexión sobre el proceso véase: Mostacilla, D.; De Oliveira, E. & Sabogal, J. (2023) « El Caminar de la Palabra: Encuentros de Búsqueda, Memorias y Sanación ». Periódicus 19(1) : 151-169. <https://doi.org/10.9771/peri.v1i19.53009>

Estas memorias van más allá del recuento personal. Recogen en parte la vivencia de miles de mujeres que siguen buscado a sus seres queridos desaparecidos en medio de la guerra, de jóvenes que han crecido en zonas rurales bajo las reglas de los grupos armados, de comunidades indígenas que se resisten a la violencia a pesar de su siniestra fuerza centrífuga, de mujeres que siguen levantando la voz para retar los relatos oficiales del olvido. Así como las memorias y la escritura en espiral de Daniela, el libro escapa a la lógica lineal y a las dicotomías simplistas, porque de esa manera son los procesos de búsqueda de los desaparecidos y las experiencias de quienes viven en medio del conflicto.

En los últimos años la guerra ha vuelto a extenderse por Colombia. El Cauca sigue siendo epicentro de violencias que impactan especialmente a sus poblaciones rurales, concentrando las cifras más altas de líderes sociales y excombatientes asesinados, así como un aumento en el reclutamiento de menores, principalmente en comunidades indígenas. Las memorias de Daniela no sólo son un testimonio que nutre la memoria histórica sino un urgente llamado a transformar las múltiples causas que reproducen el conflicto armado interno. La voz de Daniela nos interpela directamente como sociedad colombiana desde su caminar como una mujer joven indígena, buscadora y activista, que sigue incansablemente exigiendo el regreso de todos los desaparecidos.

Estas memorias guardan y comparten, en un increíble relato, la fuerza de quienes se siguen negando a que el horror se repita, sabiamente obstinadas a construir presentes y futuros distintos.

Editores, Mayo 2025.



# Los vacíos de la desaparición en nuestros territorios...



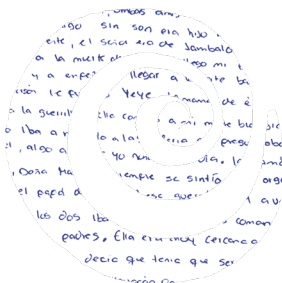
**En el Cauca se estima que al menos 2.629 personas han desaparecido por el conflicto armado entre 1961 y 2016, según la UBPD.**



**Sin embargo, tras la firma del Acuerdo de paz este flagelo persiste. En el país, según cifras del CICR, cada 36 horas en promedio, desaparece al menos una persona en el contexto del conflicto armado y la violencia, siendo el Cauca una de las regiones más afectadas.**



*El fin de una agonía,  
camino a la calma*



Llevo varias semanas sin escribir, pero con muchas emociones a flote. Me confirmaron que uno de los cuerpos hallados en el cementerio de El Tarso es mi papá, y al principio no sabía qué sentir, solo lloré. Todo fue confuso, pues era la confirmación que necesitaba para acabar con una agonía que pensé sería eterna. De otro lado, ya con esa certeza, un sentimiento de tristeza me desbordó, pues estaba muerto y hasta ahora no puedo creer que la única imagen que tenga de él sea un esqueleto tirado en un hueco. Tal vez deba resignarme y asumir como un triunfo el hecho de que por fin lo encontré y que ya no tendré que buscar más.

Desde pequeña siempre tenía un sueño repetitivo y era verme de la mano de un hombre, saliendo de una iglesia. En el sueño procuraba verle el rostro, pero sólo se veía una especie de nube negra. Tal vez sea la necesidad, que tenía desde pequeña, de saber quién era mi papá pues anhelaba conocerlo físicamente. Era irónico que la mayoría de personas que me rodeaban lo conocieran y yo no pudiera hacerlo.

Fue un sueño muy recurrente siendo niña. Cuando era pequeña tenía un vestido rosadito en encaje que usaba con unas medias que tenían boleros. Tengo la imagen muy intacta de cómo me veía en el sueño. De pequeña me rapaban la cabeza y el cabello me crecía como apretado. Fui bautizada en una iglesia en Santander de Quilichao, no sé cuál, pero en mi sueño la que veo es la del parque principal. Me veo saliendo de la iglesia con él. En las gradas, saliendo hacia la vía principal, siempre trataba de mirarle la cara al hombre de traje que me llevaba de la mano, pero todas las veces veía esa nube que tapaba su rostro y me lo impedía ver. Me levantaba llorando, con la sensación de tristeza y de asombro, preguntándome qué estará pasando. Tal vez era mi misma mente, porque el querer encontrarlo a él se



había convertido en una obsesión. Quería, al costo que fuera, encontrarlo y saber quién era él, quién había sido o qué tanto era lo que había hecho, tanto lo bueno como lo malo. Ese sueño era muy frecuente.

Es indescriptible lo que sentí el día que le encontramos. Y es que ver esa ropa camuflada envolviendo unos huesos me llenó de un vacío, no podía creer que por fin estaba frente a mi papá, no en la forma que esperaba, pero él estaba ahí de algún modo. Verlo en ese hueco, como un animal abandonado, me llenó también de ira, pues más allá de todo, es un ser humano y si hubiésemos crecido en una sociedad, en un estado, con condiciones dignas, tal vez él no habría terminado así. Buscaba culpables de haberlo encontrado en esas condiciones. Al final de todo pensé en qué tan egoísta llegó a ser él para prolongar su estadía en un espacio lleno de muerte cuando sabía que tenía una hija. Cuando él mismo conocía de primera mano lo difícil que es esta sociedad, como para no pensar en el bienestar de su familia.

Sin embargo, yo no era quién para juzgarlo, pues desde los 13 años empecé a involucrarme en un espacio que sólo me llevaría a la muerte, buscando venganza, buscando un lugar dónde sanar toda la rabia que sentía. Muchas personas no entendían por qué buscaba con tanta fuerza a un hombre que jamás conocí, a un ser del que solo tenía su sangre, nunca nadie entendió el por qué y la verdad no me importaba, no me interesaba explicar por qué buscaba a un desconocido al que llamaba papá.

Hoy me gustaría que la gente entendiera lo horrible que es crecer en el abandono, en el olvido. Así crecí yo, olvidada y abandonada por aquella persona para la cual debí serlo todo: mi madre. Supuse entonces que así se sentiría mi papá, olvidado y abandonado, sólo, en algún lugar, enterrado como un animal. Parece ser que a mi madre nunca le importó dónde o cómo murió él, nunca se esforzó por buscarlo, sólo pasó la página y continuó. Entonces sólo quedaba yo, y es que a pesar de que no lo conocí, sentía un gran vacío por su ausencia, pues imaginaba una vida mejor si él estuviese vivo.

Sólo no quería que él se sintiera olvidado y abandonado tal como yo me sentía en vida. Me aferré a tal punto a la idea de lo que sería una vida con él, que llegué a generar cariño y amor por la imagen de un padre que sólo vivía en mi imaginación, pues sólo quería alguien que me hubiese cuidado, que hubiese evitado todos los abusos a los cuales desde niña fui sometida. Cada día que pasaba en esa guardería, en esa maldita casa, solo me destruía y creaba en mí un vacío que a la fecha no he logrado llenar. La conexión más fuerte entre mi papá y yo es que ambos fuimos olvidados y abandonados por quienes debieron amarnos.

No sabré qué duele más, si el abandono y el olvido, o las cicatrices del maltrato que hay sobre mi cuerpo. Sólo espero algún día mirarme al espejo y no recordar la niñita que fui. A veces pienso que la vida sólo me alejó de un destino fatal que pude haber tenido al lado de mi padre, pues era costumbre de que los hijos ingresaran a las filas de las FARC. Muchas personas decían que me había salvado y que agradeciera que tenía techo y comida, que podía estar viva para bien o para mal. Entonces yo sólo pensaba en qué sentido tenía vivir en las condiciones que tenía, abuso sexual, maltrato físico, maltrato verbal, para eso prefería morirme. Y fue así como empecé a desarrollar el deseo de querer morirme, a pensar en cómo hacerlo. Pero de otro lado, me decía a mí misma que quería vivir,irme, empezar de nuevo. Así que mis primeros 16 años los pasé con la cabeza ocupada entre vivir o no vivir más.

Cuando se me presentó el momento de conocer a la guerrilla me sentí bien, era un orgullo seguir los pasos de mi padre, un hombre reconocido por su elocuencia y como dijeron hace poco, “un duro para el combate”. Me sentía bien al sentir que otras personas me veían “bien”, lo que no entendía era que solo era un objeto en un juego, y que esa cordialidad que tenían para conmigo era una táctica, era la forma recurrente que usaban para manipular emocionalmente a aquellos que habían crecido en condiciones difíciles. Y yo era un caso prácticamente perfecto, hija de un comandante, abandonada y maltratada, así era casi lógico que me iba a inclinar hacia donde viera un poco de respeto y cariño. No tuvieron que decirme mucho para odiar y desarrollar un sentimiento de venganza tan



grande hacia la fuerza pública. Lo curioso de todo es que odiaba, a morir, a los militares porque me decían que ellos habían matado a mi papá, pero con el tiempo me enteré de que fue la policía; de todas maneras, ellos me caían mal, pero no llegaba al odio.

El hecho de que la guerrilla se presentara como salvadores, los protectores y nos llevaran a cruzar esa delgada línea entre víctima y victimario los hace seres despreciables. Tal vez nunca nos pusieron el arma en la cabeza para que hiciéramos algo, pero se aprovecharon de nuestra soledad, del dolor, del abandono para crear en nosotros sentimientos desbordantes de ira y odio. Al día de hoy, mirar cómo fui manipulada y usada para ayudar a asesinar a otros me carcome la conciencia y es aquí en donde uno se llena de dos sentimientos fuertes. Por un lado, rabia de tener que haber crecido en tanta desigualdad que terminara uno en un mal camino. De otro lado, tristeza porque al final del día todos éramos personas con una historia que contar. Cada muerto es una historia, una familia, una persona. Todo esto lo entendí mucho después, cuando ya había cosas irremediables, casos tan cercanos como el de doña Carmen<sup>2</sup> buscando a Andrés, no se sabe cómo pasó todo, solo que se los llevaron y hasta hoy está ella esperándolo.

Escribir y recordar, recordar y escribir, algo tan sencillo de leer, pero tan difícil y tan profundo. Cada letra que escribo me lleva a un pasado memorable que espero poder resignificar, espero algún día poder creer que todo lo sucedido fue circunstancial y que difícilmente podía cambiar el rumbo, que era una niña.

2. Por razones de confidencialidad y seguridad, los nombres de las personas han sido cambiados.



NXUS ËN PÇUUNA SËHTE'  
FXI'ZEWAJ DXI'J PHAATEK



Maz ki'suya'j fxi'jme u'pthu, napa ûuste' Weçx weçxa yaaki't. Txâa pa'katey yuwe ewsa thuuthe'jtx, Tarso kiwete Teeçx kwekwe uythaw uusa pedaanxi kiwete u'pa txâ' û'kwe tata' jxi'tx, txâ'jxina pta'sxte' Ma'w yaakxwa'ja's jiyumet, mâ'w yûuki't sûhn yahkxwa'jas jiyumeçxa î'nçxat mej û'ne. Kihpa jiyuweçxmeek yûu. Txâa pa'katey ew jiyute yû' nxûs ên kteek îsate nmej yûun seh txâ'wme baaçx yuhpa pçuume paana sûnthuj u'ju'. Açâ' vxite yuwete, txâa uynxi's ew jiyuya'jçxha' wala nxuswa'ja's uyna kâht, txâa pa'katey uyte açxpajwa txâ'wne yûukx sûjuçmet, û'kwe nmej uynxi' dxi'tkweçxaa kafxte wâatanxi u'ptet uy.

Meeçxa' kxtee pa'jçxhanakx açâ' naa uynxi's ma'wtepa knaythukx sa' peena' pakwewa'jmee yûunakx sunthuj yahkx.

Leçxkwetey yû' mazuspa ksxa'wut Teeçx piçthe'j pu'kisnxi Dxuus yatuj kasejeççxa. Sa' ksxa'wteičxaa meh dxi'pas kimki suhçxa thegwêje't , napa tâaph khûçx çxaak dxi'p jinxisayu' vxaaya' kiite'. Meeçxa uypaç uypaç suhya' yahkxte Leçxkwetey ksxa'wnxik txâ'w vxa' mawetepa Kim Û'kwe tatakx sa' ma'we jxkwehkwekx sûnxit jxi'phu' açâ' kteymeeyuja' mää nasapa jxuka jxiitepa û'kweyu ebuumet.

Txâa ksxa'wnxi yu' wala thâanate vxa'k luuçkwetey. Txâa pa'katey Leçxkweyçxa Teeçx atx athnxiisa bej atesa îsçxa vxite çxidate athnxisa khâskwesa ji'pthuj vxa'. Txâa athçxa ksxa'wte vxanxi's açxpajwa peçxkanume ji'pthuj sa' Leçxkwetey dxikthe's jxuka suupi'tx, açâ' dxkhaas yu' Mej zuunathej buçxa'. Û'kwe' çxhab wala Santader de Quilichao yaasenxi yûu, matepa jiyumeet, napa ksxa'wteyû' kaasenxi' txak walate Dxuus yat usa' txaak Vxa'. Txaa ksxa'wteyû' û'kwe tata yakh kaasejeççxat uyu'. Dxuus yat ekate weh sa'jwa' ji'pha' txkhee pu'kisnxi dxi'j walate



kasejeçça, wala dxi'pas thêgweje't maa Piçkwe' û'kwes pu'kisçxa kasejeçki sũçxa, napa Baaçxpa txāa taaph khũçxçak dxi'pas apçxa thegwa' jipme vxa'. Deenxi'ju kiiteçxa' meh û'net wala nxûs yahkxna jiyumee na'sthuj ya'paapejxna We'we' ki'h nxuun û'ski. Meeçxa û'kwe dxikthee içxama'k txāw yaaki' txāa pa'katey û'kwe tata itxitey uynxi'weenetka jiphũ. Meh thaakwe yakhxthu sa' tata yakh ja'da fxi'jwa' mǎwki sũju't, txaju' peeykajxa' takthuj tata peeykahnxi ma'wekx suhnat û'kwe dxikthee ũus yaki', txāa pa'katey û'kwe's thêgwa'sat meh ithāas û'kwes luuçxtey meh ptxuutx aça' itxipaça' nwe'wa ne' yu' sũju't, luuçx jxpe'jnxu yathte u'pçxa ên isath ksewna txāa yaahte u'pasa' û'kwe iicxa Ewme yũun kihpa ũus dxiju wêtmeesa yahkxna' açx pkaçx Wāt sa jxi'phmet. Aça' û'kwe tata yak wejxkwe çxhaçxha pdxi'punxiyu' je'zsay pêeykahsa jxuka peeçxkanunxii ki' thegna jxpe'nxime ûsthaw sũju't.

Baakaçxtepa jiyume'nja kih wejxkwe akakx, thegmee peçxkanunxi', meeçxa, û'kwe kwekwe's ptxuute kpā' weetnxi akama'k sũju't. Tejwed yũupa û'kwe kwekwe's çaam pdxi'pujsate thegçxa' luuçxkwetey ma'wene'tka yu' yaakxwēmeet. Sa' maaweteyũ meh senasaju ênuj txu'jdene' û'kwe tata yakh u'ju' paçwa txāa pa'katey yu'kh nasa FARC yaasesatetx luuçxtxim txāawe'sx kselpi'jwa' nwiitxi'sak yũ. Pee mazkwesaa nasatx û'kwes ewme dxi'ju' iyu'g jĩn we'we'wejxpa weçxa yat Vxite' û'wahpa jiphũ jitxh ew yũwa'j meçxa ewmete fxi'zewa'mak.

Txājũ' û'kwe ũus yahkxçxa kxihyuwa'j fxi'zewa'j j'phkit naweçxa fxi'zena u'juçxa, û'kwes nuwena kpa' vxĩtna, wêesxunatxyu' aça' teejwed yuua uute ewna sũju't. Txāwte yuutek pee'kx kuse'tey psuuwaça wejx ewna suya yahkx. napa kxihyakh meexça' mawe yuçxa uukit sũju't. Napa txaju' û'kwe iicxa ũus yahkxthuj itxi fxi'zewa'ja's, yathuj kase'jeçxa kihpa jipme nxaafxçxa takhe'jna. Sa' û'kwe kseba setx a'kafx jxi'pkaçx yu' itxima't fxi'ze meeçxa uuma't suhna dxi'khthete yahkxna u'ju.

Aça' yu'kh nasatx jiyuwa' ên kũhte wala wet ya'hkxthuj, û'kwe tata dxi'jte u'jwaja's meh çxhaçxha ũusuthek, txāa piçthe'ja meh ên êna dxijkhte'sa mteepa nasawe'sx jiyumeesak yu' jinatx pta'sx, «puuyiwa'j ên sē'jte meh çxhaçxhasa'». Vxite nasa û'kwes ew theg'te, u'kwepa ew u'phtu sũju't

“ew” sa' ew atxahtey û'kwe kih pweesa'jnxisa naweçxaat txāawe'sx pxahte neeyu', aça' txāawe'sx êena' we'wenxi u'kwe's ma'wemak yu' sũçxa vxuu yuna we'we', txāwe yũuçxata wêt yahkx kaan peeykakwe we'wena thêyte ên fxi'zesa'tx mahkx yuuna kahtetx kvxisxa'tx we'wena. Txāawe'sx yafxteyũ' u'kwe fxi'zenxi' meh ew vxa'ne, û'kwe jxkaasa wala nxiisa pa'ka, waatanxi' ki' ptxuunxi', txāwe yũuçxa yu' txāawe'sx jũgu peeykajatx suhna yakhina sũju'tx jweepa we'wemetx ahçeçxa ki' ka'tujpa ewme yu'ya çaam atsa vxĩtesatx kaapçu'juya puçxhina suhtx. Txāwe yakxme'n sũtepa uste'yũ' uu eente pkaçxthu açenxi' ji'phu'.

Haz click en la espiral para escuchar el capítulo en Nasa Yuwe:





*Mi papá tenía nombre: Miguel*



Procuraré escribir lo más ordenadamente posible y a la espera de que mi memoria no me juegue una mala pasada. Soy Daniela Andrea Mostacilla, hija de “Miguel”, el alias de mi padre. Él fue un comandante de guerrilla a principio de los años noventa, operó en Caldon y sus alrededores y perteneció al Sexto Frente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP). Mi madre biológica se llama Mariana, fue reclutada por mi padre. Cuando se la llevaron, ella tenía alrededor de 16 años. Estando en la guerrilla se enamoró de mi papá y de ahí salí yo. Cuando ella tenía 7 meses de embarazo, mi papá buscó un lugar en la vereda 20 de Julio de Caldon para que pudiera llevar su embarazo a feliz término. En ese tiempo, a los integrantes de las FARC los atendían en Santander de Quilichao, donde tenían un médico particular y podían ir al hospital, por estas razones nací en Santander y no en Caldon.

Cuando mi mamá quedó en embarazo, primero la llevaron a una clínica de este médico particular que trabajaba para la guerrilla. Pero antes de llevarla, el médico le dio la opción de abortar, preguntándole si quería interrumpir el embarazo. Mi madre me contó que ella dijo que sí, que quería interrumpirlo, pero mi papá se opuso. Allí se generó una pequeña discordia entre ellos dos, que más adelante entendería como una de las razones por las cuales mi madre me abandonó y me olvidó. Tal vez, ella me tuvo no porque quisiera, sino por la presión de mi padre. Mi madre biológica es oriunda de la vereda Cerro Alto, Caldon, cerca de la vereda 20 de Julio.

Ella misma me contó muchos años después, cuando nos volvimos a ver, que cuando tenía cerca de siete meses de embarazo, aún estando yo en su barriga, ellos estaban en Mondomo y tuvieron una confrontación con el ejército. Ella tuvo que echarse a rodar para escapar del combate. Por esta razón, mi papá comenzó a buscar un lugar dónde ella pudiera quedarse para pasar el embarazo. En la vereda 20 de Julio, mi papá llegaba donde Saúl Correa, a quien le digo tío de cariño. Mi tío me contaba que mi padre siempre llegaba donde él, pues ahí conseguía comida y dormida, pero no había un espacio tan grande, por lo cual ayudó a conseguir una pieza de alquiler para mi mamá en la casa de Mariano Correa y su esposa



Esmeralda, esta última pariente de Mariana, mi madre biológica. Allí mi madre se quedó hasta que nació en Santander de Quilichao, por parto natural. Luego volvimos juntas donde el señor Mariano.

Mi papá, por los días de mi nacimiento, se fue a una misión e iba a retornar luego de que naciera. Sin embargo, no volvió, fue “dado de baja” en Tres Quebradas, Mondomo, el 02 de julio de 1991, tan sólo cuatro días después de mi nacimiento. Mariana no supo de él sino hasta cuando ya habían pasado unos meses de su muerte, preguntándose por qué Miguel no había vuelto. Un día, Mariana estaba haciendo aseo donde Amanda Correa, una vecina, quien tenía un periódico con la noticia de la confrontación y recibe la noticia de que posiblemente a Miguel lo habían matado allí. Con los años, otros compañeros dieron información similar. Quizás ella se sintió sola y asustada, pensando que tenía que regresar al monte y mi papá ya no estaba. Tal vez por esto me dejó a cargo de la señora Cecilia, mi madre de crianza, quien tenía una guardería de Bienestar Familiar. Yo tenía 7 meses cuando me dejó allí, diciendo que iba para Cali por trabajo, pero jamás volvió a buscarme.

Mi madre también tuvo una infancia difícil. Nunca tuvo certeza de quién era su padre, según rumores era el señor de esa guardería donde me dejó, llamado Luis Correa. Tiempo después ella misma confesó que éste sujeto abusó sexualmente de ella, explicándome que esa fue una de las razones por las cuales nunca volvió a buscarme. Sin embargo, nunca entendí por qué me dejó en manos de una persona así, siempre le recriminé si el odio que tenía hacia mi llegaba hasta ese punto.

Volví a ver a Mariana cuando tenía 14 años, no porque ella vaya directamente a verme, sino porque visitaba a una amiga suya que tenía cáncer. Así coincidimos, pues llegó donde mi madrina, quien la obliga a buscarme. Ahí conocí a mis otros hermanos. Ese día le pregunté sobre mi papá, sobre por qué ella se había ido y me había dejado allí. Me contó algunas cosas, pero fue siempre muy reacia. Cuando la confronté, encontré solo silencios, fragmentos de las violencias que Luis había ejercido sobre ella, incluso contándome que mi padre quería matarlo por

eso. Si ya había ese precedente ¿por qué me dejó en esa casa? Se siente como una venganza. Sin embargo, Mariana nunca me ha dado la cara por eso, siempre ha sido fría y cortante para hablar. Mucho tiempo después traté de entenderla, debe ser horrible convivir con algo o alguien a quien uno no quiere. Es una de las explicaciones que tengo como adulta para poder soltar el rencor.

Pasaba el tiempo y me terminé criando en la guardería. Allí las cosas no fueron fáciles, el maltrato y el abuso fueron una constante, además de lidiar con palabras feas y humillantes, pues siempre me decían “bandolerita” y que iba terminar como mi papá. En el Cauca, antes, bien antes, a los guerrilleros les decían bandoleros. A quienes éramos hijos de combatientes nos decían “bandoleritos”. Yo no era la única de la vereda con esa condición, en ese tiempo eso era “normal”, no había que ocultarse o esconderse. Casi toda la gente sabía que mi mamá se había ido para la guerrilla y que Miguel era mi padre.

Para cuando tenía entre 6 y 7 años, me encontraba con Fernanda, hermana de crianza pues era una de las hijas de mi mamá de crianza Cecilia, quien se comportó muy bien conmigo. Un día, llegaron por el cafetal tres guerrilleros vestidos con camuflado café y barbados, a uno de ellos le decían Richard. Fernanda los hizo seguir rápido y se sentaron en la sala. Recuerdo que uno de ellos me cargó, yo tenía puesto un vestido rosado y el cabello corto. Le toqué la barba y le dije «papá», a lo que el otro contestó «No», y agregó «ella es la hija de Miguel». Finalmente, el barbado me soltó: «Su papá ya está muerto». Ese día tuve certeza de dos cosas. La primera, que mi papá se llamaba Miguel; y la segunda, que estaba muerto, aunque no sabía su paradero. Este es uno de los recuerdos que más atesoro hasta el día de hoy.

Imagino que mi papá era algo así como los guerrilleros que me visitaron. Puede ser que a esa edad no tuviese consciencia completa de qué implicaba que mi papá estuviese muerto, o desaparecido, pero con los años tuve la necesidad de saber y entender quién era él, dónde estaba. También de afrontar las diferentes historias, pues mi papá fue bueno para unos, pero

no fue tan bueno para otros. La gente de mi vereda nunca entendió por qué comencé a buscarlo, me preguntaban «¿para qué busca a su papá si está muerto?». Les decía que yo sabía quién era mi mamá y qué clase de persona era, pero también necesitaba saber quién era mi padre. Así es que empiezo a recoger los relatos de las memorias de la gente. Algunos me contaron cosas muy bonitas de él, que sembraron en mí la idea de que, en su momento, tal vez, él fue la única persona que estuvo interesada en mi llegada a este mundo.

Dentro de los recuerdos que recolecté, me contaron que días antes de que él saliera para su última misión, fue a cambiar un maíz por frijol donde una vecina de confianza a quien mi padre le dijo: «Me voy a hacer esta última misión que me encomendaron, pero cuando regrese, regreso para hacer vida con la niña y Esperanza». Esperanza era el alias de mi madre biológica en la guerrilla. La señora sólo atinó a decirle «Dios quiera que todo sea así». Sin embargo, fue en esa última misión donde se quedó. Mientras estaba en la barriga de mi madre, una vez lo hirieron en el pie en un combate, pero así herido como estaba, él iba a verla para saber cómo estábamos. Creo que él sí esperaba con ansias mi llegada.



*Pistoleros y bandoleros ¿juego de niños?*



Tengo algunos recuerdos de la guardería donde me crie. Cuando llegaban mis compañeros me sentía bien porque tenía con quien jugar, no estaba sola. Tuve dos amigos de infancia muy importantes, un hombre y una mujer de los cuales hablaré luego. La casa de la guardería era de bareque, muy sencilla, con piso de tierra, pero teníamos a disposición, maravillosamente, un cafetal y un yucal, que eran los lugares donde nos soltaban a jugar.

Subíamos los palos de mangos a coger sus frutos, buscábamos zarzamora. En los cafetales había una mata en forma de arco, muy antigua, donde los pajaritos llegaban a anidar. Nosotros nos metíamos a robarnos los huevos y los nidos, cosas de niños de ese tiempo. Cuando nos castigaban había mucha autoridad, si era para pegarnos nos pegaban a todos, así que no era solo a mí la que maltrataban, era a todos por igual. Teníamos juguetes, bloques grandes enviados por el ICBF<sup>3</sup> que uno pegaba para hacer carritos y casitas. Los otros juguetes los hacíamos nosotros. En los barrancos hacíamos ollitas con las casas de las hormigas, las partíamos para jugar con eso. Las tapas de gaseosa aplastadas eran también nuestras ollas. Era así con todo lo que encontrábamos en el cafetal.

La señora que me crió se llama Cecilia, mi madre de crianza y su esposo era Luis. Cecilia tenía tres hijos, todos mucho mayores que yo. Ella era esa figura materna que anhelaba tener, pero su actitud hacia mí era fea, todo el tiempo me recordaba el abandono, diciéndome a veces “bandolerita”. Sus muestras de cariño hacia mí eran casi nulas, constantemente me recordaba la suerte de mi papá. A la par de mi crianza, ella crió un nieto con quien no era la mujer ruda y fría que era conmigo.

Cecilia decía que no había elegido criarme, que no entendía por qué entre tantos lugares me habían botado allí. Viví con ella hasta los 16 años y no tengo muchos buenos recuerdos. Cuando le preguntaba por qué yo era trigüeña si ella era blanca, me contestaba tajante que no podía pedir otra

3. Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, institución del estado encargada de garantizar la protección integral de niños y niñas.



cosa porque yo no era su hija. Nunca le importó rechazarme en diferentes momentos, pero siempre la llamé, incluso hasta ahora, «mamá». Solo cuando me fui de su casa ella cambió su actitud, coincidiendo con varios problemas de salud que comenzó a tener. El señor Luis durante algún tiempo fue importante, pues representó la figura paterna que extrañaba. Tiempo después, aquello que yo creía que eran solo sueños, se transformaron en recuerdos vivos de las violencias que de pequeña había sufrido. Como dije, se decía que él era el padre de Mariana, mi madre biológica, pero nunca hubo certeza. Al principio pensé que por esa razón mi mamá biológica me había dejado en esa guardería.

Cuando crecí aprendí a defenderme y amenazaba con mandar a matar a todo aquel que me hiciera daño. Recuerdo mucho que un amigo de mi papá, alias Richard, estaba vivo en ese tiempo, y yo decía que él era mi tío y que mataría a todo aquel que me hiciera daño. Richard militó con mi papá por esos lados del Cauca. Fue uno de esos tres guerrilleros que me visitaron cuando era pequeña. Nunca lo vi de nuevo, aunque lo busqué para aclarar qué había pasado con mi papá. Hacia el 2012 supe que lo habían asesinado en la vía a Mondomito, luego de que se retirara de las FARC y tuviera líos de dinero. Aunque mi contacto con él fue casi nulo, cuando era pequeña y la gente me agredía en la escuela, optaba por amenazarlos con él.

El maltrato, las malas palabras y el abuso fueron una constante en mi niñez. Para cuando cumplí 13 años el odio, el rencor y el sentimiento de venganza y de querer matar a los que me habían hecho daño eran un motor que me daba fuerza. Las cosas en la guardería no eran del todo fatales, pues cuando llegaban los demás niños podía jugar y pensar diferente. Dentro de los juegos populares teníamos el de pistoleros, conformábamos dos bandos, uno era la guerrilla y el otro el ejército. Todo el mundo quería estar en la guerrilla, nadie quería ser del ejército. Además, la guerrilla siempre, siempre ganaba, nunca perdía. No entendíamos mucho, pero erróneamente en ese entonces la guerrilla se comportaba como una mano amiga, eran los buenos.

Subían carros con comida y repartían. En aquel entonces comer arroz era un lujo, así que éramos felices, pues a veces regalaban ropa, zapatos, juguetes. Para nuestra infantil inocencia, ellos eran amigos.

Las carencias eran muchas, pues sólo cada ocho días comíamos carne. Cuando la guerrilla estaba y se robaba esos camiones de comida, iban dejando el arroz en el camino para que uno lo recogiera, así como las arrobas de harina y la manteca. Luego de robar camiones de ropa, ellos regalaban algunas prendas o zapatos para el que no tuviera. Había veredas donde llevaban ganado el 31 de diciembre para que la gente comiera y celebrara el nuevo año. En ese tiempo un helado costaba 100 pesos. Nunca olvidaré que ellos se hacían en un lugar llamado “La Y”, donde hubo siempre una tienda con helados de mora, guardados en una nevera que muchos añoraban. Cuando uno venía de la escuela y ahí estaba la guerrilla, ellos lo llamaban a uno para comer helado, porque sabían que nos encantaba. Uno se quedaba ahí haciendo conversa con ellos.

Lo duro de finalizar el día en la guardería era que todos se iban y yo me tenía que quedar en la casa. Agradezco el techo y la comida, pero no puedo perdonar por el mal que me causaron. Tal vez todo lo que acumulé ahí durante mis años de infancia hasta los 13 años fue el inicio de lo que sería más adelante. La hija del medio de Cecilia, Fernanda, fue quien me dio un mejor trato, una mujer de cabello largo y negro con el cual gustaba mucho hacerse trenzas e intentar hacérmelas a mí, a pesar de mi cabello crespo. Fernanda se sentaba a peinarme y cuando me veía sola se acercaba y me llevaba a caminar hasta la cancha. Sin embargo, nunca me defendió, incluso cuando me estaban pegando, ya luego de que pasaran las cosas, sí me decía «vamos Dani, vamos a caminar». Cuando ella cumplió 23 años, Fernanda consiguió un marido y se fue, dejándome sola en la casa. La guardería se llamaba “Hogar Infantil Los Primitos”, porque todos los que iban eran familia y a mí me habían dejado de lado, mi apellido era el único en ese lugar, así que nadie me decía prima, era algo que se sentía raro pero entendible, porque en el listado nunca aparecía otra Mostacilla. Ahí estábamos mezclados indígenas y mestizos.

Los que venían de familia puramente indígena hablaban el Nasa Yuwe, pero los mandaban a la guardería para que aprendieran español, así al pasar a la escuela podían entender las clases.

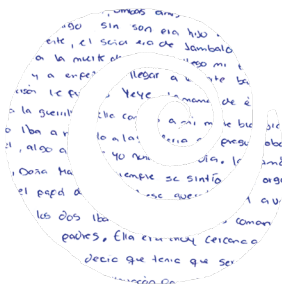
A mi manera trataba de meterme en la familia de la señora que siempre me miró con lástima, estas personas solo sabían decir que ojalá yo no terminara como mi mamá biológica, o como mi papá. Mi mamá biológica no tenía una buena reputación, pues aparte de haber sido guerrillera, tiempo después se metió con hombres casados. Ella siempre iba a las veredas cercanas, al pueblo, pero nunca quiso ir a verme, tal vez por eso la odiaba, porque se olvidó de mí, no quiso mi bienestar, yo sólo era una carga que necesitaba tirar.

Los estigmas y prejuicios hacia mi crecieron, pues de pequeña era la “bandolerita”, pero a medida que fui creciendo los insultos hacia mí, como mujer, eran muy denigrantes. Recuerdo mucho que la señora que me crio se enojó mucho cuando inicié mi ciclo menstrual, me dijo que era una “perra” y que empezarían a llegar los “perros” a buscarme. No entendía por qué esa señora me trataba tan mal, con golpes y malas palabras. Ella se desquitaba conmigo por cualquier cosa: si yo lavaba la ropa, ella me la tiraba al suelo, si lavaba los platos me los ponía a lavar de nuevo, lo que yo cocinaba me decía que era comida para perros y cada vez que ella peleaba con su esposo, me pegaba a mí. Sin embargo, yo siempre busqué su aprobación, de terca quería que me viera como una hija, pero con el paso del tiempo ella me demostró que jamás sería una hija de ella, y yo decidí llenarme de más odio y rencor.

Tuve un arma en las manos y más de una vez pensé en matarlos, era tanta la rabia que tenía que pensaba que la muerte era la solución a todo. Después de terminar mi ciclo en la guardería, pasé a la escuela. Allí encontré amigos y el día se me hacía más fácil, aunque a las profes les gustara jalarnos de las orejas. En la escuela era libre, los adultos no me trataban mal, las profes eran buenas conmigo.



*Diana, un homenaje a nuestra historia*



Aún hay muchas cosas pendientes por escribir, así que retomaré el hilo de una mujer que representó mucho en mi caminar: Diana Patricia Díaz Valencia<sup>4</sup>, una hermosa Nasa, trigueña, de cabello largo y una linda sonrisa. Algo malgeniada, pero con expresiva sonrisa, nos conocimos en la guardería donde me crie. Su mamá la metió allí junto con su hermano José. Por nuestra cabeza no pasó jugar a las muñecas o a la cocina, jugábamos otras cosas, nos volábamos para el potrero a rodar, a coger mora, guamas, así nos castigaran. No estuvimos mucho tiempo en la guardería juntas, pues soy un año mayor que ella y pasé a la escuela.

Nos reencontramos cuando yo estaba en segundo, seguimos siendo muy amigas. A ella le gustaba dibujar, me ayudaba a pintar mis dibujos, coloreaba muy bonito. Como no había plata para comprar cajas de colores grandes, recogíamos las puntas quebradas y las metíamos en los palitos de bombón, así Diana tenía muchos colores pa' pintar y yo me entretenía buscando puntas y palitos. Me gustaba su cabello, liso y largo, a diferencia del mío, enredado; a los de la escuela les daba por meterme cosas en medio del cabello, Diana solo se reía. Nos veníamos juntas de la escuela corriendo y jugando, éramos felices en la escuela, la vida en casa era otra cosa.

Doña Gricelda, su mamá, la trataba mal, como si la odiara. Diana aprendió desde muy pequeña las labores del campo, pues prefirió irse a trabajar que quedarse en casa. Como la familia vivía en una finca, Diana ayudaba haciéndole mantenimiento a la parcela colaborando en cortar la caña, ayudando a criar las vacas, limpiando potreros. A veces, también iba con su papá a otras fincas a coger café. Seguimos creciendo juntas y de nuevo nos separamos cuando pasé al colegio, entré primero, pero cuando estaba en séptimo ella ingresó y volvimos a juntarnos. Yo hice quinto en Cerro Alto, así que en la escuela del 20 de Julio estuvimos juntas hasta cuarto año.

4. La autora quiso dejar el nombre real con el fin de honrar la memoria de su mejor amiga y que su historia no sea negada.



Cuando entró al colegio acordamos andar juntas de ida y regreso, como ella vivía en una huecada, entonces yo me paraba a esperar a que ella subiera, calculando encontrarnos. Las charlas de nuestro camino eran sobre lo que nos pasaba, lo que nos hacían en casa, pensando cómo nos liberábamos de los castigos. Como ya estábamos grandes, para evitar que nos castigaran uno se “remontaba”, es decir salíamos corriendo para el monte para no dejarnos pegar y uno se quedaba allí hasta la noche, cuando veía que ya la familia estaba comiendo, charlando y riéndose. Ahí uno volvía y entraba rápido a la habitación.

De esa época tengo recuerdos preciosos con ella. Diana tenía el cabello largo y como trabajaba se compraba unas balacas muy lindas, con una tira larga que amarraba atrás de su cabello. Me encantaba que Diana peinara mi cabello rizado con esas balacas. Otro recuerdo está ligado al palo de guayabas de la casa. Cuando las guayabas se maduraban y caían al suelo, jugábamos a lanzarnos guayabas podridas, el que tuviera muchas manchas en la camisa era porque tenía muchos tiros en la espalda. Es bonito recordarla así, más allá del dolor de su partida.

Recuerdo mucho el día que le conté que doña Cecilia no era mi mamá biológica, casi no me cree, pero soy trigueña mientras mi mamá es de tez blanca, allí entendió por qué no me trataban bien. Para cuando pasé a octavo, se empezó a hablar sobre la Liberación de la Madre Tierra y los Nietos de Quintín<sup>5</sup>.

5. En el contexto del norte del Cauca, aunque con diferencias entre sí, ambos son procesos organizativos de comunidades indígenas y rurales para luchas por la tierra. El proceso de la Liberación de la Madre Tierra surge hacia el 2005 frente al mono cultivo de la caña de azúcar en la zona plana del norte del departamento, con sinergias organizativas con estructuras organizativas del movimiento indígena como la Cxhab Wala Kiwe Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (CWK-ACIN). Por su parte, los Nietos de Quintín o Movimiento Sin Tierra Nietos de Manuel Quintín Lame iniciaron recuperaciones de tierras hacia mediados del 2006 en haciendas cañeras como Japio y Malabrigo, siendo más afines a otros movimientos agrarios y políticos como Marcha Patriótica (ver Almendra, 2017; Prensa Rural, 2006).

Diana me contaba que Carlos, un familiar de ella, andaba con personas de los Nietos reuniéndose en la casa para recuperar la tierra y que había unos con armas, yo le preguntaba que si eran guerrilla, me decía que no. A ella le quedó sonando el tema, a mí la verdad no mucho. Lo cierto es que Diana empezó a cambiar un poco su carácter, aunque pensé que era por la mala vida en casa, resultó que el familiar le estaba vendiendo el discurso de la “revolución”, cosa que también empezó a llamar mi atención. Aunque a mí no me gustaba la idea de invadir un pedazo de tierra, a uno como mocoso qué más le iban a dar. Diana me empezó a dar el discurso de que Colombia es un país injusto, que somos un pueblo atropellado y negado, que ha sido culpa de la oligarquía, la burocracia y los que están arriba haciendo leyes a su favor. Que si nos faltaba algo era por un estado corrupto. Eso sí me empezó a llamar la atención, pensaba que ella tenía razón.

Yo vivía sacando pecho de que mi papá era guerrillero, así que lo que Diana me contaba sobre injusticia, desigualdad y corrupción me parecía muy coherente. Así, de a poco, ella se metió en el cuento, pero hasta ese momento no teníamos pensado en irnos pa'l monte. Sin embargo, las cosas cambiarían, Diana tendría un punto de quiebre y empezó a considerar la idea. El maltrato de su madre era desmedido ¡pegarle con un tizón partido!, eso ni a los animales. Cuando pasé a octavo, Diana se embarcó en la aventura de Japio<sup>6</sup>, la hacienda, yo no pude ir porque estábamos en año escolar y mi mamá no me dejó ir, lo que sí le dije a Diana era que no fuese a perder el año; no sé cómo, pero lo salvó.

Allá en Japio conoció a la guerrilla de las FARC y la idea de hacer algo por cambiar Colombia, así que la revolución tomó más peso. La guerrilla siempre ha buscado camuflarse en los procesos políticos, puede ser por la cercanía de las metas que se tiene, pero siempre se ha colado en los procesos. Cuando se es joven, soñador, sin una persona que lo oriente,

6. Antigua hacienda colonial ubicada en Caloto (Cauca) actualmente en propiedad de la agroindustria de la caña de azúcar. Ha sido uno de los epicentros de la disputa por la tierra en el norte del departamento.

es muy fácil envolverlo a uno de niño o de joven en un discurso que, al ponerlo a contraluz, parece sin mayor criterio que se busca lo mismo: el beneficio del pueblo. En paros, marchas, movilizaciones, en su momento la guerrilla siempre intentaba camuflarse.

Así transcurrió este año hasta que pasamos a noveno, cuando empezó mi propio punto de quiebre. Aunque decía que me gustaba la idea de la guerrilla, hasta ese momento no mencioné nada de irnos. Sin embargo, empecé a distinguir algunas personas de las milicias, me cayeron bien y comencé haciendo favores. Para los que no conocen, las milicias eran una especie de guerrilla de civil. Eran los encargados de hacer control territorial, de ejecutar misiones que la gente armada no podía hacer, estaban pendientes de la gente, de resolver problemas, de los suministros para la guerrilla si iban a llegar, de sacar heridos con la gente que tenía vehículos. Todo sin un accionar armado directo, como sí lo tenía el guerrillero dentro del grupo. Entonces el miliciano puede estar en la casa con su familia, teniendo una “vida normal”, pero trabajando para la guerrilla.

Le pedí a Diana que me ayudara a preguntar con toda esa gente por mi papá. Sin embargo, ella nunca logró darme ningún dato concreto. Ese año se hizo más latente la idea de la guerrilla, había una cercanía con ellos y como la guerrilla era algo común, pues más normal se hacía la idea. Diana tenía el sueño de ser médica, yo quería ser muchas cosas, pero ambas queríamos estudiar, vivir mejor. No conocíamos la “Unicauca”<sup>7</sup>, pero era nuestro sueño. Ese sueño nos sirvió de polo a tierra por un tiempo. En esa época me gustaba la medicina también, pero luego del abuso sexual sentía que nunca sería capaz de salvarle la vida a alguien que considerara que no lo merecía. Luego pensé en ser profesora, pues me gustaba la filosofía e incluso la antropología, cosas que escuchaba y leía en el colegio.

7. Forma como es conocida la Universidad del Cauca, la universidad pública más importante del departamento.

En el colegio, Diana se veía feliz, tranquila, jugaba en el recreo, practicaba microfútbol, tenía amigas y seguía pintando bonito. Me gustaba cómo marcaba los cuadernos con muñecas. El colegio, al igual que la escuela, era un refugio, nos metimos en danzas, nos reíamos mucho, nos gustaba ensayar para la semana cultural de cada año. Así pasaron los años en el colegio, ella acercándose a la guerrilla por un ideal y yo por saber de mi papá; en medio del caos nos teníamos la una a la otra. Cuando llegamos a décimo y once todo cambió. Una tarde, Diana se regresó del colegio sola y un hombre abusó de ella, eso la cambió totalmente, su rostro se transformó, su sonrisa se esfumó, se llenó de tanto veneno que solo quería matar, yo la apoyaba. Ella no lloraba, solo sentía rabia, la única vez que ella lloró, fue cuando nos encontramos a ese muchacho de frente, ella lo amenazó y yo le grité que le íbamos a decir a Carlos, el familiar de Diana, pa’ que lo matara. Tiempos después vino mi abuso y todo el colapso familiar. Aquí es donde le propongo que nos vayamos, que con un fusil volvemos y los matamos<sup>8</sup>.

Diana empezó acercarse más rápido a la guerrilla, pues ellos llegaban a acampar en su casa y sitios cercanos. Pronto ella estaba de lleno ahí, su vestimenta cambió, usaba botas de caucho, así como pantalones y busos oscuros y largos, se movía mucho en las noches y faltaba a clases. Cuando nos dimos cuenta, ella ya estaba con la guerrilla, su tío la había metido, solo que estaba en la milicia. Aunque Diana empezó en el Sexto, terminó con la Jacobo<sup>9</sup>. Por mi parte, no estuve con ella, puesto que Carlos mandaba pa’ los Quintines y yo necesitaba estar en las FARC, para preguntar por mi

8. Para un análisis desde una perspectiva feminista y de género sobre las formas en las cuales diferentes formas de violencias (sexuales, intradomésticas, comunitarias y sociopolíticas) coexisten, se superponen y se retroalimentan mutuamente en el norte del Cauca ver Amador (2018). Producto de investigaciones colaborativas, los tejidos de educación, salud y mujer de la Cxhab Wala Kiwe - Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca han creado la estrategia pedagógica “Cxayuçe, relatos para sentir, pensar, hablar y sanar” para abordar mediante un juego colaborativo estas problemáticas (CWK-ACIN, 2021).

9. Hace referencia al Sexto Frente y a la Columna Móvil Jacobo Arenas, ambas estructuras de las FARC-EP que operaban principalmente en el Cauca.

papá. Así lo veíamos en ese tiempo, pero al final eran la misma mierda en términos de la manipulación a las niñas y niños. De mi lado, terminé con Estela y Mario, pero esa es otra historia.

Diana dejó de sonreír, sólo quería matar, acabar con soldados, los odiaba de manera desmedida, nunca entendí cómo surgió tanto odio en ella. Su carácter más rudo, más dura, su inocencia se perdió, en sus ojos solo había rencor y rabia.

De ella tengo un amargo adiós, una pelea, malas palabras: «torcida, sapa», me dijo, solo porque le conté que un soldado me caía bien, que no todos eran malos. Fue lo último que hablamos cara a cara. Fue la última vez que la vi. Recuerdo que nos quedamos hablando en la casita comunal del 20 de Julio, luego de una reunión. Llevaba días sin verla, pues iba de manera intermitente al colegio. En esa conversación peleamos fuerte, después de ahí no volvimos a hablar. Esa última vez me dijo que yo era una torcida, que había perdido la ideología: «lo que pasa es que usted se enamoró de ese patiamarrado y ahora usted se volteó, usted es una traicionera». Yo le decía que no era así, que no todo mundo era malo en el ejército. Le insistí que nos voláramos para Cali y buscáramos trabajo. Sin embargo, ella ya estaba muy envenenada, pues quien abusó de ella estaba en la vereda para arriba y para abajo, mientras ella andaba con el alma rota. Su familia tampoco la apoyó.

Antes de esa última discusión, ella me había contado que tenía mucha afinidad con un guerrillero, porque donde vivía Diana, en la huecada cerca del río, a ellos les daban comida e incluso se quedaban. Tuve la sensación de que ese guerrillero la enamoró y por eso se le hizo más fácil irse, aunque ella siempre supo que yo al final lo estaba dudando. Así fue como Diana ya no volvió al colegio, solo la recogieron una noche y se fue. Ella no volvió y como todo en este país, eso fue “normal”. Era ella sola, siendo una niña asustada y olvidada, nadie la extrañó, nadie se molestó en buscarla y traerla de vuelta.

Por mi parte mucho la busqué, procuré que no perdiéramos comunicación a través de José, su hermano. Solo quería que volviera, que cumpliéramos nuestros sueños. En esa época se dieron muchos ingresos a la guerrilla. Uno tenía que esperar si lo citaban en un lugar específico o pasaban a recogerlo directamente en la casa. Cuando recogieron a Diana, José me alcanzó a avisar. En la época que se la llevan, hubo muchos bombardeos. Tuve que ver cómo subían guerrilleros heridos y a pedazos por la vereda. Ante esa imagen me decía a mí misma “yo no puedo terminar así y no voy a terminar así”. Pronto venía mi grado, entonces invité a una hermana biológica llamada Antonia, como una excusa para luego tener que bajar y dejarla a ella en cierto punto y regresarme a Jamundí, con el fin de volarme. Sin embargo, tenía miedo porque sabía que ya se habían llevado a varios, incluyendo a Diana.

A los días venía subiendo José, el hermano de Diana, pasando por una tienda. Yo lo abordé y le dije que me contara dónde estaba Diana: «¿decime si se la llevaron? yo lo sé todo ». Él me miró y me dijo que ella estaba por el Patía<sup>10</sup>, estudiando enfermería. A mí se me hizo raro, porque Patía es lejos, uno nunca se había dado cuenta que de Caldonos los hubieran llevado hacia allá. Sin embargo, él me aseguraba que Diana estaba allá y que me mandaba a decir que ya iban a empezar a recoger.

Solo hasta 2014, en junio más o menos, me enteré que ella había muerto en un bombardeo. Había buscado saber de Diana poniéndome en contacto con un primo de ella por redes sociales. La preguntaba cada tanto, pero él me decía que no sabían nada. Hasta que un día me escribió y me contó que Diana había muerto en un bombardeo entre Silvia y Jambaló. Recuerdo que cuando me enteré, yo estaba en el embarazo de mi hijo. El primo me contó que la familia estaba haciendo diligencias para que Medicina legal les devolviera el cuerpo, pero que se demoraba por las pruebas genéticas.

10. Municipio del sur del departamento del Cauca en límites con Nariño.

Diana terminó siendo “Paola Cortés” en las FARC, la radista de “Jaime Barragán”, en la Jacobo Arenas. En una de las audiencias de la JEP<sup>11</sup>, cuando Barragán estaba hablando, hice la consulta sobre ella para que reconociera que ella era menor de edad. Pero la excusa de él era que no sabía que era menor de edad, por el físico y porque aparentaba más años. Este comandante se acordó de ella en la audiencia, con el nombre de “Paola”, mencionó lo que siempre dicen, que había sido una excelente guerrillera, que había prestado un buen servicio, que ese día los habían emboscado y bombardeado, que ella había quedado cerca a un río, pero que el agua no se alcanzó a llevar el cuerpo. Dijo que los compañeros de ellos la habían tapado su cuerpo con unas ramas, pero que el ejército se lo había llevado. Reconoció que Diana había estado con él, pero no reconoció que era menor de edad.

Luego que la familia recuperó su cuerpo, Diana fue enterrada en el cementerio de la vereda 20 de julio. No pude ir a su entierro por mi embarazo y porque cuando se entierra un guerrillero, lo primero que hace la guerrilla es mandar gente para ver quién va y hacer inteligencia. No quería correr el riesgo de ver gente que me había causado daño. Perderla dolió más que nada en este mundo. Cuando me enteré de su muerte recordé entonces que éramos las dos, que le fallé, que la dejé sola, que no pude sacarla y traérmela pa’ Cali de ese maldito lugar. Teníamos muchas metas juntas: estudiar, graduarnos, salir adelante. El sueño era ser diferentes, evitar que la historia se repitiera. De alguna manera yo viví lo que Diana no logró vivir, pues ella soñaba con ir a la universidad. Pudiéramos estar en este momento las dos con vida o incluso no estar ninguna de las dos. Me duele que ella no haya podido cambiar de rumbo y realizar su vida, como yo pude hacerlo, crecer, estudiar.

11. Jurisdicción Especial para la Paz. Es el mecanismo judicial creado tras los Acuerdos de Paz con las FARC-EP del 2016 que se encarga de investigar y sancionar hechos relacionados con el conflicto armado. En el marco del Macro Caso 05 sobre las violaciones a los derechos humanos en el sur del Valle del Cauca y norte del Cauca, la JEP ha llevado a cabo audiencias con comparecientes, tanto excombatientes de las FARC como de fuerza pública.

Hermana, amiga, familia. La primera persona que perdí en este mundo. Una amistad inigualable. Espero algún día poder honrar tu memoria, tu valentía, espero poder ir a ver tu tumba, pues a la fecha no ha sido posible. Siempre que voy a mi vereda veo el cementerio, pero no soy capaz de ir, como si no creyera que tu tumba estuviera allá. Tal vez quiero evitar reencontrarme contigo de la misma manera como tuve que reencontrarme con mi papá.





DIANA, KWE'SX FXI'ZENXIS  
JXTHUTHE VXITNXI"

Naa dudtey meh fxi'jwa'j peeji' txa pa'ka uy fxi'zenxi. Wes nawe kavxa'jak ũ'kwe dxi'jthe txã's we'weya pat. Diana Patricia Díaz Valencia yaasesa, nasa u'y mej zxiçxkwe, weh khûçxkwe, dxikhaas jxu'j ji'psa meh psxiikathe'ja. Le'cxkwe jûuna'theja, napa sxikhanaçxak we'we, txãa u'y yakha' luuçx jxpe'jnxi' yattetha'w puutxuy, kxteetx kwe'sxtxi nuuy waala. Aça' txajx nxi'ja' kxteek txajx dxi'sx José yakh kaajxpe'jn ki'p. txteea' kwe'sx dxi'khthete luuçx kaa pdxi'pujnxi, pueesa'jnxisa' meeçxa' iîçehnxisa mitx pueesajwa' yakxhmeetha'w, wejxpa vxite jwedtha'w pweesa'jn fxi'ze kwe'sxa jxûtkhetha'w peluna u'juya' u'jwe, yu'kh syûuntha'w pkhaakhe napa, sûtutçxathaw txã'w yûuna u'ju ki' afx peswena u'jute meh ptxu'tx, txawe yute jwee txãaçx yu, txãa luuçx jxpe'jnxi' yathte theeyûtha'w ja'da u'pxa, txãa pa'katey ũ'kwe Teeçx a'kafx thakwet ji'puh aça' piyanxi' yatnatx txuhdeçxa kaah.

Txajuya'ja' ũ'kwe je'zte piyan u'pçxat ki' Diana Yakh puutx uy sa, naamika yun fxi'zet. Txãa u'y mej eçte piisaya' wêdxi'k, sa' ũ'kwe piisanxi'tx bxite'jya' meh puçxku'k, meh zxiçxkwe bxite'jek. Aça' bxite'jnxi' walasa weywa' vxuu jxi'pmeçxa' fxtûu bxite'jnxi' vxiçtxin, pkhakh çxatha'w vxite fxtûu nxusa jxad wala açnxi sathaw se'wu, txawe yuuçxak Diana yaasesa' kuh fxtûu bxite'jsa ji'phu aça u'kwe yu' peena' içxat fxtûu psuwnxi'sa pakweya' u'ju. U'kwesa' mej zxiçxkwe thegu'k txãa u'ya dxikhaas khûçx jxu'j jxi'pçxa ki' laavxkwe ji'ph pa'ka, aça' txa'wey meesayu' sxusxkwe jxuka ya'jwedunxit dxkhaasa's jxi'phu aça, Diana meh pewsxika'k aça piyanxi' yathuj jadathaw u'jwe, pueesaj'na wuwuuna.

Piyanxi yatte meh wêt fxi'zetha'w. Aça' peekx yatte' fxiytha'w fxi'zena u'pu. Diana nxji'j Griselda yaasesa' nxiisa's meh ptxu'k kih açesa na'we. Aça' Diana yaasesa' le'çxkwetey uuthasxte u'pya' wa'lçxa mjiiyak u'jwe. Txajx ji'ja' uuthasxte fxi'zesaatx yu, aça, Diana yu' uuthasx çee'ku'jna ki' nxusxa spe'tnak pu'çxhi', vxite' klaa jxpe'na ki' jxûth txakh çee'ku'jna sa' ma'wenii yû txajx ney yakh vxite uuthasxsu'k fxtûu nxinx ude pu'çxya' u'jwe' sa' txa'wetepa ja'da phkhaakhena walaana u'jutha'w sa', ki' txuteena kuhtha'w ũ'kwe piya wala yatna u'jçxha', aça' ũ'kwekhwey yaçte u'kat, napa je'zte piyana u'jweçkaçxha' txaapa u'kakh aça' phkhaakhena ki fxi'zeya takthu. Aça' u'kwe tahçte piyanxi's Cerro

Alto kiwetet piya, sa' kwe'sx ja'da piyanxii yu' 20 de Julio kiwetek yu'. Naa eç fxi'jsa naamu yu' baakaçx yuhpa peçxkanumee thuuthe vxitya'k txajx naamika yase's yaatx kaahn kxsusnxii yuu.

Diana yaasesa' teeçx nwe'sx ji'pthu, Carlos yaasesa' jinak pta'sxi', aça' txa piçthe'ja zuunwe'sx yakh phkhakhesa' aça' txaawe'sxa' kiwe kusa'ja fxi'zesata' napa maa iiyu' çaa' upasa ji'phta' ji'k, aça' ũ'kwe paapejçxax yu' yu'kh nasa paatxna jinthu we'we', açyu' txa'wemeeta' jinak pta'sx.

Txa'wena' txa yuwe Diana yaasesa's phthuusenak neeyu, napa ũ'kwe'syu' khiime'sa' isa we'wete' txa enjuy Diana ũ'kweyakh fxiyku yuuna yuwe', açyu' u'kwe yahkçxayu' yathte ptxuunxii pa'ka juuna yu'çnakx suhjuçxaat, sa' ew jiyuteyu' txajx nwe'sxa' dxiktheete nweese'jinee fxi'zewaja's txweynaka usyu', txawe yuute u'kwespa ewka phthuuseya takh. Napa, ũ'kwesy' kiwe pe'laçxa's kuse'jwa'jyu' meh wa'ltheçxaa susu'k, na'wsa'syu' luuçx nutx se'teçxaa kaatu'junxa suhju't jwee kih kaatu'jutxkik ji'çxaat. Diana ũ'kwe's yuwe usya' takhk kwe'sx kiwe Colombia yaasesa' meh kxteymee yuunxii usa' jina, kwe'sxa' meh ptxuunxii tegnxiimee fxi'zena ustha'w, txaayû' dxiikthesa ew mjiiimee pa'aka ji'k. Aça' jxukasa ũus yahkxwa'j jinxisatx wejxkwe walasa yu' eç juuna kutxi'jsaa kwe'wemee ũste' meh thëysa. Kwe'sxtxi kihpa peejxa txaayu' dxiikthesa thegnxiimee pa'ka meh pesweena u'p pa'ka. Txa'we we'wete u'kwespa ewna suhnak ũusutheya takh, açyu' txa u'ya isa yuh we'wek suht. U'kwe tata yasete wala çxhaçxha we'wena yuwe't yu'kh nasa meh seelpisa jina, txa pa'ka Diana thuuthe'jek nasatx ptxuunxitx, ki' jebthe puçxhna pesweena dxiikthesa fxi'zenxi meh ewmee thegu'k sa' isayuh we'wek suhju't. Txa'we yuuçxa le'çxkwe le'çxkwek, txa u'ya yu'kh nasa yakh ka'duwaja's yahkx, napa txa'wenii yu' yu'k nasate u'jwe'nja'w suhya takhmeythaw yu' sa' txa'wetepa txa enujx kihpa yu'phtheya takhku, Diana maa âhu yu' ew yahkxya ewuunw naayu, kih we'wenxi's kxtey yuupaç jiya' takhçxa' ipx txhikx behna ussaa yakhku pekwe' sa' tahkx yuhtxpa txa'we yuunximeena suhut ũ'kwe yu' u'jya' ewuumeth txa eniiyu' piyanat u'pu aça' mama yu' kihpa kaahme' napa u'kwe we'wenxii yu' piyana u'pnxi a'kafxa's vxitmeenëga jinat we'we;

aça' ma'wene' yūu, napa ewte iyuk.

Sa' txaa uuthasx wala kiwete yu'kh nasa FARC nasatx jiyuka sa' ma'wetepa kwe'sx kiwe Colombia yaasesa's pu'cxhi'nja suh'cha , ūus yahkxna nweese'jmeetepa mjiimeenasuhya' takhku, Aça' yu'kh nasawe'sxa' vxitetx selpiwa'j yuwesu kheeçxat txa'we yuja' suhkaahn paaç we'wena kaajxiyu'j, txaa pa'katx kih ewsa utxaana ūsna'we pakwenxiisu kheeçxa we'we. Aça' kna'sayçxa kīh ksxa'wnxisa ji'phte' kimpa dxi'j txhikhsaa ji'phmeeçxa ma'weçxaa ya'yuuukx.

Yaçkay ju'gthē'j uuthasx walasa Caloto kiwete açx pa'jwa ūsa' nxusxa kutxi'jnxii walasa. Txaa kiwete meh puinxiisa cauca thakwe naa çxhaba' ūsa'.

Piyanxii yat walate; Diana meh wet fxi'zesa thegu'k maasumee, kaase ēnte pwesa'jna jxad kahtanak seje'je', wala pkhaakhenxiisa naamika ji'pçxapa meh zxiçkwe piisana bxiite'jek , u'kwe wala wedxi't txajx eçtxi txajx yasetx sutxna u'y luuçx pweesa'jnxitx piisate aça' piya yath walate ki' piyanxii yathte' kwe'sx phuphnxii yatku yu', kwe'sxa' ku'jnxisu u'kaçxa meh sxihkana fxi'zetha'w, kwe'sxa' meh wedxtha'w a'kafx skhewnaçxatx usu' piya yath walate txaa yu' yu'kh nasayakh utxaana u'jweçkaçxha' ū'kwe yu' tata mtee ustepa jiyuwaç suhnat yaaki' sa' txaa yuwe theysu ūsçxapa kwe'sx pwe'sx pu'cxhi'jtha'w aça' piyana kseba ēnte ki' kseeba teeçx piyana u'jweçte' jxuka yu' phthena yuwe'kh. Teeçx kusuçte' Diana piya yath walaju pa'jaçte' teeçx piçthe'ja nuuwex jinaç pta'sx txawe yuute jxuka fxiy yuuk, txajx dxi'p jxuka sweek, txajx sxikanxi' mtee yuhpa vxaame', sa' txajx ūuste ewmeesaçxak yuuta, txajuya'jxu' ikhwa'ja'sçxaak yahkx açyu' u'kwepa pu'cxhijna jinthu we'we'. Txaa u'ya' kihpa u'neme', içxaak meh ūsxaçxa, aça' txaa teedxi'j pebeek jinxiyu', txaa nuwesaa piçthe'ja's pdxi'p uyçxaçxaak ū'ne', txaa u'ya' ikhe'jna jinaç we'we, txa'wenii ū'kweyu' txajx nwe'sx Carlos yaasesa's ta'sxi'jna jinaç sus we'we', txa'weyu' peekx ikhena ji'th. Txaa e'suja' u'kwe'spa txa'weyçxatx yuu sa' nwe'sx jxuka puutx puyiwa'j ēnçxaak kūh. Txa'wenthu teejwed yuupa u'jweka yu'kh nasa yakh khiiçxa çaam upasaa atçxa kwe'sxiipa ikhe'jna'w jinaç we'we'.

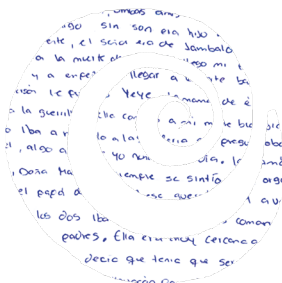
Haz click en la espiral para escuchar el capítulo en Nasa Yuwe:





*Notas para una despedida*





Mi niña de ojos negros y sonrisa linda, caminamos mucho tiempo juntas, nos acompañamos por casi media vida, lloramos, reímos, soñamos juntas. Es de esta forma como pretendo seguir recordando nuestra historia y espero que me recuerdes también de esta manera. No olvidaré aquellas cosas que compartimos cuando danzábamos, jugábamos microfútbol o cuando dibujabas y yo era simplemente tu compañía. Y es que en nuestros primeros quince años de vida pasamos muchas cosas juntas. Fuimos el pilar de la otra en momentos difíciles, nos secamos nuestras lágrimas mutuamente y procuramos avanzar juntas sin soltarnos hasta donde la vida nos lo permitió.

Desde niñas, no la tuvimos fácil. El maltrato y el abandono nos arropó desde muy pequeñas acompañándonos por un largo tiempo. La falta de amor por parte de nuestras familias y el difícil contexto social que nos rodeaba nos llevó a tener que afrontar nuestras realidades como adultas, dejando de lado nuestra inocencia y nuestra niñez, para así poder sobrevivir al día a día sofocante de nuestras vidas.

Juntas caminamos, juntas empezamos nuestra escuela, el colegio y qué bonito hubiera sido haber llegado juntas a nuestra anhelada UniCauca, pero el destino y su crudeza nos tenía preparados caminos diferentes. Juntas como familia, sobrellevando adversidades, cuidándonos y protegiéndonos de aquellos que debían cuidarnos, soñando con un futuro a color, con libertad, con amor, pensando siempre en cómo seguir las dos. Creo que todo esto no pude decírtelo en vida, tal vez no éramos conscientes de lo importante que éramos la una para la otra, o tal vez porque no éramos cursis. No haberlo hablado en su momento me duele hoy y me apena, jamás expresé que eras mi familia, que te quería mucho, que me sentía segura y tranquila con tu presencia, que fuiste un ángel que me cuidaste y me diste valor para levantarme cuando no tenía fuerzas.

Quisiera que hoy pudieras ver lo lejos que he llegado y que parte de estos triunfos son gracias a mi papá y a ti, que gracias a tu último acto de amistad logré buscar nuevos horizontes y hacer vida, que eres tía de un

pequeño chapulete<sup>12</sup> llamado Juan, que tengo mascotas: seis perros y un palomo llamado Paco. Que logré ir a la universidad, que soy profesora y que seguí los pasos de la profe Marta. También quisiera que supieras que tenías razón: de amor nadie se muere. Que después de mi novio de colegio, sobreviví al despecho y ya he tenido muchos novios más. Quisiera que supieras tantas cosas, pero imagino que, si Dios existe, él sabe que tu mereces el cielo, pues fuiste una niña que no tuvo mayor elección y que desde el cielo has visto mis pasos, mis lágrimas y mis triunfos.

Cambiaría muchas cosas con tal de devolverme a nuestra despedida, para no haberte dejado ir nunca. Y aunque sé que esto es imposible, sólo me queda esperar que, si retornas a este mundo, puedas nacer en una familia bonita y ser muy feliz. Durante todo este tiempo he cargado con tantas cosas que he querido contarte, decirte, pero sobre todo he querido pedirte perdón. Perdón por haberte dejado sola con ellos, perdón por no haber tenido el coraje de irme, perdón porque sé que al final te sentiste traicionada y sola. Perdón por mi cobardía. Sin embargo, quiero que sepas que te busqué, que te esperé, que hasta lo último guardé la esperanza de volver a verte con vida. Que cuando comenzaron los diálogos de paz esperaba que tu alcanzaras a retornar, pues yo te estaba esperando.

El día que te fuiste de este mundo, se fue contigo media vida mía. Decirte que me dolió como nunca tu partida, que ahora sólo me quedo esperando un reencuentro que tal vez ocurra en otra vida. Quiero que sepas que tu vida jamás dejó de importarme y que he procurado hacer visible tu historia por todos los medios. Que lucho porque aquellas personas que decidieron colocar un fusil en tu vida, en lugar de esperanza, reconozcan lo que hicieron, que digan que tu sí exististe para ellos, que eras una niña indefensa huyendo del maltrato y el abandono. No hay momento en el que no te mencione, en el que no te piense o te extrañe. Cada paso que escalo en esta vida, estás tú, mi papá y Ramírez. Quiero que sepas que te lloro en silencio y que espero reunir valentía para subir y visitarte, pues

no he ido a verte por pena, por vergüenza, por culpa, pues no merecías terminar así, porque me resisto a tu partida y tal vez el hecho de no ver tu tumba me da una falsa ilusión sobre la posibilidad de saber que aún estás con vida.

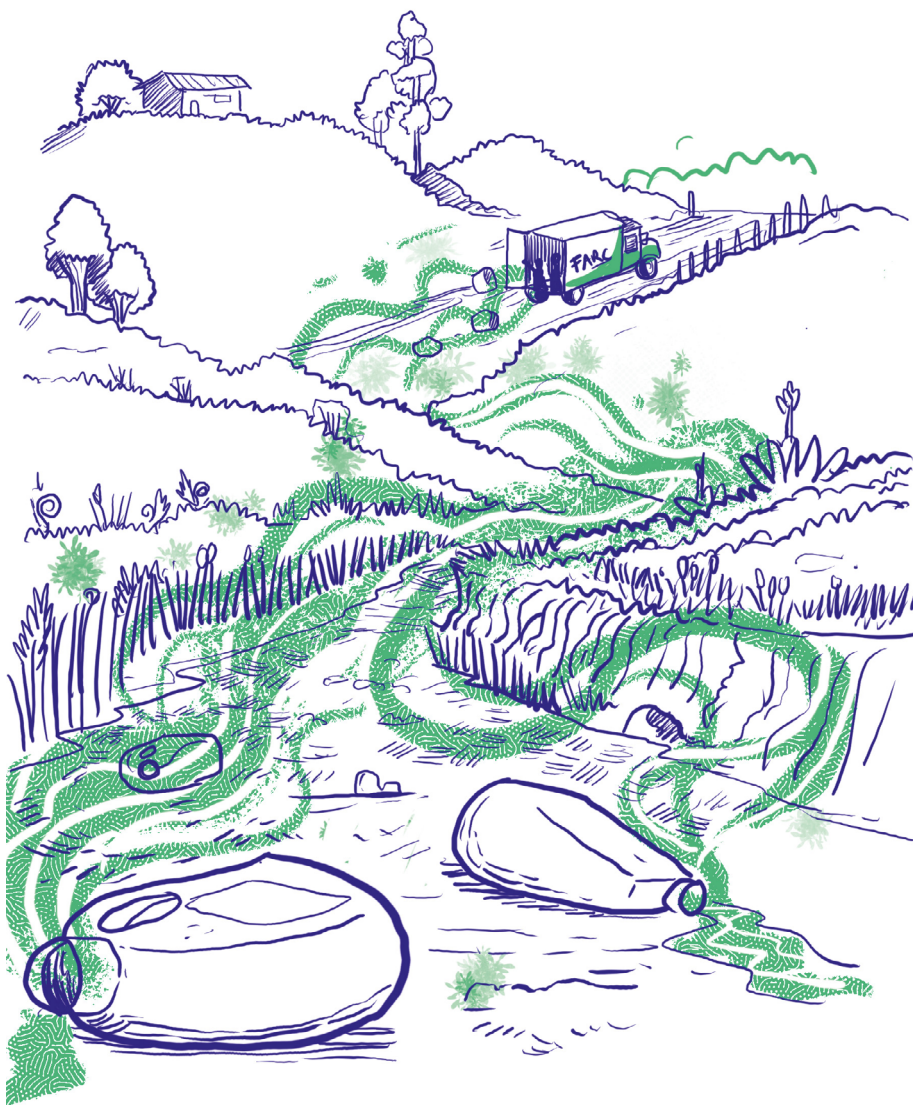
Mi cabeza no soporta la idea de ver cómo aquella promesa que nos hicimos de irnos juntas acabó con tu vida. La culpa me carcome y no miento cuando digo que he intentado tomar la decisión de quitarme la vida, pues siento que no merezco cada instante de tiempo que se me ha dado. Tal vez deberíamos estar las dos juntas en otro mundo, sin lágrimas, sin malos tratos, siendo niñas. Lucho todos los días con esta culpa y aunque a veces las ganas de vivir y continuar me abandonan, recuerdo que debo honrar tu vida, tu fortaleza, que debo vivir por las dos y pensar que tal vez, a través de mis pasos, tu estés dando los tuyos.

Quiero decirte adiós, hasta pronto. Nunca serás olvidada, tus recuerdos me acompañan y espero que, donde quiera que estés, hayas logrado ser esa niña feliz, que la sonrisa haya retomado y que el dolor y el odio hayan desaparecido de tu ser. Espero que en otra vida podamos encontrarnos. Espero que sepas que eres mi hermana, mi confidente, mi familia, y que hasta el último aliento te voy a querer. Jamás dejaré de extrañarte. Por favor, perdóname. Tu sonrisa vive en mi corazón.

12. Es el nombre popular que se le da al saltamontes o grillo, animal inquieto y saltarín.



*La guerra no es cosa de niñas*



La escuela fue una bonita etapa, un lugar bonito para recordar. El diario vivir en la vereda transcurría entre la cotidianidad del campo y los constantes hostigamientos. Había épocas en donde no se podía ni dormir, la guerrilla constantemente atacaba al ejército<sup>13</sup>. Así que se convirtió en normalidad ver guerrilla y soldados todo el tiempo, por lo cual nos prohibían andar por los desechos, ya que ellos acampaban cerca. Recoger moras y guamas se convirtió en algo medio peligroso, pues si la guerrilla te veía sólo te podía llevar, y si era el ejército, te podían pegar y en algunos casos abusaban de las niñas.

La guerrilla era identificable porque siempre andaban con botas de caucho. Antes, tenían un uniforme parecido al de la policía, no era camuflado, sino un uniforme verde y antes de ese, era un uniforme café. También los identificábamos por las maletas que cargaban, pues eran diferentes a las maletas del ejército, así como el tipo de arma y el tipo de munición. Otra diferencia importante era el hecho de que en las filas de la guerrilla hubiera mujeres, ya con eso uno de entrada sabía que era la guerrilla. Para el lado de mi pueblo siempre estuvo la Jacobo Arenas y el Sexto Frente, los grupos paramilitares no alcanzaron a ingresar aunque en su momento quisieron<sup>14</sup>, pero la presencia de la guerrilla fue más fuerte y no lograron meterse. El ejército se conocía porque siempre andaban con la bota de cuero, además del tipo de prendas que tenían. La clase de munición también era muy diferente del que tenía la guerrilla.

Las herramientas y cosas que cargaban hacían la diferencia y en las filas del ejército no había mujeres. Como uno crecía en ese entorno uno aprendía a diferenciarlos, incluso por el porte de las personas que andaban en ambos grupos.

13. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Caldon es después de Toribío (Cauca), el segundo municipio con más ataques armados en Colombia por parte de las guerrillas (CNMH, 2016).

14. La incursión del paramilitarismo en el norte del Cauca ocurrió especialmente en zonas del valle interandino, áreas de ladera de la cordillera central y de manera más fuerte en cordillera occidental con el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) quien fue responsable de la Masacre del Naya en abril del 2001 (ver Jimeno; Varela & Castillo, 2015; CNMH, 2018).



Cuando la guerrilla llegaba se presentaba, «somos del Sexto» «somos de la Jacobo», o simplemente decían «somos de la guerrilla». A veces incluso ni se identificaban, iban por ahí armados porque según ellos era el territorio por donde andaban. Cuando llegaba el ejército era lo mismo, ellos no se identificaban, simplemente cuando uno se levantaba uno veía que habían armado un cambuche en las escuelas, alrededor de los caminos o sobre las canchas. En Caldonio pasa algo muy curioso y es que la Jacobo operó mucho, pero si usted pregunta le van a referenciar el Sexto, o simplemente le dirán la guerrilla. Mucha gente no hacía la distinción entre el frente y la columna móvil. El Sexto llegó hacia finales del 80 y principios de los 90 a Caldonio. De ahí recuerdo a Samuel Dagua y estaba también mi papá. Más adelante había uno que le decían Joaquín, Caballo que era de la Jacobo, pero la gente lo confundía con el Sexto, siempre había esa mezcolanza. Estaba también Jaime, el mismo Caliche que pasaba por ahí o se quedaba. A lo último el que más sonaba era Caballo.

Recuerdo que en una ocasión empezaron a sonar disparos en la parte alta de la vereda, los de abajo nos alarmamos y cuando quisimos salir, el ejército estaba pasando justo enfrente de la casa y ahí la guerrilla los agarró a tiros. La guerrilla estaba atrincherada en la cancha, así que no teníamos pa' dónde agarrar. Cuando hicimos el intento de salir para la parte alta, la gente venía corriendo y llorando, todos se metieron a la casa, el problema es que la casa era de bareque, así que las balas le pasaban como si nada. A los niños y niñas nos metieron debajo de la cama, estando allí recuerdo que fue la primera vez que pensé que me iba a morir. Las balas sonaban en la madera de la ventana y los tatucos pasaban silbando cerca, cayeron en la huerta. Al caer la noche, casi toda la vereda se fue para la casa del abuelo Eliecer, pues era una casa en cemento y ladrillo, así que era un poco más segura.

Estas situaciones eran constantes y aburrían mucho, no había tranquilidad por ningún lado, no se podía jugar en los desechos, ni trepar los árboles. Lo único bueno era que la guerrilla nos regalaba cosas como comida y

ropa. Una vez se robaron un camión lleno de Sanpic<sup>15</sup> y esas cosas, en el trote se les cayeron un poco de tarros y las carreteras quedaron oliendo a flores. Eso jamás se nos va olvidar, porque daba mucha risa; si acaso en las propagandas de los noticieros uno vería algo así. Cuando ellos se robaron ese camión, con el afán se cayeron los tarros de Sanpic, Fabuloso y todo eso. La carretera quedó perfumada y todas las casitas, desde el ranchito más viejo con piso en tierra, a la casa de ladrillos, olían a lavanda. Uno moría de risa con ese olor concentrado en la carretera que quedó por meses, así que todo el mundo estaba algo feliz porque la casa olía a bueno. Eso fue inolvidable allá. En otra ocasión, en la huida por el río Chindaco, se les quebró una tractomula con una vuelta muy cerrada. Otros camiones robados en la Panamericana los echaban para arriba, para Plan de Zúñiga.

Uno vivía al día. Por un lado, el maltrato en la casa y por otro el conflicto, y con este el maltrato por parte de la fuerza pública. Todo esto hacía que nos llenáramos de razones para irnos pa' la guerrilla. De mi parte, yo quería saber de mi papá y tal vez ser como él. En el campo uno crece de forma rara. No todo fue malo, pero hubo más cosas malas que buenas. Cuando eran muy constantes los combates, no se tenía tranquilidad de nada. Podíamos estar afuera jugando a buscar piedritas de colores para pintar o hacer dibujos y ahí con la balacera todo el mundo corría a entrarse. Si usted venía del colegio: balacera. Si salía del colegio: balacera. Si estaba en el colegio: balacera. Había semanas donde no podíamos hacer nada y teníamos que dormir con ropa. La casa donde yo me crié era de bareque y cuando uno estaba pequeño eso parecía una discoteca, porque luego de la balacera las luces entraban por todos los huecos que dejaban las balas. Era crecer en una situación de permanente zozobra. Pero lo “chistoso” era que al momento, o al otro día, luego de la balacera, todos salíamos a buscar las vainas de las balas para jugar con eso.

En una ocasión nos encontramos una granada que había dejado el ejército en la cancha. El presidente de la junta de acción comunal de ese tiempo

15. Producto de limpieza para el uso del hogar reconocido por su fragancia.

nos la quitó cuando estábamos jugando con ella. Afortunadamente no se nos cayó, pues estábamos jugando con ese artefacto. Uno vivía aburrido, sin tranquilidad ni en la casa, ni en el colegio, donde se suponía que teníamos refugio, pero de allá nos despachaban temprano las profesoras cuando las balas comenzaba a sonar a lo lejos. Era vivir en un lugar sin calma. Sumado a eso, el maltrato por parte del ejército era una constante, porque según decían: «si usted es de Caldone, usted es guerrillero», «si usted es indio, usted es guerrillero». Por todo uno era guerrillero. Ellos decían «hasta el indio más pequeñito es guerrillero», porque sabían que a veces la guerrilla utilizaba a los más pequeñitos para cargar armas, munición, comida, para pasar información, para lo que fuera. Entonces uno vivía constantemente en eso de estar bien y estar mal. Había momentos cortos de tranquilidad, pero luego se venía el conflicto, usted llegaba a su casa y además no lo trataban bien. Con el ejército pasaba mucho que eran muy groseros, se metían a la casa sin permiso, robaban las gallinas, robaban las mandarinas, la comida, la cosecha, con la excusa de hacer una requisa y se aprovechaban de la ignorancia de la gente.

Recuerdo que una vez estábamos sentados en la alcantarilla y cogieron a un muchacho, uno flaquito de la vereda Pulibío. Un soldado lo cogió y lo azotó contra la carretera, que era de balastro, le pegaron en la cara y le gritaban «¡decí, decí donde está la guerrilla!». ¿Uno qué podía hacer? Uno sólo se preguntaba por qué estos son así. Luego de eso, al ratico, un miliciano de mucho renombre, que se llamaba Lucas, pasó en un caballo saludando «Buenas tardes». El ejército le preguntó «¿Vecino, usted ha visto por ahí algo raro? » y el mismo Lucas les dijo que no había visto nada. Todo el mundo sabía que él les estaba haciendo inteligencia. Entonces uno decía, al que sí es, no le hacen nada y al que miran que no tiene nada que ver y no se puede defender, lo cogen y lo maltratan.

En la escuela usted veía cómo los soldados embobaban a las niñas más pequeñitas con un paquete de papas, un bom bom de 200 o 150 pesos, que en esa época era un lujo. Se embolsillaban a las niñas con bombones o un mecato y se las llevaban a los cafetales. Les daban 1000 o 2000 pesos, estaban con ellas, muchas quedaban en embarazo, algunas abortaban,

se enfermaban. Así eran ellos. Uno crecía en medio de mucha tensión y conflicto. Tristemente uno no tenía un papá o una mamá que le dijera pilas que ese no es el camino, porque donde supuestamente lo tenían que apoyar también recibíamos maltrato, y aparecía entonces la guerrilla con ese discurso de familia, de que la vamos a cuidar. A mí siempre me tallaron mucho con la idea de «mire que ellos fueron los que mataron a su papá», entonces uno ya empezaba a rumiar eso.

Mi papá tenía una imagen buena y a la vez mala en la vereda, sin embargo yo me enorgullecía de lo bueno que él dejó. Me decía “si en algún momento yo muero, hablen de mi así como hablan de él”. El estudio fue una de las primeras cosas que me comenzó a interesar, porque decían que mi papá leía mucho. La gente decía «su papá llegó aquí y traía muchos libros, se la pasaba leyendo». En el campo, ver a alguien que lea, así no se sepa qué es, es una sorpresa para la gente. Mariana, mi madre biológica, en algún momento me contó que a mi papá le gustaba mucho leer a Marx, que era lo único que se acordaba, de un libro rojo que cargaba. La gente me repetía «su papá era inteligente, leía. Su papá sí que hablaba bueno», entonces al parecer tenía buen discurso para manipular las masas, que era lo que hacía la guerrilla a final de cuentas. La gente se maravillaba por eso o porque robaban para traerles comida, o les solventaban problemas de dinero, o arreglaban problemas de linderos, problemas de maltratos, robos, controlaban esas cosas y la gente los veía bien. Entonces yo decía “mi papá no era tan, tan malo”.

En Caldone, la milicia reclutaba todo el tiempo y estaban siempre pendientes de cualquiera que se quisiera ir pa'l monte para decirle su discurso y llevárselo más rápido, estaban pendientes de los niños solos, para hacernos creer que eran familia. Cuando la guerrilla hacía discursos en la vereda arrancaban diciendo « Buenas, somos las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, somos el Ejército del Pueblo. Nosotros venimos aquí a luchar para ustedes. La oligarquía y la burocracia los tienen a ustedes sin la posibilidad de comer, vean cómo están sus hijos, no tienen zapatos, no hay escuelas, la salud es mala». Siempre era eso mismo, el discurso le apuntaba a visibilizar todas las carencias de la comunidad.

Decían «nosotros estamos luchando para que eso cambie, porque vamos a derribar a todas las personas que están en el poder, que han hecho que el país sea pobre». A grandes rasgos, eso era lo que decían.

Lo otro común era hacernos creer a los niños que podían ser nuestra familia. Cuando a uno no le han dado amor o cariño, cualquier muestra de afecto se toma bien. El hecho que a uno le preguntaran qué le pasa, cómo está, quién le hizo daño. Una cosa que llamó mucho mi atención fue cuando me dijeron «véngase con nosotros, trabaje para nosotros, que nosotros vengamos lo que usted le pasó». Ahí yo me decía a mí misma “alguien se va a vengar por mí”, entonces pensaba que sí se preocupaban por mí. Hoy en día uno sabe que no tiene sentido matar y que maten por uno, independientemente de cómo han sido las cosas y la rabia en ese momento.

Cómo no conocí lo bueno del estado, supuse que la guerrilla tenía razón, los defendía en la escuela y en el colegio, siempre decía que eran los buenos. La ideología de ellos nos llamaba la atención, a Diana y a mí, así que nos empezó a gustar lo que hacían y decían. Cuando digo ideología, me refiero a lo que ellos entendían como “luchar por el pueblo”, acabar con las condiciones precarias en las que vivía el pueblo, como ellos mismos decían. Argumentaban: «ustedes no tienen comida, buena educación por culpa del estado. Vengan a luchar con nosotros para liberar a Colombia». Ahí uno decía, bueno ellos tienen razón, el estado es el que nos tiene mal. Incluso a veces la guerrilla hacía brigadas de salud en la parte alta. Lo que se veía es que ellos robaban a los que tenían para traernos a nosotros, eso era lo que uno dimensionaba.

Cuando miro todo eso desde hoy, pienso que lo que la guerrilla hacía era aprovechar el estatus de poder que tenían, por la ignorancia y el abandono de nosotros. Lo único que hicieron fue aprovecharse de esas necesidades para presentarse como los salvadores, para luego, de alguna manera, terminar cobrando lo que hacían. Ellos “invertían” en nosotros comida y ropa, pero luego qué hacían, de alguna manera se llevaban a los jóvenes para la guerra y nosotros terminábamos inmersos en el conflicto. Esa era

la crítica que yo misma le hacía a Jaime, un comandante de la Jacobo, una vez que estuvimos en Popayán<sup>16</sup>, cuando le decía: «es que si ustedes le llegaban a una niña que les decían que la habían violado y que quería vengarse, ustedes no tenían por qué decirle que se fuera con ustedes y luego mataban al depravado». Eso era perverso, pues estaban poniendo a la pobre persona con una doble carga. Primero cargar con el abuso sexual y luego cargar con el hecho de que se convirtió en asesina.

Yo le recriminaba a este comandante: «si ustedes se encontraron a niños maltratados que se querían ir de la casa, ustedes no tenían por qué llevárselos para el monte». Debían haberlos devuelto para algún lado y haberles dicho «vaya estudie». Pero ¿qué hacía la guerrilla? Recibían a los muchachos y se los llevaban, les pasaban un fusil y eran de los primeros que caían. Ahora uno hace la lectura y uno dice: ¡No! Todo el tiempo manipularon, nos usaron, se aprovecharon de la ignorancia y las necesidades. Ellos llegaron a cubrir la ausencia de un estado, pero no porque quisieran ayudar, sino porque ellos, para ese tiempo, ya tenían unos intereses militares e incluso hasta personales.

La población civil terminó siendo un objeto para ellos, una herramienta, un medio, pero no era que ellos estuvieran interesados en cambiar las cosas. La guerrilla, cuando hacían las tomas feas en Caldon, regaba panfletos y explicaban, pidiendo excusas por los “daños colaterales” causados, diciendo que el culpable era el estado por poner una estación de policía en el centro del pueblo. Uno decía sí, obviamente el estado tiene la culpa, más si ubicaban la estación al lado de la escuela. En esa época, a veces mirando esas cosas uno justificaba el accionar de ellos. Hoy en día, uno dice que era una estupidez entrar a tumbar una estación de policía; más allá de un supuesto triunfo militar para ellos y su ego, eso no traía nada. Tumban una estación de policía no nos iba a cambiar la situación a nosotros, no iba a cambiar nuestras condiciones económicas, todo seguía igual y por el contrario el pueblo quedaba más deteriorado.

16. Se refiere a encuentros organizados por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) entre víctimas de Caldon y excomandantes de las FARC-EP previos a la realización del Encuentro por la Verdad ‘Reconocimiento por la vida: Caldon cuenta la Verdad’ en marzo de 2021 (CEV, 2021).

En ese contexto, poco a poco nos fuimos metiendo en el cuento, empezamos ayudando con cosas pequeñas como advertir sobre la tropa, decir cuántos había o dónde estaban, y pasábamos esa información, nos daban mecato, así que siendo unas niñas éramos felices pudiendo comer chitos, bombones, barriletes. Hasta aquí no teníamos mayor compromiso con la guerrilla, sin embargo, nos estábamos dando a conocer. Así como nosotras, había muchos en las veredas, era normal que la guerrilla usara a su favor la pobreza de unos.

Entre balas crecimos, nos hicimos una idea errónea sobre el conflicto, muchos estábamos solos lidiando con problemas, así que por donde se mirara el destino era el mismo: la guerrilla como la solución a los problemas. No todo era malo, en medio del caos había espacio para jugar, reír, hablar. A los soldados jóvenes les gustaba meterse a jugar fútbol con los muchachos a la cancha. Para cuando cumplí 14 años, yo estaba en medio de muchos problemas, el único apoyo era el de Diana y otra amiga llamada Rubi. Uno no encontraba paz, por todo lado ruido y problemas. El refugio era el colegio y no del todo, porque cuando el ejército se metía a dormir, teníamos que llegar a pelear con ellos para que se fueran.

Quienes peleaban en esos casos éramos nosotros mismos como estudiantes. Recuerdo cuando estaba en octavo grado, llegamos a alegar con ellos, pues el ejército de manera campante llegaba al colegio, que no tenía rejas, y armaban allí su campamento. Entonces llegamos a las siete de la mañana a decirles que se salieran, que se fueran, que no tenían por qué estar ahí. ¿Cuál era el decir de ellos? Que ese colegio era público y que estaban en tiempos de guerra por lo cual podían hacer uso de las instalaciones. Así y todo, alegamos, les decíamos «se van de aquí, porque por volearles bala a ustedes van y nos matan a nosotros». Les gritábamos: «por tirarles a ustedes un tatuco aquí volamos todos pa' la mierda. Entonces se van».

Los profesores se mantenían al margen porque muchos venían de ciudad, de Popayán o Santander de Quilichao, por eso casi no duraban y eran muy temerosos porque la fuerza pública tenía mala fama. Entonces éramos nosotros como estudiantes quienes nos enfrentábamos con el ejército, ya

veníamos con la cabeza “lavada” de que ellos eran los malos, así que con más rabia los encarábamos y les decíamos que se largaran. En esa época el cabildo<sup>17</sup> no estaba tan fortalecido, tenía que cubrir otras necesidades y no le alcanzaba para todo. La guardia<sup>18</sup> no estaba constituida de una manera tan fuerte como está ahora, ni estaba formada como ahora. Prácticamente éramos la comunidad defendiendo lo que se podía defender, en este caso sacar al ejército del colegio, porque la presencia de ellos era un riesgo, quedábamos en la mira.

Recuerdo que los jueves o viernes, los profesores caminaban desde ahí hasta la vía Panamericana, por dos o tres horas, se iban caminando junto con otros estudiantes, por eso evitaban tener problemas con el ejército y nos recalcan el uso del uniforme, para que no los fueran a confundir con otras personas. Sin embargo, una vez, un compañero que le decían Oso no portó el uniforme y se puso un pantalón camuflado. Además, nuestro uniforme era verde oscuro, para colmo de males. Ese día el ejército venían subiendo hacia Cerro Alto y la guerrilla se había metido en unos pinales, ya habían minado el camino, habían puesto unas bombas. Tan de malas que mi compañero Oso ese día iba a la delantera sin respetar que nosotros teníamos prohibido andar con prendas camufladas, porque con eso a lo lejos usted es objetivo militar, ya sea para la guerrilla o para el ejército. Ese día bajaron todos, se fueron en manada y Oso se fue adelante. ¿Qué pasó? Pues que la guerrilla los confundió y los rafagueó, no les pasó nada, como se dice, por cosas de mi Dios. Tan de malas fue que el ejército venía subiendo, un soldado llevaba una perra y fue este animalito el que pisó la mina y murió. Ese día se armó la plomacera, incluso antes de tiempo, por “culpa” de mi compañero que andaba con ese camuflado, pues la guerrilla pensó que se había metido el ejército pero fue un cruce. Toda esa tensión hacía que los profesores no se pararan en la raya con el ejército porque

17. Es la figura organizativa de las comunidades indígenas a nivel local.

18. Las Guardias Indígenas fueron establecidas hacia 2001 en medio del recrudecimiento del conflicto armado en el norte del Cauca como mecanismo de autoprotección de las comunidades y control territorial (CRIC, 2022). Posteriormente se han consolidado las Guardias Cimarronas y Campesinas quienes son actores de paz fundamentales para las comunidades rurales (ver Rojas & Useche, 2022).

ellos vivían en constante miedo. Entonces cuando había que defender algo, los estudiantes éramos los que liderábamos.

Que los combates fueran constantes tenía sus ventajas, muchas veces nos salvamos de exámenes, pues empezaban las balas y las clases se cancelaban. Las profes, como venían de otras partes, se desmayaban o se ponían a llorar, en cambio nosotros nos poníamos a jugar. Una vez, yo estaba en noveno, e íbamos pa'l colegio, por una curva nos encontramos unos tanques, parecía de película, los soldados empezaron a decirnos «indias, guerrilleras, perras». Nosotras les gritamos: «Allá arriba los esperan», y nos echamos a reír. Era normal que les dijéramos groserías a algunos soldados. El punto fue que llegamos al colegio y justo cuando iba a empezar el examen de español, se escuchó una explosión que retumbó, la guerrilla había puesto una bomba en El Roblar y volcaron un tanque, los soldados que iban a pie y colgados de la primera tanqueta quedaron hechos pedazos, literal, ese día el combate fue feo. Unos profes decían «pobres soldados», yo solo decía «ahí tienen por chulos».

Ya para ese tiempo, finalizando noveno, había hablado para que me dieran el ingreso, pero me dejaron de inteligencia, según ellos yo solo tenía que pasar información y alertarlos si veía la tropa, pero pienso que era más como “sapa” o “campanera”, así estuve casi hasta el 2007, hasta lo último, cuando se llevan a Diana y nos empiezan a recoger. Poco o nada me importaba lo que hacían con la información que les pasaba, en ese tiempo solo quería que una bala me alcanzara, andaba muy aburrida y me sentía incluso capaz de matarme. Antes de pedir ingreso traté de hacer las cosas bien, pero en la casa el maltrato era tanto que nada tenía sentido.

Mario era el reclutador del Sexto, él recogió un listado de los niños del colegio de Cerro Alto, todos listos para irnos, Diana se apegó al familiar, Carlos, así que al final ambas nos íbamos a ir. Empecé hacer las cosas con más motivación, entre más información entregara y más soldados delatara, ellos me decían que más rápido iban a matar a quien me había abusado, Víctor. Me daba igual que emboscaran soldados y los mataran, total a ellos les echaba la culpa de la muerte de mi papá. Ruby, otra gran

amiga, se enteró de que me iba con la guerrilla, porque un guerrillero de Las Mercedes, encargado de matar a Víctor, le contó todo a ella, quien atando cabos llegó a mí.

Comencé a “colaborar” con la guerrilla desde los 13 años. Colaboraba porque me nacía, porque quería, por mi historia, porque estaba aburrida. A la hora de la verdad, no sé del todo por qué, pero colaboraba con lo que se pudiera. Estaba entrando a los 14 años cuando pedí formalmente ingreso, quería ser tropa, pero no se pudo, nos dejaron quietos. De mi colegio éramos ocho o diez personas que estábamos en eso, chicos de sexto hasta grado once. Recuerdo un amigo que tampoco le dieron el ingreso como tal, era dos años menor que yo. Recuerdo que una vez estábamos regresando del colegio y nos agarró un combate llegando a la casa. Ahí nos encontramos una muchacha, de la edad de nosotros, tendría unos 14 años. La muchacha iba temblando, llevaba una escopeta, ni siquiera un fusil. Imagino a Diana, de 14 años, así les cueste reconocer; como a ella, en la guerrilla se llevaron a algunos y a otros no les daban el ingreso.

Cuando estuve de informante, como vivía al frente de una casa que daba a la vía y tenía una alcantarilla, algo usual que tenía que hacer al paso de la tropa era sentarme en la alcantarilla y contar rápido cuántos soldados había y dónde iban a acampar. Además de eso, uno tenía que mirar cuántos subían con lanza morteros, el tipo de munición, donde se ubicaba lo que llevaba las armas, como: “pata gallina” o la “M60” como se dice. Esa información se las hacíamos pasar a Mario, del Sexto, pero al final terminó trabajando para la Jacobo. Él tenía familiares en el colegio de nosotros, sobrinas, una hija, y muchos de sus familiares estaban involucrados con la guerrilla.





*Mi primer lugar seguro,  
mi escuela*





La escuela donde hice hasta cuarto de primaria se llama Centro Docente 20 de Julio, mi profe de primaria era la profe Adriana, una mujer blanca y alta muy estricta, pues le gustaba tirarnos de las orejas, pero en los descansos jugaba con nosotros. Nos daba una imagen de profesora rigurosa, pero era a la vez cariñosa, una combinación inexistente en mi casa.

Tuve dos amigos importantes de infancia, ambas amistades surgieron desde la guardería. Mi amigo Sebastián, hijo de Victorino Ospina, un excomandante del Sexto Frente. Este señor era de Jambaló y operaba hacia esa zona, luego de la muerte de Victorino llegó mi papá a cubrir el área e incursionar en la parte baja de Caldonó. Antes la guerrilla se movía principalmente por la montaña, hacia Silvia y Jambaló. En la parte baja de Caldonó se escuchaba especialmente de los “Quintines” y del “M”<sup>19</sup> en ese momento.

A Sebastián le pusimos de cariño Pepe, y por ser hijo de Victorino también le decían “bandolerido”. Sin embargo, la mamá de Pepe nunca estuvo en la guerrilla, ella conoció a mi madre biológica y cuando iba a recogerlo a la guardería me preguntaba por Mariana, algo a lo que yo nunca respondía. La mamá de Pepe, doña Magdalena, aunque no militó, siempre se sintió muy orgullosa de que el papá de su hijo fuese guerrillero, y a veces decía que los dos íbamos a ser grandes comandantes como nuestros padres. Pepe nunca quiso seguir el camino del papá, aunque no le faltaron las oportunidades, pues uno de sus tíos fue un importante comandante de la Jacobo Arenas. A diferencia de mí, nunca estuvo interesado en esos temas, pues siempre tuvo cerca a su madre y a su familia.

Magdalena era muy cercana a Mariana y en ocasiones me decía que tenía que ser de “sangre espesa” como ella. En el Cauca le dicen sangre

19. Así se les conocía respectivamente a las guerrillas del Movimiento Armado Quintín Lame o MAQL (1984-1991) y del Movimiento 19 de abril o M-19 (1974-1990). Mientras que el MAQL tenía una agenda de autoprotección de las comunidades indígenas del Cauca (Peñaranda, 2015), el M-19 fue una guerrilla de corte más nacionalista y guevarista con intención de tomar el poder mediante las armas (Lara, 2014). Para una historia comparada de las guerrillas en Colombia véase Villamizar (2020).

espesa a la gente fría, que mata sin ningún remordimiento. Dicen que hay quienes incluso comen pólvora para que la gente calme los nervios y se le ponga la sangre espesa. Pero yo era muy llorona y sensible, sobre lo cual Magdalena me recriminaba. A Pepe se lo llevaron para Jambaló con los abuelos paternos y me quedé sin él, quien me defendía de los golpes que me daban. En una ocasión, una niña intentó irse de la guardería y quedó colgada del brazo en un alambrado. Por esa diablura, a todos nos golpearon con una rama de pino que tumbaron. Ese día, estando en la guardería, Pepe me dijo que me volara, que él hablaba con la otra familia de él para que nos recibieran, no teníamos más de 8 años en esa época, ¿qué podíamos saber de la vida?

Luego de que Pepe se fue, quedamos Diana y yo en la guardería. Al igual que Pepe, ellos fueron familia, como dos hermanos, pues a los tres nos unía la violencia. El tío de Diana, Carlos, fue un guerrillero muy malo, reclutador, se decía muchas cosas de él. Diana era maltratada en la casa, así que su refugio era la guardería y luego la escuela. Estar en la escuela era mil veces mejor que estar en la casa, la escuela era un refugio y estábamos juntas. A pesar de que Diana era menor que yo, tenía un carácter mucho más fuerte. Era bastante “riata” como decimos. Mientras yo lloraba aburrida, ella solo me regañaba, pero yo sabía que estaba ahí para mí. Diana terminó su primaria en el 20 de Julio, a mí me enviaron a la escuela de Cerro Alto, sin embargo, seguíamos juntas, pues ella debía pasar a la guardería por su hermano José.

En la escuela estuvimos juntas hasta tercero, porque en cuarto nos separamos, para luego volvernos a encontrar en el colegio. Nos volvimos confidentes. Del juego de niñas pasamos a contarnos nuestras cosas. Ella era mi apoyo, me decía «no chille, párese duro y no se deje». Diana tenía a su tío hablándole sobre la revolución, el discurso que se manejaba en la época. Cuando es abusada, por fechas cercanas a mi abuso, es cuando le digo que nos fuéramos a la guerrilla, le dije “vámonos que allá nos dan un arma y nos vengamos”, ese era el pensar. Pero como conté, en el camino las cosas se terminaron resolviendo de manera muy diferente para cada una de las dos.

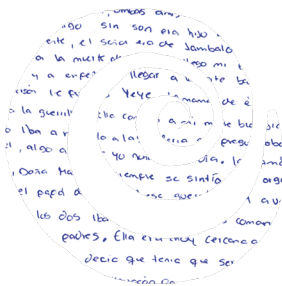
De alguna manera le agradezco a Diana que yo haya podido salir de la guerrilla y no tuviera que quedarme obligada a irme para allá. Cuando usted da la palabra la tiene que cumplir. Al momento del ingreso le preguntan si uno está seguro y si quiere, si uno dice sí, tiene que cumplir. Si no cumple le toca a las buenas o a las malas. Diana fue entonces mi compañera en todo ese proceso, fue una hermana y no solo una amiga. Ella estuvo en el colegio, si mal no recuerdo, hasta mitad de décimo, cuando la bajan a recoger a la casa y se la llevan. Lo que más me duele con Diana es eso. Le dije vámonos, pero la dejé sola y me volé, rehíce mi vida, tuve un hijo y pude estudiar. Ella se fue siendo una niña, no tenía aún 15 años, tenía sueños como estudiar medicina. Cuando el excomandante de las FARC mencionó que Diana había sido su enfermera, pensé que, paradójicamente, en su contexto ella buscó estudiar lo que quería. No importa lo que digan, ni lo que pase, a ella ya no me la devuelven.

La decisión de irse se da porque la misma sociedad lo deja a uno solo, especialmente uno como niño o adolescente, uno toma decisiones equivocadas. Anteriormente nada me preocupaba, no tenía la madurez para entender hasta dónde mis decisiones tenían efectos. Ahora que tengo una vida adulta y soy responsable de otra persona, puedo entenderlo mejor. Esto me carcome, darme cuenta que uno ayudó, aportó, hizo, confabuló con otros para hacerle daño a otras personas. Dar a conocer la historia de Diana, contarla varias veces, contar lo que ella pasó, es fundamental para mí, porque no es un dato más que reportan como cuando en los noticieros dicen «se dieron de baja a tres guerrilleros» . Detrás de esos guerrilleros hay una historia de vida que hay que contar. La gente tiene que entender que muchas de esas personas que ingresaron se fueron siendo niños y niñas sin infancia, sin oportunidades.



*Mi profe Marta,  
recordando tus palabras*





Quiero también contar mis memorias acerca de otra persona que fue muy importante en mi vida, la profesora Marta. Las personas van y vienen, algunas pasajeras con significado, otras simplemente personas. La profe Marta fue una persona pasajera con un gran significado en mi vida. La profe llegó al colegio a cubrir la vacante de matemáticas y física para los grados noveno a once, hacia el año 2002. Venía de la ciudad de Popayán. Era una profesora muy rigurosa, con fama de ser “cuchilla”, como dice uno de estudiante. A diferencia de otros profes, ella era muy directa y estricta. Para cuando empecé a recibir clases con ella, entendí mejor el por qué. Los demás profes nos cuidaban a su manera, nos apoyaban a su modo, pero nos limitaban a crecer y morir en ese contexto, su mirada era demasiado condescendiente. No quiero desmeritar la labor que hicieron los otros docentes con nosotros, porque hicieron una labor hermosa, nos cuidaron, estuvieron allí en momentos difíciles para nosotros. Por ejemplo, la profesora Nancy, quien era la profesora de inglés, venía de Santander de Quilichao en una motico chiquita, roja, siempre con un impermeable amarillo, y para esa profesora no había clima, ni balacera, no había tatuco que la detuviera, ella llegaba todos los días al colegio, nunca llegó a faltar a clase, siempre llegaba al salón a presentarse.

Estaba también el profe Agustín. Él dejó a su familia, sus hijas y compañera que vivían en Cali, y decidió quedarse viviendo en el colegio de Cerro Alto y bajar a ver a su familia los fines de semana. Todo eso lo hacía porque no quería irse del colegio, porque sentía que ahí tenía una gran labor y porque quería estar con nosotros. La profe Isnea era la profesora de sociales, una profe bastante extrovertida, nos hacía reír mucho con sus locuras, venía de la ciudad de Popayán, donde también dejó su hogar, aunque sus hijas ya estaban un poco más grandes. Este tipo de actos en ese momento no tuvieron mucha trascendencia, tal vez porque no dimensionábamos su valor, pero ahora puedo verlo y sentirlo como lo que son, un gran acto de amor. Así es, amor, porque dejaron muchas cosas que estaban por encima de nosotros, como sus propias familias, para quedarse enseñándonos, dándonos clases.

La profesora Marta hizo lo mismo. Ella dejó a su hijo mayor en Popayán, dejó a su esposo y se vino para Caldon, pasó todo su segundo embarazo en Cerro Alto y tuvo a su bebé, a quien lo llevaba al colegio. Había una gran diferencia entre lo que hacían los otros profes con lo que hacía la profe Marta. Los demás profes también nos cuidaban y estuvieron allí para hacer del colegio un lugar diferente, pero, de alguna manera, nos veían con lástima, no veían en nosotros capacidades. La profesora Marta era totalmente diferente. Ella nos decía: «Sí, es cierto que ustedes vienen de un contexto difícil, pero eso no significa que a ustedes hay que tratarlos como pobrecitos, como si no pudieran». Una de sus frases que más me marcó era que la vida no siempre es justa, sin embargo, nosotros podemos hacer que la vida sea un poco más justa con nosotros mismos. No había condescendencia en ella para nosotros, ella sentenciaba: «Si se les fue la energía, pues miren a ver si prenden una vela, pero acá me llegan con la tarea. Si ustedes saben que van a llegar a la casa y no tienen libros para investigar, entonces miren a ver cómo van a la biblioteca y prestan los libros». Ella siempre nos exigía, diciéndonos que, a pesar de estar en un contexto difícil, eso no era una limitante; y seguía: «Por fuera de Caldon, por fuera de Cerro Alto hay más. Hay más que balas, hay más que coger café, hay más que trabajar en la semana para irse a gastar toda la plata en una chichería el fin de semana». De alguna manera, ella buscó ampliar nuestros horizontes.

Los otros profes nos protegían, pero nos miraban como a los “pobrecitos” que hay que cuidar. Nos sobreprotegieron tanto, así lo veo ahora, que no nos dieron esas alas para pensar que podíamos llegar a ser algo más. Cuando la profe Marta llega, empieza a cambiar todo esto. Algo muy importante era que se refería particularmente a nosotras las mujeres. Nos decía: «yo no entiendo por qué las niñas del campo tienen que pensar que tienen que terminar con un marido llenas de hijas o tienen que terminar en el monte». Ella nos hablaba sobre ser independientes, sobre el ser mujer, sobre la importancia de ser una buena mujer para una misma, no con la idea de ser una “buena mujer” para ser mirada por un “buen hombre”. Cuando ella nos hablaba sobre ser mujeres independientes, entiendo ahora que se trata de romper ciclos y cadenas de violencia. Desde pequeña tuve que

trabajar y estoy convencida de que uno de los factores de independencia de las mujeres es poder acceder a un trabajo. Romper los ciclos tiene que ver con lo transgeneracional de pertenecer a la guerrilla, desde mi abuelo hasta mis padres, pues al final estuve a punto de repetir esa historia del conflicto armado.

Para romper cadenas hay que reconocer que las condiciones del contexto que tuvimos fueron muy difíciles y a veces levantar cabeza es muy duro; sin embargo, uno puede a través del ingenio y de otros factores. Cuando la vida le pone a uno personas como la profe Marta, uno se puede liberar de esas ataduras. También romper con esa cadena de que todas las mujeres debían prepararse para tener un “buen hombre” para quedarse en la casa y cocinar, y que si lograba encontrar un “buen hombre” que me recibiera a mí, a pesar de quiénes habían sido mis padres, tenía que darme por bien servida, porque me estaban haciendo un favor. Gracias a la visión amplia que nos dio la profe Marta, nos invitó a pensar que no porque vengamos con una historia familiar que se repite y se repite, eso indica que tengamos un futuro escrito y designado. Ella nos decía una y otra vez: «hay que ser críticos, pero no criticar de chisme sino de pensar por qué están pasando las cosas». Creo que otra cosa bonita de ella fue que, más allá de enseñarnos a soñar y a la utopía de que podíamos cambiar el mundo, lo que hizo fue cultivar nuestro derecho a tener ambiciones y decidir lo que queríamos. No fue de las profes que dijo «pobrecitos, hay que cuidarlos y después de que no se vayan pa'l monte todo está bien», ella decía que había que cuidarnos, pero a la vez potenciar nuestras cabezas y capacidades, ayudándonos a soñar, pero con metas y proyectos, especialmente para nosotras las mujeres.

Era una profesora que nos exigía mucho. Si están pasando por una situación difícil y no pueden traer las tareas, para ella, eso no era excusa, pues insistía: «tienen que poder, tienen que buscar la forma de poder». Recuerdo mucho su perseverancia. En una ocasión, participamos en unos campeonatos integrados y ella siguió jugando sola por todo el equipo, nos hizo poner de pie y nos regañó: «ustedes son unas mediocres. ¿Creen que se tienen que rendir a la primera? ¡Pues no, siempre hay que luchar!».

Esos mensajes, esa fortaleza y esa perseverancia, fueron ese bichito que yo empecé a tener en mi cabeza y decirme a mí misma “la profe tiene razón, yo sé que soy capaz, sé que tengo actitudes y no quiero terminar muerta por ahí en un hueco, quedar despedazada como otras personas, quiero ser más”. Entonces a mí se me empezó a meter la idea de la Universidad del Cauca y eso se lo agradezco a ella.

Cuando traté de quitarme la vida en el colegio, por las crisis luego del abuso que sufrí y todos los problemas que me rodeaban, la profe Marta estuvo ahí ese día conmigo. Fue a ella a quien en gran medida le conté todo lo que estaba pasando y prácticamente en ese tiempo se comportó conmigo como una madre. Fue ese apoyo emocional, ese soporte que yo necesitaba y que nunca había tenido. Me dijo que yo valía mucho, que yo podía, que era inteligente. Y eso me lo dijo alguien que no tenía mi sangre y que incluso no tenía por qué preocuparse por mí. Así que, si lo hacía una persona así, debía de ser que veía cualidades en mí, por lo cual me fui convenciendo de que podía hacer más cosas, incluso ir a la universidad. En el tiempo del colegio me gustaban muchas cosas, incluso la filosofía, aunque el profe de esa asignatura me dijo que eso no daba dinero ni trabajo. Me gustaban también las matemáticas y en el colegio se formó un grupo de estudios con estudiantes que teníamos un poquito de actitud. El grupo funcionó bien hasta que un día quedamos atrapados en una balacera y hasta ahí llegó, pues los padres de familia no permitieron que siguiéramos participando.

Cuando salgo volada de Caldon, opto por llegar a Cali y en el proceso de presentarme a la Universidad del Valle, recuerdo mucho que estaba la licenciatura en matemáticas y física, yo quería ser profesora de matemáticas porque la profesora Marta me había inspirado mucho. Llegó un momento en donde me dije, si ella fue capaz de transformar la vida, si ella fue capaz de hacer todo lo que hizo y si ella me dijo a mí que podía estudiar, eso es porque yo tengo la capacidad, entonces yo puedo. El asunto es que yo no sabía nada de física y lo poquito que sabía había sido traumático, porque

nosotros no teníamos laboratorios, no resolvíamos ni el ejercicio más sencillo de movimiento rectilíneo uniforme, para eso yo era tapadísima. Me dije “bueno, no me voy a meter acá por la física, pero sí por las matemáticas”, y en mi ignorancia pensé que estudiando matemáticas podía en algún momento hacer lo que ella hacía, porque creo que es una de las mujeres que más me ha inspirado, una mujer completamente de admirar. Sé que tal vez su hijo mayor la culpa por haberlo dejado, sé que él se sintió abandonado por ella, porque prefirió su trabajo, prefirió estar con nosotros. En algún momento nosotros le decíamos de manera pícaro: «suegra, ¿cuándo va a traer al hijo mayor?», y ella solamente contestaba que en algún momento su hijo iba a entender que él era un niño que había crecido mucho, con mucho amor, con muchas cosas, y entendería que ella no lo había dejado, que ella seguía siendo la mamá que lo amaba, que iba a estar ahí, pero que a la vez ella podía hacer más por otros niños, por otras personas que no tenían las condiciones que él había tenido.

La profe Marta fue la única capaz de exigirnos y decirnos que sí podíamos a pesar de todo. No todos fuimos a la universidad, de hecho, solamente cuatro logramos entrar y tres alcanzamos a graduarnos, los demás compañeros se quedaron en el territorio, algunos lideran procesos colectivos, unos son presidentes de las juntas de acción comunal, participan en los cabildos, pero ella logró un despertar en nosotros para pensar que podíamos ser más de lo que el mismo contexto nos permitía. Para mí, ella es una mujer que dejó una huella muy bonita porque fue la primera mujer de la que yo escuché palabras gratificantes hacia mí, pues vivía en una casa donde quien hacía el papel de mamá solamente me decía groserías y me desmeritaba. Prácticamente me decía que yo había sido lo peor que ella le había podido pasar. Escuchar a una señora extraña que me decía que yo era muy inteligente, que podía salir adelante y que estaba para más cosas, me inspiró, me ayudó a abrir los ojos y a pensar en que yo merecía más, que yo quería más y que podía llegar a ser más. El camino no fue fácil, llegar a la universidad no fue fácil, hubo muchos obstáculos. Empezando por el nivel académico con el que yo venía, pues tuve que

presentar el ICFES<sup>20</sup> dos veces para poder entrar a la Universidad del Valle. Afortunadamente logré ingresar.

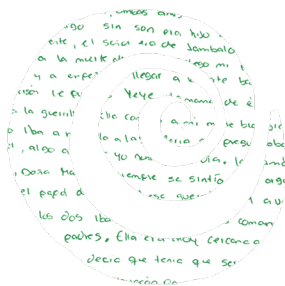
Ella se esmeraba por nosotros. Su sacrificio, el dejar a su hijo mayor, a su esposo, y venirse a vivir a Cerro Alto para darnos clases y apoyarnos, me llenaba de esperanza, me hacía creer que sí había algo más allá afuera, que no todo era malo. Le debo mucho a ella, mi gratitud hacia ella completamente. Ella creyó en mí, su cariño y sus palabras fueron una chispa que necesitaba para prender motores hacia una nueva vida. Gracias a ella pude tener la fortaleza para huir, para empezar de nuevo.

20. Prueba de conocimientos académicos que los estudiantes de secundaria deben cumplir al culminar sus estudios y poder acceder a la universidad.





KAAPIYA'SA MARTHA ÎKWESX  
NÊEWEWNXITX YAHTXNA



Txāwēy ta'sxwējeth ũ'kwe ũusyahtxnxitxi's. nasa jii meh thuthe'jsa, ũ'kwe ũuste. kaapiya'sa Marta jii ma'isa nas anxu' u'jn ki' kuhñçxaatx ũsu'j vxitesa meh seena kazxkweçxaata' Txāa kaapiya'sanxu' iisanxi yuwete txāwēy Físicatek kaapiya'jxa pa'j kheeba vxite ksee teeçxtepa, 2002 juiku pa'j sa' çxhab çxihmejuuk yuusa nxu', txāa kaapiya'sa mej kxtey kxtey mjisa nxu'k teeçx piyasa we'wçxaja txā'jik, mej seena ewkweçxaa mjüitxwā vxitkaja'k txā'w jxuka jxuka uyna kähçxath jxukate jiyun kūj, ma'wnxuçxa vxite kaapiya'saja kwe'sxtxin txā' seena ew jxpe'je txāawē'sx ũusjuj. Jxuka puççiku'tx nawā wa'lukutx kxtey mee nxuute txāa piyanxi dxiite çxahçxa āsxi'j txajx tegnxii meh seenatheçxaa nxu'k piyasa jiyuçmenē'ta sūçxah, txā'wtewa vxite kaapiya'sawe'sx ma'wē nxuuçxanta txāawe'sx mjüikwe'swa ewkweçxaa vxitna ki' ew jxpe'na kūh, mej zxiçxkweçxaa mjüin kähth, kwe'sxtxiwā jxpe'jn, ēn the' isate wēten küh'tewa. kaapiya'sa Nancywa musxka yuwetek kaapiya'jxa kūhj txāanxu' kliiçxaw çxhabjuk yuusanxu', ēn iisak çaam beekwesa leçxkwesa açxhak ũ'jnxisatek kühuh pāçxnxisa' lemsa jxkahçxak txā'wkwe kühj'j txāa kaapiya'sa jñxu' nusmaknxuu, çaam atsa u'psamatx nxuu, vxite ũpanxisamatx nxuu nawā txā'wkwe kühñçxaa ũsu'. Txāwenxuutewā peejxmek ēn isa kaapiya'jñxi yatte pa'jn ũsuh, paaçxnjuhwa peejxme pa'ja piyanxii yatte.

Ki' txā'wēy kaapiya'sa Agustin Yaasesawa u'pu'k, txāanxū'j txajx nwe'sxkwe, nxiisakweetx, vxite txajx u'ykwe's kiwe açxasu ki'pçxane yuwe' txaju u'psaneta nxu' nawā txā'ju ki'pçxa yuwe'nej ajxu kwet ki'na piyanxii yattek txā'wkwe u'pxya kūj, txā'wenxuuçxak ki'su isa txajx nwe'sxkwetx thegna peeku'sa nxu' txāa açxa kiwesu' txāanxu' txāa kaapiya'jñxi yatju ũ'yā' wa'lçxak txā'wkwe pēeykahna kühj ki' txāwēy txā'wkwe txajx mjüikwe's wala wedxna kähj, vxite kwe'sxnxak u'pwēçxaj. vxite kaapiya'sa Isnea, txāanxu' sociales ta'sxsaknxu' txāawaj mej kazxkweçxaa nxu'k kwe'sxtxin mej ksxiikançxaa pēkuhsa u'jusanxu'k, txāawa çxhab çxihmejuk yuusa nxu', sa' txāawa txāwēy txajx yatkwē's vxite txajx luuçxkwetx wāatahçxane yuwe' i'n nxu' txāajii luuçxkwenxu' wejxkwenxa'neta mahtxkwe nxa' nxu'jh.

Kapiya'sa Marta wa txā'weyku nxuu zxi'k isxsa's vxite txajx Nmi' a's Popayánteka ki'pçxaka yuwe txajxiçxak e'ste luuçkwe'syu ktee cerro

altote kaa skheju, khiçxawa kteek kase'jsak piya yatte peçxhak pa'ja, sena' vxite kaapiya'sate' fxii nxu'k, txāa pa'katey vxiteyu' pxthaathe jxiisa na'wtxi ipe'je txā'w ewmesa yuwe ksxaavxte walasate, naaçxaj Marta yu' kijmeku'k txāanxu ikwe'sxtxin pxthaa jxiya'met txāa pa'katey i'kwe'sxyu ūus ki'pçxayu' makwetewa kâawa'sa ki'kwe jxinku we'w.

Txajixçxak txajx we'wnxisayu' baaçxtewa dxi'ja wehme sxigsa nāwa kwe'sxiçxa dxi'j ewsas khikwa'satha'w jxinku we'we, kīhwa ūus ki'puçme txajixçxak ma' seena' êena' kweetsa meetewa vela ki'tana mjiiis vxitçxa pa'jane'kwe jxīn we'we khiçxa yatte eç jximet jxiwa'kwe txajxi eç jxaawnxisa yat wala ūsta aça ma'w nxūuçxa u'jwenekwe nawa ujwene'kwe jxi'k, i'kwe'sxçxa tha'w sujuwa'kwe aça ekaj txā'weiçxa thaakwe nxinx ūdesa vxite puyisa, tuugxna pekuhsa vxuu jxian ūjusa ūsta' jxi'k txā'w nxūuçxak kwe'sx ūusyaaknxisas yu'pthen yuwe.

Açx jxiyu't meh sena' pēeykahneta nā' baaçxtewa pxthaathej jīn thēgnxisa'tkhaw nxū' txajixçxa'tkhaw yaçte kasejxa' çxhaçxha ūuya'jkxme yujn ūsu, txaju kapiya'sa Marta kūhtek jxuka yu'pthen yuwe' khiçxawa u'ytxinwa kutx nēewe'we kīhyūuuxakwe ayka nasa yu' piçkwe uyçxa luuçx jxi'phun u'pwaja's çxa ūusyaaki' txā'me yu'kte u'jwaja's, açyu' kteeyu' wejxkwe kwe'sx çxawa yaçte kasewasathaw jxiçxane' txā'jxi, açxhthu jxuka jxiyu' nanxū' pthāawen fxizenxisa dxi'ja's aphnane' txā'jxi, leçxkwey mjiiin yuusat txajixçxat peekx kuseju vxuu uyte seena' ewsata jxin we'we. Dxi'j aphna jxīn we'wet txāanxu kwe's yaçka ma'neta ewme yūun ūsu' txās çxukwedwa'k txā'jxi wejx ū'kwe tata wala vxite tata we'sx txāa yu'kte we'sx ne'ta nxū' txajxi çxatka ū'kwewa txtee wete'dxih.

Txāa dxi'ja's çxukwedwajas yu' yaçte jxuka thēgwa'ja Ma'w yuhn ūsnetkhaw nāwa, yaçte kase'waja' seena' thēysa ki' yu' txā'wsa pwe'sx pkhaakheçxatha'w yu'pthen u'jwe txajixçxa txāa kaapia'sa marta na'wsa kujmewaçyu' baaçxtewa nā'w nxuute pihç ewsa kuhun sūn u'p nxū'n baaçxtewa çxhaçxhak we'wkaja nāwa vxitetx nūuy we'wname kīhuçxakitx yuwe txā'wsa sēje txāasuk we'wkaja, kwe'sxiçxa dxi'j wala ewsate kūwa'satha'w jxi'k, txā'w we'na kūhtethaw fxii ūus ki'pna yuwe' u'ysayu.

Kapiya'sa sena' dxi'jksa nxū'k na' thēyte u'pçxa't mjii vxitmet jxte ewuçme, mā'wtewa ebuna jinku we'we' txajx çxhaçxha ūusyaknxi'sthu yaaki' Teeçx pyahte kata jxiad tha'w pweesa'ja açyu' kwe'sx pa'kate jxiçxa txāaçxa pweese'jn jxa'k khiçxak kwe'sxtxin ktiisxiçxa wēesxu nxāafxteçxa çxhaçxhaya'j mewa'kwe txā'wme ma'wtewa kabaawa'ja, txajut ū'kwe dxikthete yu'akhna yuwe' isayuh we'we'k jxiçxa, na' ājayujun kiwe dxiite kafx dxiite neenxume'n txaht jweete piya yat walan u'jwen sūn yahkxna yuwe txāa pa'kat weçxa txās.

Txā' Nxusna u'junxi yuwete Ū'kwe kusejuy fxi'zenxisas kabaweete txāa kapiya'sa Marta içxak txāa ēnte' pi'kxna u'pu'. Txā'syuwa txā'sthuj jiuka ta'sxnak ūkaxū peekx nxi'jte thaakwe pi'kxna yuwe. Baaçxteçxapa txā'w puçxsat peejx nxū' açyu txāanxu txā'wku kūh, çxhaçxha kayeki'k wehme selpisag jxiyuya txā'g ew jxiyu' jxinku we'we. Nā'syu ū'kwe ē'syu' jxi'mesak txā'jxi açtuh yahkxna yuwe pehka kīhteyu' ewne'tka açne' txā'w we'wna skheū' sūt na' jweete piyaa yat walatewa u'jxa yahkx. Piyaa yatte u'piite meh ew thēgu'k filosofia piyaawa nāwa txās ta'sxsa yu' ki'jwa selpime' Biuu vxite mjiiwa ūkwe'j kasejeçme' jxinku we'we, txtex jxi'phuthaw isanxi yuwete fxii ksxabuçxa piyaasa wejxkwe yaçte kasejn u'jsa nāa txā' nxīnx ksxaavxte nxuuteçxa pēena kmaajximeta'.

Ajxu' uswal çxahbuj u'cxha cali çxhabtet sēh txāa jweete piyaa yat walate universidad del Vallete u'kaya sūçxa, yaaki't ktee isanxi yuwetet u'kan sūn yaaki', txāa yuwete kapiya'sa nxu'n sūçxa txā' sena' Marta at puçxte, txāanxu kwe'sx yakx nxitx jxuka yu'pthen skhēukuça, vxite piyaawa'thej ewgu jxinku we'we, aça pehka ewuune'thejne' txā'jxi sūçxaçxa çxhaçxa ya'jkxthuj. Ayteyu Física piyan sunwa yahkxthuj nāwa txāateyu' meh lupekweçxa yūun ūsu tha'w txāa pa'kat isanxi yuwete u'jwen jīn we'w txā'w piyaçxayu' txāa kapiya'sa na'wēynxu'n sunthu yaaki' txā'wey çxhaçxa kaayeki'jn.

Txā'jx zxi'k īsxs ki'yu ūusxawa txā' wejxkwe mjiiiteçxa yujute, kwe'sx ma'wentē' kwisu'kthaw zxi'kas baaçx pe'jn yuhkwe jīn açku txāanxu pasçxayu' pehka baaçx ēnte' walana nayu' u'jwena nā' txā' wāatahçxa u'jumetewa txāa baaçxtewa txāawe'sxtxi pēeykahçxa txtee ūstewa,

khĩçxawa luuçx txāa na'wey fxi'zeya ājasametx pu'çxna ûstewa. Txāa kaapiya'sa Martaçxak ma'wtewa yaçte kasewā'sa ki'kwe jxĩn atu'. Jxuka y txāa jweete piyaa yat walate u'kaya ewumetha'w wejxuwa pa'hz çxatha'w u'ka khĩçxawa kaban wa tekçxa tha'w kaba vxitesayu' ktee peetx kiwete neenxutx maisa kiwe vxiç thegsata', maai' ukawe'sx yuwete at pu'çxsata nāwa txtée kûuwa'thej yu' txajx we'wnxi pa'ka txāw yaçte kasejn yuwe ma' pukasu yu' yuwe thêysa ûstewa, û'kwesyu' meh ewsa dxi'j khikçxa u'k wejx txā' yatteyu uma jxinxisayu Ma'w ma'wwa we'wna nûuy waalate' nāçxa wejx txā' uynxisame yaçte kaseje ne'ga jxĩte ûus çxhaçxahn kû'hk Kîihyu' theymet txāa jweete piyaa yat walate u'ka jxinxa' ebume'n wejx uykheewwa je'zuthuj eçkwe vxitçxa uykheew, meh thêysa nxû'ne txāanxak txā' zxi'k kwe's vxite nmi'as txā' wāatahçxa mjii a' yuhnn ûste' sùju't sat wejx ûus ki'pu txājx pa'ka vxite āhtete ûphna ûphna u'çxha ki'k'n thakwa'jas ûukhuçme.

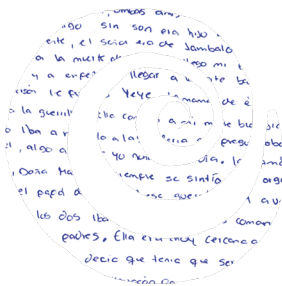
Haz click en la espiral para escuchar el capítulo en Nasa Yuwe:





*Espirales íntimas  
de las violencias*





Después de que mi amiga Rubi se enteró sobre mi abuso, habló conmigo y aceptó ayudarme, entre lágrimas me contó que un miliciano había también abusado de ella, pero que había tenido que callar. El abusador era un miliciano de mucho trayecto en Caldon, por lo menos para el lado de Las Mercedes. Las cosas se fueron dando y por suerte tenía a Rubi y Diana, ambas me apoyaban y no me hacían sentir sola. El fin de semana que iban a matar a Víctor, mi abusador, yo no quería estar sola. Le pedí a Rubi que se fuera a quedar conmigo, ya que a Diana no la dejaban. La mamá de Diana la maltrataba mucho, por lo cual ella tenía que hacer de ama de casa y madre de los hermanos menores: madrugar a hacer el desayuno, dejar parte del almuerzo, bañar a los hermanos que iban a la escuela y luego del colegio llegar directamente a la casa a alimentar a sus hermanos menores. Con tantas obligaciones, Diana prácticamente no salía ni al pueblo, pues vivían en una huecada de la vereda cerca al río Ovejas y no la veíamos salir a menos que fuera para una minga<sup>21</sup> del cabildo o cosas así.

Resultó que a Rubi le dijeron que en un festival en Las Mercedes iban a esperar a Víctor, lo sacaban y lo asesinaban. Yo me puse feliz, pues en ese momento solo deseaba la muerte de ese señor. El día antes del plan, me puse bastante mal porque no entendía por qué tenía que convertirme en mala. Me sentía terrible, pues aunque quería que lo matarán, de otro lado no quería cargar con ese muerto, así que me fui a llorar al tanque de la cancha, y tan de malas, o tal vez de buenas, que en camino me encontré con una sobrina de mi mamá de crianza, a quien le debo que las cosas no hayan terminado de peor forma. Ella me vio mal y me preguntó qué pasaba, le conté todo, se quedó en silencio y se fue. Finalmente, fue ella la que terminó contando a la familia y Víctor se dio cuenta de lo que iba a suceder, así que se tiró a perder. De nuevo, el mundo se me vino encima. Estaban las personas que me creían y quienes no me creían. Dentro de quienes creyeron en mí y estuvieron para acompañarme recuerdo a Fernanda, mi hermana de crianza. Una de las primeras personas que primero creyó en mí. También Esteban, el hijo de Fernanda, que desde que

21. Trabajo colectivo y comunitario.

yo era pequeña lo respetaba y fue apoyo, pero de grande nos distanciamos por sus actitudes machistas. Ya estando grande yo comencé a defender a estas mujeres y por eso la ruptura, pero él fue otra de las personas que me creyó y me llevó a hablar con mi hermana Fernanda, y luego a la inspección de policía en Caldon, gestionando también atención psicológica para mí.

Por el contrario, recibí mucha presión por parte de mi familia de crianza, ya que mi abusador era muy trabajador en la finca, no tomaba y lo consideraban un hombre ejemplar. Por mi parte, yo era hija de guerrilleros y por la fama de mis padres pensaban que era una cualquiera. La mujer de mi abusador me culpó de buscarlo, cuando nunca fue así, incluso me amenazó. Estando ella en embarazo me buscó para hablar y, sentada al borde de una alcantarilla, me dijo que me quedara callada y que ella no haría nada para perjudicarme si no hablaba. Solamente conseguí preguntarle cómo podía hacer eso teniendo una hija, a lo que me contestó que si su esposo tocaba a su hija ella misma lo mataba, pero no dudó en decirme que tenía que callarme. Pues no me callé y pasó todo lo que tenía que suceder. Entonces mis tios de crianza prácticamente me dieron la espalda, salvo mi abuelo de crianza Mariano, que en paz descansa.

Uno de los hermanos de mi madre de crianza, que a punto de muchas maniobras ha conseguido dinero, fue uno de los que menos me apoyó. Recuerdo mucho que yo iba para el colegio y él me tiró el carro encima, una camioneta blanca que tenía. Me reclamaba por qué estaba “perjudicando a una buena persona”. Hasta que salí para Cali, muchas personas me hicieron ver como la mala, mientras mi abusador era el bueno, señalándome como culpable de que ese sujeto se fuera de la vereda. La gente comenzó a hablar y a decir cosas, que yo era una buscona igual que mi mamá, que era una perra bandida y que yo misma había buscado lo que me había pasado. Otros decían que era como mi papá, queriendo solucionar todo a bala. En medio de todo, conté en la casa lo que me pasaba. Lo primero que me ganó fue una paliza. Recuerdo que mi mamá reaccionó dándome una patada que me sacó el aire y me dejó en el suelo, solo le importaba el hecho de que yo quisiera irme para el monte y me castigaba por eso, pero no prestó atención al abuso.

Esteban, el hijo de mi mamá de crianza, me llevó a la comisaría de Caldon, pero de ahí me dijeron que tenía que ir a la fiscalía. Ambos me apoyaron, pero no siguieron con el trámite pues le dijeron a mi mamá que le correspondía a ella. Mi mamá me llevó a Santander de Quilichao, ahí me recibieron la declaración, donde conté todo y ese fue mi error. Dije que había mandado matar a ese señor, entonces el funcionario de la Fiscalía me dijo que no se podía hacer mucho, pues yo estaba confesando un delito y que si a él lo mataban a mí me tocaba pagar las consecuencias. Solo atiné a contestarle al de la fiscalía que lo mío no se iba a quedar así.

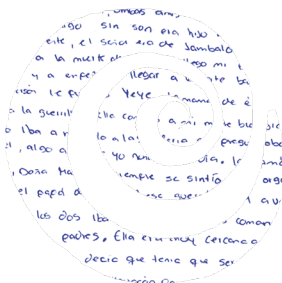
Mi mamá guardó los papeles de la demanda y se suponía que debía hacer unos trámites para que la denuncia procediera, pero ella, en lugar de eso, tiró los papeles y los rompió. Me di cuenta de eso porque me mandaron a quemar la basura y ahí vi los documentos. Cuando fui hacerle el reclamo, ella me dijo que no iba hacer nada porque no quería tener a la familia en contra por culpa mía. Yo me llené de mucha más rabia y solo pensaba en matarlo. Ahora, con el pasar de los años, empezaron a salir a la luz otras personas que también habían sido víctimas de mi abusador. Ahí algunos empezaron a reconocer que yo no había mentado, que tenía razón.







*Entre la inocencia y  
las tácticas de guerra*



Las personas piensan que llegar a la guerrilla es fácil, que es sólo decir me voy y listo. Pero la verdad es que es un proceso, no todos llegamos allá al mismo lugar, al mismo cargo, a las mismas condiciones. Muchos, antes de llegar a la guerrilla, somos usados como objetos desechables, luego utilizados para empezar a demostrar qué tan fríos podemos llegar a ser. En mi caso, por ejemplo, entregar una vida a cambio de una venganza que jamás concluyó. En la guerrilla se nos hace sentir que importamos más que en nuestras casas, nos hacen sentir claves para una misión y que lo que hacemos es relevante, pero al final de cuentas, se es un objeto que, si no sirve más, se deja de lado.

Hoy, al mirar hacia atrás todo ese caminar, mi mente queda en blanco, es como si no reconociera a esa niña de 14 años, sin miedo, llena de odio, llena de venganza, actuando sólo por actuar, incapaz de sonreír y ver felicidad en lo sencillo de la vida. A mis 32 años, soy lo opuesto en gran medida, el odio y la venganza ahora son sólo melancolía y nostalgia. Ahora sí tengo miedo, miedo a morir, miedo a no ver crecer a mi hijo. Cuando comparo la niñez que vive mi hijo hoy con la que yo tuve, me digo que hubiera sido bonito tener momentos como los que él puede vivir.

La guerrilla siempre estuvo presente en mi vida. Más allá de haber nacido y crecido en Caldon, la razón era el precedente de mi mamá y mi papá. Cuando uno está pequeño y tiene muchas ausencias, como suelen decir por ahí, uno “se arrima al árbol que más sombra le da”, sobre todo si, como con muchos otros casos, no se tienen juguetes o comida, o no se tiene para un par de zapatos y se debe andar descalza como tuve que vivir. Antes de haber sentido esa necesidad de irme por vengar a mi padre y por las razones del abuso, estaban todas esas cosas que tallaban en la cabeza. No tener un juguete en diciembre, así en nuestras comunidades no sean comunes esas celebraciones, dejaba un sin sabor al pensar que no se tenía lo que otras personas podían tener. Yo caminaba de mi casa al colegio cerca de una hora, a veces en pleno sol, viendo que la guerrilla llegaba y preguntaba «¿va comer helado?» , y para uno eso era mucho. Ver que esas personas de alguna manera buscaban cubrir esas necesidades, me hacía pensar que había alguien que sabía que existimos y que estaba pendiente.



Del otro lado, llegaba la fuerza pública siempre a querer chocar con las personas y uno crecía viendo desde pequeño cómo ellos maltrataban al vecino por tener supuesta cara de guerrillero. Porque el ser indígena, con corte bajito, cabello pulloso, fuera oscurito y anduviera con sus boticas de caucho, entonces ya era designado como guerrillero. Por un lado, la ilegalidad se presentaba como esa salvaguarda que se necesitaba. Y por otro, la legalidad llegaba como algo muy violento. Crecíamos con esa dualidad, incluso si no todo el ejército que llegaba era malo, como cuando esos bachilleres, jóvenes recién llegados a esa vida militar, se metían a jugar con uno a la cancha de fútbol. En medio de tanta polarización, recuerdo que había una familia que su hijo se había ido para el ejército y había muerto. Lo enterraron en un cementerio de zona rural de Caldono. Con vergüenza recuerdo, pues ahora soy consciente de lo supremamente irrespetuoso del acto, que nosotros nos íbamos para la tumba de los militares a saltar y escupir encima de la tumba. Era algo usual que hacíamos, pensando que era uno menos que teníamos que acabar. Ahora reciente que conocí a los padres de ese muchacho que había muerto, me sentí miserable al conocer de cerca su dolor.

La dualidad entre militares y guerrilla, buenos y malos generaba confusiones, pero inclinó mi balanza, en mi caso empezó a pesar mucho el maltrato y el abuso en mi casa. Siempre fui consciente de que no era hija de mi familia de crianza, pues todos son blancos y algunos tienen ojos claros. De todas formas, me esforcé por validarme ante mi madre crianza como una hija a pesar del rechazo y el maltrato. Empezó el abuso por parte de mi papá de crianza, todo esto entonces se convirtió en el empujón para ingresar a la guerrilla. La guerrilla y sus cercanías con la cotidianidad de quienes son llamados civiles era irónica, cualquier persona podía ser de la guerrilla, figuras políticas, líderes indígenas, todos ellos secuestrando un pensamiento milenario para usarlo como herramienta de reclutamiento. Crecí entonces en un contexto limitado, convulsionado por el conflicto y fragmentado, ¿qué otra opción quedaba para la niñez desamparada de ese tiempo?

Desahogaba mis maltratos con Diana. En una ocasión, nos devolvimos juntas del colegio. Ella me estaba contando de que su mamá le había pegado con unos tizones calientes, mostrándome unas marcas. Veníamos por el sector que llamamos La Vuelta, cuando bajó un muchacho de apellido Vaca. Diana empieza a gritar y llorar. Le pregunté lo que pasaba y me contó que él la había abusado, y le dijo al sujeto «voy a decirle a mi tío que te mate». Le comencé a gritar cosas y le dije «vámonos para allá, cogemos un fusil y nos devolvemos», esa era la idea.

Había otro sujeto en el sector llamado Mario, que luego hizo parte del proceso de reincorporación. Con él fue con quien me enlisté, porque a Diana le dije que no me iba con el tío pues era del Quintín y en mi cabeza tenía la ilusión de llegar a las FARC, pensando en que me iban a dar información de mi papá. Adicional al tema de mi maltrato y el abandono, estaba el abuso hacia Diana. Hice el contacto con una compañera mía, y ella me dijo que efectivamente Mario hacía los ingresos. Ella me dijo que, si iba para la guerrilla y me quería quedar, Mario mismo me devolvía. Él ofrecía una especie de “campamento”, se llevaba varios muchachos a un campamento, les mostraba armamento para “enamorar”, se estaban dos o tres días, y si querían se quedaban o sino los devolvía. Le pregunté a mi amiga si ella había ido al campamento y si era seguro, a lo que me contestó que había ido un par de veces y que era “normal”. En mi ignorancia pensaba que éramos pocos los que nos íbamos.

La guerrilla estaba entonces en todos los espacios, colegios, escuelas, política y demás, su poder era inigualable, eso lo comprobé cuando en un tiempo teníamos que llevar nuestra alimentación escolar porque no nos la estaban dando. Como no tenía termo, me tocó empacar mi agua de panela en una botella de aguardiente. Fui a la hora del descanso a comer en la parte de atrás y comenzaron el rumor que había llevado aguardiente y que me estaba emborrachando en el colegio. Ese día peleé y salió un compañero que también se quería ir al monte y me dijo «cálmate que no pasa nada, vos sabés que estamos con Mario», mencionando que nos iban a llevar a varios, porque también había hablado con Estela, quien era la que estaba pendiente de nosotros, la que se sentaba y nos buscaba, era

dos años mayor, aunque estaba en el mismo curso. Con ella hablaba y me decía que todo lo que me pasaba era porque el ejército había matado a mi papá, lo que hacía que el odio calara más profundo.

Todo estaba confirmado para ir, pero lo mío nunca fue entrar al monte o portar un arma. Allá no es que usted dice «me quiero ir» y listo, venga para acá y se lo llevan, como pasa ahora con los nuevos grupos. En ese tiempo usted decía que se va a ir y le preguntan si estaba seguro, porque si usted se va y nadie lo reclama, ya no puede salir. Si se va y el cabildo no lo pide<sup>22</sup>, ya no puede salir. Antes de llevarlo ellos miran por qué se quiere ir, quién es la familia, pues hay mucho recelo. En mi caso se “regó el bochinche”, por decirlo de alguna manera, de que venía de familia guerrillera, entonces había una suerte de tradición y algunas de las milicias habían distinguido a mi papá. La lógica era decir “el papá y la mamá de ella eran guerrilleros, entonces ella debe ser guerrillera”. También en ese tiempo, con el conflicto armado tan fuerte, la bota militar llegó muy fuerte durante Uribe<sup>23</sup>, entonces ellos no podían andar así simplemente, por lo cual necesitaban personas que pasaran desapercibidas para sacar información. No iban a mandar a los mismos de siempre, pues la inteligencia militar podía identificarlos. ¿Cuál fue la estrategia en ese tiempo? Llevarse a todos los muchachitos y muchachitas posibles para ponerlos de “sapos”.

Así nos dijeran que éramos parte de una organización, luchando por una mejor Colombia, nosotros éramos sapos. Lo que hacíamos era tirarles datos de cuándo llegaba y se iba el ejército, cada cuánto salía el estafeta, en dónde iba a mercar, toda la información. Para eso nos recogen y de ahí Estela, la que estaba pendiente en el colegio pasaba la información a un familiar de ella. Yo empecé así. No veía la trascendencia de lo que hacía y lo veía hasta fácil: estar pendiente de cuándo llega y se va el ejército, cuántos hay, cuántos con lanza granadas, cuántos con M60. Uno pasaba la información y no había combates, solo un cruce de disparos. Entre más

22. Se refiere a las acciones de la guardia indígena y los cabildos para recuperar a los jóvenes reclutados por los grupos armados.

23. Álvaro Uribe Vélez, presidente de Colombia entre 2002 y 2010.

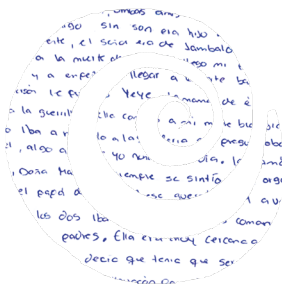
abuso y maltrato vivía, más necesidad sentía de irme y coger un arma. A nosotros nos tenían para eso, para “campanear”<sup>24</sup> y pasar información. Sólo en una oportunidad tuve un arma pequeña, ni siquiera un revolver, me decía a mí misma: “se siente poder” y pensaba “con esta le voy abrir la cabeza a mi abusador”.

Cuando tomé la decisión de irme estaba en décimo y había cada vez más enfrentamientos militares. Era muy abrumador. Enviaron por meses pie de fuerza a la vereda. Donde crecí, la mayoría de las niñas tienen el pelo liso y son “aindiadas”, yo era delgada y bien peli crespa, lo que marcaba físicamente la diferencia. Esa fue una de las razones por las cuales no me daban ingreso, según me dijeron, porque el soldado iba a mirarme muy diferente a mí. Ahora pienso que hubo uso de mi como objeto sexual, porque decían que como era crespa no pasaba desapercibida y era mejor que me acercara a los soldados para sacarles información. Aunque nunca me dijeron que me tenía que acostar o hacer algo con alguna persona, me decían «saque información de la manera que quiera».

24. Alertar sobre alguna situación. Para las diferentes modalidades mediante las cuales los grupos armados han reclutado y utilizado niños, niñas y adolescentes a lo largo del conflicto armado véase CNMH (2017) y CEV (2022).



*Señales de la naturaleza*



Tener que lidiar con tanta gente señalándome, me dañaba mucho la cabeza. La familia de mi mamá solo juzgaba y todo el tiempo tenía que oír cosas horribles, que me merecía lo que me habían hecho o que había buscado lo que me había pasado. Para esos días me había acercado mucho a un soldado que se llamaba Ramírez, aunque no tengo certeza de su nombre. Era un soldado alto, trigueño, con la piel un poco más oscura que la mía, de ojos negros y cejas pobladas, físicamente lo imaginaba como el hijo de una pareja negra e indígena. Conocí a este personaje de una manera fuerte, pues un día en la tarde volviendo del colegio, venía aburrida y llena de rabia, así que me puse a pelear con unos soldados que estaban en la casa comunitaria de la vereda, les gritaba groserías y uno de ellos me apuntó con un fusil. En eso, otro soldado se paró indignado y se le enfrentó, reclamándole sobre cómo se iba “cargar” una niña. Un primo mío me alcanzó y les dijo que yo era loca, que no me prestaran atención. Mi primo me cogió y me cargó al ver la escena, mientras que el soldado que intervino le recriminaba al otro que me apuntaba: «no vayas a cagarla aquí con esta mocosa».

A los días del incidente, dos soldados me pidieron permiso para ver televisión, no los quería dejar entrar, pero un primo les dio permiso, así que no hubo opción. En medio de todo, vi la oportunidad de acercarme para ver qué información podía sacar. Uno de ellos me empezó a hablar y le seguí la corriente. Nunca me insinuó nada malo, sólo me preguntaba por cosas del día a día y del colegio. Cuando vio que yo tenía tanto interés en saber sobre armas, me preguntó por mi edad, y le contesté que tenía catorce años, a lo cual me dijo que estaba muy niña y que a ese paso me cuidara porque iba terminar en el monte. Fue de esa manera que empecé a hablar con Ramírez.

Ellos acampaban en los pinales de la parte alta de la casa, así que con frecuencia hablábamos. Le conté a Estela lo que estaba pasando, pues era la compañera del colegio que estaba pendiente de quiénes habíamos pedido ingreso a la guerrilla. Le pasábamos datos o información que se encargaba de comunicar a los milicianos. Justamente, Estela fue y le contó a su superior, me dijeron que siguiera así, ganándome la confianza y que

luego me dirían qué hacer. Ramírez era de Balboa<sup>25</sup> y siempre andaba con otro militar llamado Bernardo, que decía conocer mucho de la zona; ese fue su principal error.

Bernardo se había ennoviado con Estela, así que era más que obvio que él era un infiltrado. Bernardo era de la vereda Narciso y era raro que lo hubieran llevado para Caldono como soldado, pues en ese tiempo las personas del pueblo que prestaban servicio militar tenían amenaza de muerte. Incluso los hombres no podían usar corte bajito, porque eran señalados, hasta ese punto de control se llegaba. Él era de los pocos soldados oriundos de Caldono que podía estar en el ejército y que la guerrilla no jodía, porque a los otros los amedrentaban y los sacaban de inmediato, con él no pasaba nada. Con esa información, pensaba que nosotros no éramos los únicos responsables y los únicos que pasábamos datos para que emboscaran y rafaguearan al ejército, sino que adentro del ejército había otras personas. Cuando Estela llegó con ese muchacho y me contó que era de arriba del Narciso, lo encontré raro. Ahí uno entendía que era una persona que estaba en ambos bandos. Bernardo se acercó a Ramírez y constantemente lo invitaba a andar con él para supuestamente andar tranquilo. Estela y Bernardo se vieron mucho, puesto que yo a veces andaba con ella coincidía en muchos casos con Ramírez, así que nos poníamos a hablar. Ramírez había escuchado sobre las cosas que mi mamá de crianza me decía y cómo me trataban en la casa, así que me repetía mucho que no la fuera a embarrar, que estudiara, que no me fuera a ir para el monte.

Recuerdo que un día estaba muy aburrida y casi que le confesé que me pensaba ir, él solo me dijo que si la estaba pasando tan mal, que él podía hablar con la mamá en Balboa para que me recibiera. Nunca le contesté nada sobre su ofrecimiento. Extrañamente empecé a mirarlo con cariño, tal vez estaba confundida por todo lo que estaba viviendo: recordar el abuso, los insultos de la gente, el desprecio de quienes eran “mi mamá” y “mi papá”; tal vez me confundí y empecé a sentir cosas por alguien que

sólo me veía con lástima. Todo se empezó a tornar más feo aún, la casa, la familia, el conflicto, todo sofocaba. Al acercarme a Ramírez me alejé de Diana y ella peleaba conmigo. Todo era una revoltura que no sé cómo escribir o describir. Aparte de lidiar con la ignorancia y los señalamientos, me tocaba ir al médico para tratamiento. Recuerdo que me dijeron que lo que tenía era “depresión”, yo no sabía qué era eso, y me daba más bien risa. Me atendían en el hospital de Caldono donde había una psicóloga. Sin embargo, el primer médico que me recibió me ayudó mucho, me dijo que me iba a ayudar recetándome fluoxetina para manejar la depresión. Alcancé a asistir a unas cuatro o cinco sesiones, porque nunca he entendido bien la psicología, puesto que, aunque pudiera tener depresión, a mí me movía más la rabia y las ganas de venganza que cualquier otra cosa. Esos sentimientos me hacían sentir menos vulnerable y hacían que me preguntara si estaba perdiendo el tiempo con el tratamiento psicológico.

Una de las cosas más dolorosas es el escarnio público. En ese tiempo, lo que escuchaba era “allá va la loca”, “la que mandaron al psicólogo”, “a la que dejaron mal”, porque no faltaron las personas con comentarios fuertes hacia mí por lo que había pasado. Por eso decidí dejar de ir a la terapia. Iba por las pastas al hospital para que mi hermano no molestara. También iba porque, recordando escenas de las novelas, venía planeando tomarme muchas pastas al mismo tiempo, pues ya estaba cansada. Me habían enviado a la psicóloga porque me comencé a hacer daño. Primero intenté hacerme daño golpeándome la cabeza con unas piedras. Ramírez se dio cuenta de todo esto, pues en la casa todo eran gritos, así que él de alguna manera estaba pendiente de mí y fue donde yo más me confundí.

Luego de que intenté hacerme daño, esa información le llegó a Ramírez. Me llamó para que nos viéramos y le propuse que nos encontráramos unos días más adelante, pero que me llamara antes para tener certeza. Ese fue uno de nuestros últimos contactos. No le volví a mandar cartas, ni nos llamamos, él tampoco me volvió a buscar. En mi casa me encerraron y solo podía ir al colegio y volver, porque mi hermano estaba super pendiente de mí. Después de esto yo me alejé, me retraje mucho, sólo pensaba en matar, en que todo mundo se muriera. Sin éxito, volví a intentar buscar

25. Municipio del sur del departamento del Cauca.



a Ramírez, porque sentí que una de las formas de sacar toda la rabia que tenía era haciéndole daño al ejército. Recuerdo que en una de las últimas conversaciones que tuvimos, le dije que la neblina andaba bajita, él me preguntó a qué me refería, sólo atiné a contestarle: «cuando la neblina anda bajita es porque anda gente», es decir, la guerrilla. Este era un dicho común pero que llevaba verdad. En algunas zonas del Cauca, la gente creía que la guerrilla trabajaba con médicos tradicionales para que se pudiera camuflar y pasar desapercibida en muchos lugares, así que se hacía trabajo medicinal para que la nube los tapara. Entonces, cuando la neblina bajaba mucho y cobijaba la montaña, el decir era que “andaba gente”.

De alguna manera traté de advertirle. Recuerdo que en una llamada le dije que tuvieran cuidado, que la neblina andaba baja, pero él solo se reía. El día que los mataron le pedí que me llamara, buscando que estuviera lejos del campamento. Por esos días, la guerrilla lanzó tatucos y cilindros, supe que habían muerto varios soldados, pero no sabía si él había caído. Para quien no sabe, los tatucos son morteros artesanales, una especie de cilindro pequeño, un cohete con estructura de mortero que es lanzado por un tubo artesanal con muy poca precisión. A diferencia del mortero, que sí sigue una trayectoria parabólica, el tatuco no, gira regularmente como un cilindro en el aire. Entonces ese era el gran temor cuando utilizaban tatucos, porque se escucha el silbido del tatuco similar al del mortero, pero no se sabe dónde va a caer, no hay certeza. El día del ataque, murieron varios soldados entre ellos Ramírez. Cuando me enteré, se me vino todo ese sentimiento de culpa: él no había sido malo conmigo y yo lo había utilizado para una venganza que ni siquiera tenía sentido.

Me duele mucho no haberme podido despedir de él de una manera diferente. Por primera vez, la vida de un soldado me importaba. Me gustaría que estuviera vivo, haber tenido el valor de contarle, así fuera por teléfono, que estaban planeando atacarlos. Yo estaba mal, así que con tanto peso encima me tomé todas las pastillas que me recetaron para la depresión. Ese día me levanté decidida, ya habían pasado muchas cosas, además me había dado cuenta que mi mamá había tirado y dañado los papeles de la demanda, así que opté por desquitarme con quien pensé

eran los culpables de que yo no tuviese familia: el ejército, así que me aproveché de la confianza de él, y con la información que me dio sobre dónde estaba los centinelas, horarios, tiempos, pues lo entregué. Yo venía recogiendo información sobre el ejército, haciendo un seguimiento, pero antes no había querido entregar los datos precisos, hasta ese día. Tan sólo muchos años después, supe que a ellos los emboscaron con información de muchas otras fuentes, no solamente lo que yo había entregado, pues otros también estaban haciendo lo mismo.

Luego de que sentí remordimiento opté por quitarme la vida. Me metí las pastas de fluoxetina en el bolsillo de la falda, desayuné y me despedí normal, al llegar al colegio entré normal al salón y como a eso de las ocho, discutí con un compañero de clase. Nos íbamos a agarrar a puños, no recuerdo bien el por qué. Seguro lo que había hecho era insignificante, pero traía mucha rabia conmigo. Salí del salón, me encerré en uno de los baños y me tomé las pastas. De ahí las cosas se pusieron feas. Me sentía muy adormecida y con algo de dolor de cabeza y estómago; una de las mellizas, compañeras de colegio, me encontró y dio aviso, la profe Marta fue quien me acompañó al hospital. Estando allá llamaron a mi mamá y ella fue. Todo era un caos, yo quería morirme y esa señora solo me regañaba. Tomé esta decisión porque estaba muy aburrida y confundida ante tanta mierda junta, con toda la carga emocional reunida, me había tomado de una sola vez las 30 pastas que me habían entregado. Luego de eso no me volvieron a recetar pastillas, sino que me remitieron de nuevo con la psicóloga, para contar, otra vez, lo que me pasaba y por qué estaba allá. Fui incapaz de contar la historia completa.



*Caminando, descubriendo y  
conversando: así busqué a papá*



Buscar a mi papá comenzó a darme fuerzas, a encontrar otros sentidos. Una de las primeras personas con quienes comencé a preguntar por mi papá fue mi tío Saúl, pues me habían dicho que el grupo donde estaba mi papá solía llegar allá. También a una tía, que sabía parte de cómo mis padres habían resultado en la guerrilla. Sin embargo, ellos siempre me decían que tenía que ir a Jambaló<sup>26</sup>, preguntando por uno y por otro.

En vacaciones del colegio, con unos 14 años, a mí me gustaba irme para donde mi hermana de crianza Fernanda, pues ella se había ido a vivir en la vereda de El Tarso, en Caldonio mismo. Había comenzado a trabajar como profesora de la escuela de la vereda y me ayudó mucho para dar con el paradero de mi papá, prácticamente gracias a ella lo encontré. Cuando mi hermana Fernanda llega como profesora a El Tarso, la gente le cuenta que por ahí había unos guerrilleros enterrados, que habían sido traídos de un combate que muchos años atrás había ocurrido en Mondomo. Entre consulta y consulta, Fernanda fue atando cabos y pensó “alguno de esos tiene que ser Miguel”, es decir, mi padre. Me dijo: «Daniela, parece ser que tu papá es quien está enterrado en El Tarso», yo le decía «¿será?»; «pues vaya y pregunte, pero pregunte con mucho cuidado», me recomendó, pues en ese tiempo era peligroso y siendo profesora podía ser estigmatizada por estar buscando guerrilleros desaparecidos. La vida es muy curiosa y en esas me puso al señor Ernesto en mi camino, él era el suegro de mi hermana Fernanda y al parecer había sido una de las personas que había ayudado a enterrar a mi papá. Cada que yo subía para El Tarso hablaba con don Ernesto, preguntándole por lo que recordaba de ese día. Él me recomendó hablar con don Milton, don Manuel, con el mayor Patricio, todos señores ya de avanzada edad residentes en la vereda. Fernanda fue la que me motivó a averiguar por todo lado, incluso con mi madre biológica, con quien no tenía ninguna comunicación y de quien tan sólo sabía que vivía en Jamundí. Fue un poco suerte o destino, ir preguntando y preguntando, esperando que se fueran dando las cosas hasta encontrarlo.

26. Municipio colindante con Caldonio en el mismo departamento del Cauca.

En una de las conversaciones, don Ernesto me contó que se dieron cuenta de los muertos que llegaron, que incluso él los alcanzó a ver, pero que a él lo habían puesto a cargar el equipaje de los heridos. Don Ernesto era algo desconfiado del tema, y tenía razón, los tiempos eran duros y desde el más pequeño hasta el más viejo podría ser señalado, así que él siempre me contaba por partes. Como mi hermana era profesora allá, le daba temor que se dieran cuenta o hicieran un relacionamiento entre mi papá, la guerrilla y mi hermana, pues podía perder el trabajo por ser estigmatizada. Entonces Fernanda no me dejaba decir abiertamente que yo andaba preguntando porque tal vez era mi papá quien estaba enterrado ahí..

Toda la búsqueda fue así: conversando, conversando y conversando. Y en medio de la conversación yo le comenzaba a preguntar: «¿De verdad don Ernesto que allá en el cementerio hay dos bandoleros enterrados?». Él me decía: «Sí, pero eso pasó hace muchos años». Le volvía a interrogar: «¿De verdad que a usted lo pusieron a cargar la maleta?». Él se reía. Se reía, pero no afirmaba, se reía y se iba. Yo pensaba “bueno, a la siguiente tal vez tenga suerte”. Siempre era de esa manera. Después de varias charlas le dije a don Ernesto que yo estaba buscando a mi papá y que parecía ser que él estaba enterrado en el cementerio de El Tarso. Lo cual coincidía con lo que mi hermana había escuchado. Él se sorprendió, pues pensaba que yo era hermana biológica de Fernanda. Después de esto le aclaré por qué decía que Fernanda era mi hermana, entonces entró en confianza y me contó en detalle lo que él había vivido esa madrugada.

Me contó que antes del amanecer todos en la vereda habían escuchado el alboroto, pues hasta El Tarso se escuchó la balacera que ocurrió en Mondomo<sup>27</sup>, entonces ellos estaban pendientes por si las cosas se ponían feas para buscar refugio. Escucharon varios carros llegar y gente hablando, vieron que subían hacia el cementerio, así que se fueron a asomar para saber qué pasaba. Cuando llegó, vio que había dos muertos, uno blanco y el otro indio, envueltos en unas telas militares. También vio heridos.

27. Corregimiento de Santander de Quilichao (Cauca) colindante con Caldonó.

Recordó que quien tuvo que ayudar a enterrar los fallecidos fue don Milton, puesto que a él se lo llevaron cargando el equipaje de los heridos para otra vereda llamada Loma Amarilla. Por esta razón, sólo don Patricio y don Milton quedan en el cementerio.

Recuerdo que don Ernesto me dijo que los guerrilleros venían en una chiva y que algunos venían vestidos de civil para poder camuflarse, y que por eso estaban confiados en que iban a pasar bien el retén, donde finalmente ocurrió el combate con la policía. También me contó que a los días siguientes el ejército había vuelto para desenterrar los cuerpos de los guerrilleros, pues pensaban que habían matado a “Miguel Pascuas”<sup>28</sup>, ya que mi papá en ocasiones se hacía llamar igual, pues Pascuas lo había criado en el monte. Sin embargo, don Ernesto no me daba la certeza de si habían sacado o no los cuerpos, si el ejército los había llevado, pero me recomendó que buscara a don Milton. Así que aprovechaba cada fin de semana que podía ir a El Tarso para buscarlo, encontrarlo, intentar conversar con él, hasta que en una de tantas idas di con su paradero.

La primera vez que fui a buscar a don Milton fui hasta la cancha de fútbol de El Tarso. Pregunté por él y me tocó esperarlo porque estaba trabajando. Cuando lo vi, de inmediato me presenté y le dije: «soy Daniela, familiar de don Ernesto, realmente de su nuera. Ando, estamos, averiguando por unos muertos». Él se quedó pensando. Ahí vi que no me entendía bien el español y pues yo no hablaba Nasa yuwe<sup>29</sup>. Hablar con él implicaba

28. Excomandante guerrillero y comandante del Frente Sexto, siendo el último fundador de las FARC-EP, el último Marquetaliano como son llamados, que permanece hasta la fecha (2025) con vida (véase El Espectador, 2019; Molano, 2016). En una entrevista entregada hacia 2018, Miguel Pascuas recuerda el hecho relacionado: “En una ocasión, que salió una comisión a tomarse a Mondomo, allá hubo errores tácticos, hubo choques antes de llegar y murieron unos guerrilleros, murió un guerrillero que se llamaba Miguel, él cargaba los papeles en el bolsillo, el ejército comunicó que a mi me habían matado, llevaron unos militares a verlo, a ver si era, un militar [que] dice que estudio conmigo vio que no era, hicieron bastante escándalo, dijeron que era mi persona que había fracasado” (Moreno, 2018 p. 709-710).

29. Idioma del pueblo Nasa.

descifrar, agarrar cositas que me pudieran servir. Le expliqué lo que sabía y me habían dicho. Dentro de lo que me habían contado, me decían que mi padre antes de morir venía del Naya<sup>30</sup> y recibió una herida mortal en un combate en Mondomo. Procuré que don Milton no sintiera que estaba hablando con una desconocida. Decir que llegaba por referencia de don Ernesto, que era profesor de la vereda junto con su esposa, le daba un poco más de confianza.

Entonces le dije, sin mucho reparo, que uno de los fallecidos al parecer era mi papá y que quería pedirle que me contara lo que pasó. Aunque titubeé mucho, me relató que ese día los iban a enterrar más abajo, pero la gente no dejó, por lo que los llevaron a arriba al cementerio. Me dijo que no se acordaba de más. Le agradecí y le propuse que cuando volviera a visitar a mi familia en la vereda pasaría otra vez a conversar. Cada vez que iba, don Milton me decía algo más. Yo seguía buscando información de otras partes y se la compartía a don Milton para que sintiera que efectivamente yo estaba buscando a mi papá.

Poco a poco me gané su confianza. Luego don Milton me contó que en la madrugada cuando llegaron los cuerpos, los guerrilleros que venían pidieron prestadas unas palas y ahí fue donde él vio que había dos cuerpos envueltos en tela militar. Me compartió que mientras algunos fueron ayudar a cavar al cementerio otros iban con los heridos y sus maletas para otro lugar. Luego de muchas conversas e insistencias, don Milton me recomendó ir a Santander de Quilichao, diciéndome que tiempo después del entierro, el ejército llegó tomando fotos a los pobladores y me confesó sobre el cuerpo de mi papá: «a él lo sacaron y el ejército le tomó las huellas». Al preguntarle si se habían llevado el cuerpo, él me aseguró que no, porque a quien buscaban, según las palabras de don Milton, era a un tal “Miguel Pascual”. Entre risas, con picardía, me decía: «demás que el ejército ha de haber pensado que habían matado al viejo, pero mataron fue al joven».

30. Región montañosa de la cordillera Occidental ubicada entre el norte del Cauca y el sur del Valle del Cauca, estratégica por sus conexiones y salidas al océano Pacífico.

Él me dio la certeza de que no se habían llevado los cuerpos, aunque se lamentaba de no haber marcado el lugar donde estaban dentro del cementerio: «si nosotros hubiéramos sabido que con los años la familia iba a venir a buscarlo, hubiéramos colocado, aunque fuera, unas piedras». Uno de los errores que cometí fue que nunca escribí lo que me decían, todo lo guardaba en la cabeza. No sé por qué no nunca tuve esa prevención. En una de esas conversas con don Milton, varias personas estaban reunidas, fuimos juntos al cementerio y señalando un punto me dijeron «ellos están por aquí». Agregaban «del pino, ahí abajito, a ellos los dejamos por aquí».

Caminando con don Milton, conversando y recordando, fui conociendo algunos rasgos físicos de mi papá, ese hombre al que con tanto anhelo quería encontrar. Siempre me preguntaba quién era mi papá, siempre preguntaba por él. A veces me hablaban bien de él y otras veces me hablaban mal. Pero siempre me dije “quiero saber quién es, quiero encontrarlo”. En la casa me hablaban muy poco de mi papá, por ejemplo, quién me crio decía que él era un “chusmero”, un “bandolero”. En cambio, mi hermana Fernanda recordaba que Miguel era buena gente, pero también me decía que se ponía a hacer cosas feas, como escribir cartas de extorsión a máquina. También me decía que mi papá era estudiado y le gustaba leer, concluyendo: «es por eso que a vos te gusta estudiar». La gente decía que él era inteligente porque tenía la capacidad de hablar en público.

Una de las cosas que más recuerdo de todo este proceso es que una noche, estando dormida y recién comenzando a buscarlo, me apretaron muy fuerte las manos, me desperté en seguida, pero no había nadie. Esa noche tuve la sensación de que por primera vez sentí a mi padre, sentí que ya lo había encontrado. Es el segundo recuerdo que más atesoro. El primero es la visita de los tres guerrilleros, cuando tenía cinco o seis años, y me dijeron que mi papá había muerto.

El camino a seguir era difícil, pero al menos sabía en qué dirección ir. Me tenía que jugar una carta valiosa y era poder encontrar a mi tío Richard, él era un gran amigo de mi papá, y me había visitado cuando era niña, así que tenía la certeza de que a través de él podía encontrar a la familia de mi



padre. Empecé a preguntar por él hasta que una tía me recomendó hablar con mi tío Saúl, pues mi papá y sus compañeros frecuentaban mucho la casa de ellos, tal vez ahí me darían información y que si quería, hablara con otra tía y su esposo que habían conocido al médico que atendía a la guerrilla, quien además les servía de campanero cada que llegaban por esos lados.

A los 14 años vuelve a aparecer Mariana, mi madre biológica, y me da un poco más de certeza sobre mi papá. Yo en esa época había ido a El Tarso y tenía información. El reencuentro con Mariana no fue fácil, pues lo único que quise hablar con ella fue sobre mi papá. Nos sentamos en la sala, ella había ido obligada a visitarme gracias a mi madrina. Le pregunté por mi papá, principalmente de cuándo y cómo se dio cuenta de su desaparición. Me contó que se había enterado a los dos o tres meses luego de mi nacimiento, porque ella siempre esperaba que volviera, pues él sabía de la fecha aproximada de mi nacimiento. Sin embargo, jamás regresó. Ella preguntaba por mi papá, pero nadie daba razón de él; hasta que un día, haciendo aseo donde una vecina en el sector del Crucero, ella lee la noticia del combate en el periódico y pregunta por quiénes habían caído, y le dicen que al parecer había sido Miguel. Le pregunté por qué nunca lo había buscado y me dijo que ella quería cerrar ese episodio y que por eso había tomado la decisión de dejarme al cuidado de otras personas. Las cosas iban a ser muy difíciles sola, sin la compañía de Miguel. Me contó otras cosas sobre mi papá, por ejemplo, que él había participado en el secuestro de unas personas de la alcaldía, que eso también había salido en la prensa y que fue antes del combate en Mondomo. Con esa conversación, con catorce años, me convencí que uno de los que estaba en El Tarso debía ser mi papá.

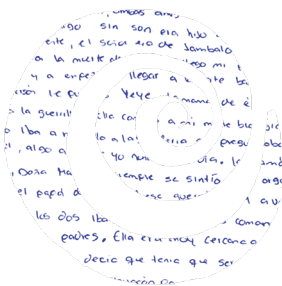
Tristemente, la primera imagen que tengo de mi padre, la cual no se me borrará nunca, fue haber visto su esqueleto<sup>31</sup>. Jamás esperaba que la

primera vez que viera a mi papá lo viera en esa forma tan inhumana, ver el trato que le dieron a su cuerpo. Independientemente de lo que ellos hayan sido o hecho, eso es doloroso. Saber que es la primera y la única imagen que tal vez tenga físicamente de él, es también fuerte, pero por el otro lado, sé que pude darle una sepultura digna, con un lugar dónde irlo a visitar y llorar. Algo que acostumbraba hacer mucho es que cuando iba a El Tarso me sentaba donde supuestamente estaba enterrado y le hablaba. Tal vez estaría loca en ese momento, pero hacía de cuenta que quien estuviera ahí, me estaría escuchando, contándole si me fue mal o si me fue bien. Le prometía que lo iba sacar de ese lugar, que, como fuera, me lo iba llevar, que no lo dejaría solo, promesa que mantuve y logré cumplir.

31. Luego de meses de insistencia ante las instituciones, la recuperación de los restos del padre de Daniela ocurrió en marzo del 2022 por parte de la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD), una entidad humanitaria creada por los Acuerdos de Paz del 2016 entre el estado colombiano y las FARC-EP (véase UBPD, 2022).



*Hija del monte*



Al escribir, no sabía bien cómo expresar lo que siento, lo que sentí. Durante muchos años crecí pensando que el odio y el resentimiento me movían a diario. Mi vida estaba llena de amargura, de rabia, me molestaba ver reír a las personas, me daba ira ver cómo eran felices; sólo estaba sumida en un padecimiento mezcla de soledad y tristeza. Muchas personas se levantan sin “familia”, sin padre, sin madre, constituyen sus vidas, dejan de lado la necesidad de saber quiénes los trajeron a este mundo, yo hubiese querido ser de esa manera. Resignarme y aceptar lo que me tocó, sin cuestionarme qué pasó y continuar con la vida. Pero opté por poner en duda el porqué de mi realidad, por qué estaba sola, por qué me habían dejado, preguntarme ¿por qué? No entendía, no aceptaba el por qué mi padre había desaparecido, mi cabeza no asimilaba si mi papá se merecía lo que le había pasado, me negaba de muchas maneras aceptar la realidad que él había decidido vivir. No sé mucho de él, es un desconocido y supongo que el amor que siento por él es aquel que de manera biológica, social y natural surge de hija a padre; un desconocido que se puso en el centro de mi vida. Recuerdo que durante un tiempo quise ser como él, una comandante dura y de respeto, quizás buscaba validación ante un recuerdo o un ser que idealizaba en mi cabeza. Me sentía grande al decir que mi papá había sido comandante, sentía que eso me daba poder, que me llenaba un poco, que de alguna manera podía tener un papá.

No podría decir con certeza en qué momento su figura tomó tanta fuerza en mi vida, solo recuerdo el vacío que sentía al pensar en él. Y es irónico, porque ¿pensar en quién? No lo conocía ni física, ni emocionalmente, sin embargo, pensaba en él. Supongo que mi vida en ese tiempo era tan miserable que optaba por aferrarme a ideas sobre su persona. Su nombre rondaba en mi cabeza, me sentía feliz cuando personas que lo habían conocido me hablaban sobre él. Una y otra vez recordaba cuando la esposa de mi tío Saúl me contó que, previo a desaparecer, había ido a cambiar un maíz por frijol, para salir de misión hacia el Naya. Al despedirse, le pidió que cuidara a mi madre biológica, que cuando él volviera, se iba a quedar para hacer familia. De todo lo que me contaron sobre él, esto es lo que más me llena, me refugio en ello para creer que él me quería, que pensaba en una familia: mi familia.

Quisiera escribir más sobre él, pero es un desconocido. Buscarlo por años y esperar ahora su retorno<sup>32</sup> llenará ese vacío que él dejó al morir. Espero en algún momento, si es verdad lo místico de la vida, que pueda decirle cuánto siento que nunca me haya conocido, decirle que lo culpo por haber embarazado a mi madre siendo tan joven, de haberla dejado sola con una bebé, lo culpo de haber decidido estar más tiempo en las montañas que con su familia. No sé cómo hubiese sido mi vida con él, si peor o mejor, no lo sé. Yo sólo espero poder algún día perdonarme y perdonarlo a él, a Mariana, mi madre biológica, por todo el daño que me hicieron. Y no es que culpe más a uno que al otro, es sólo que Mariana quedó con vida para hacer las cosas diferentes y prefirió abandonarme.

Cuando estaba estresada o triste tenía un sueño recurrente, relacionado a cuando era niña y me visitaron los tres compañeros de mi papá. En el sueño, soy joven y uno de esos tres guerrilleros entra por el cafetal y me dice «su papá está en el mango». El mango era un palo que estaba cerca a la casa donde me crie, un árbol donde iba a treparme cada vez que me maltrataban o simplemente no quería estar en la casa y donde me quedaba por un buen tiempo. En el sueño, Richard, el compañero de mi papá, me decía «su papá la está esperando», yo le contestaba: «No, porque él está muerto». Pero él testarudo insistía que mi papá esperaba por mí en el palo de mango. Yo bajaba a ese árbol y cuando llegaba, una culebra negra me envolvía. Me despertaba muy asustada. Alguna vez consulté con un mayor<sup>33</sup> de la vereda y él me dijo que era el diablo que me estaba buscando. Me recomendó que cuando tuviera sueños pesados, me bañara con orejuela, cxa yuçe o alegría (Scutellaria), con maticas frescas, con agua de maíz capio y todo eso para refrescar el cuerpo, porque tal vez estaba muy sobrecargada<sup>34</sup>.

32. Este texto fue escrito entre mayo y junio del 2023, mientras Daniela esperaba la entrega digna de los restos de su padre, que finalmente ocurrió en octubre del 2023.

33. Médicos tradicionales o The' Walas, quienes son los guías espirituales del pueblo Nasa.

34. Para una aproximación al sistema y cosmovisión Nasa sobre la salud, la medicina y su relación con el cuerpo ver Portela & Portela (2018).

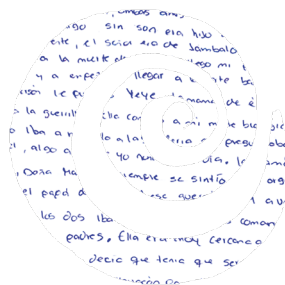
Siempre he dicho que mi papá ha sido un eje central en mi vida, que básicamente mi historia se construyó a partir del anhelo de encontrarlo y saber quién era él. Sin embargo, hay otra persona que de muchas y paradójicas maneras infirió en mi vida. Se llama Mariana Mostacilla, hija de una señora humilde y trabajadora, mi madre biológica. Mariana no creció con un padre, pues tuvo muchos posibles nombres de padres en su vida. Lo que conozco es que a la vez su madre fue víctima de abuso sexual por varios hombres, pero, particularmente Mariana quedó con la idea de que su padre era Luis Correa. Fue enviada a vivir con él en su adolescencia y allí padeció el maltrato, además de ser víctima de abuso sexual. La señora Cecilia, su madrastra, también era una señora maltratada y reflejaba su dolor con golpes hacia Mariana. Al parecer Mariana fue producto de un engaño y luego ella tuvo que criarla. El señor Luis era un maltratador machista, celaba a Mariana con todo mundo, razón por la cuál se pensaba que no la veía como hija sino como su mujer.

Mariana creció entonces sin amor, sin familia. ¿Cómo esperar entonces que de ella surgiera amor? Pasó el tiempo, la guerrilla era algo muy sonado a finales de los ochenta y principios de los noventa, ella estaba sola, eligió entonces el camino que para muchos en ese momento era una única opción. En mis pocas y duras conversaciones con Mariana, en alguna ocasión me dijo que le gustaban las armas, así que no le fue difícil tomar esa opción. Para ese tiempo, el señor Victorino era el comandante del Frente Sexto de las FARC, pero luego falleció en un accidente. Él operaba hacia Jambaló, menos hacia Caldono. Tras la muerte de él, mi papá llegó por esos lados, puntualmente a Caldono, a la vereda 20 de Julio. Se quedaba en la casa donde vivía Mariana, le daban comida y dormida, le permitían estar cuanto tiempo quisiera. Estando en la vereda mi papá enamora a mi mamá y se la lleva una noche. Le pide al reclutador que la recoja y se la entregue en la vereda del frente, así entonces inició Mariana su vida de insurgente, sin pensar en lo que vendría.



Memorias que duelen,  
cicatrices en el alma





Quisiera volver al día en que tuve conciencia de mis actos, para jamás repetirlos. No huyo de una responsabilidad emocional, huyo de una herida que está dentro de mí, que crece con el pasar de los días, algo que no logró sanar. No quiero con esto justificarme, ni salir libre de pesos y culpas, solo quiero que entiendan que hay daños que son efectos de causas que duelen muchísimo. No se elige de manera deliberada hacer el mal, a veces basta una circunstancia que sea el inicio de una cadena de acciones que te condenarán. El conflicto tiene esa particularidad y es que puedes nacer siendo víctima de las circunstancias, nacida en medio de la guerra y abandonada. Así como yo, hubo miles de personas que fuimos concebidos, literalmente, dentro del conflicto armado. Pero, por esos mismos hechos, cruzar esa delgada línea que separa a la víctima de la justicia a mano propia. Basta una sola circunstancia, un hecho, una frase mal dicha, para que la cordura y la fe se vayan al suelo. Casi que es justo decir que cada victimario fue en algún momento víctima, lo que aquí no se justifica es la cadena de violencias que se genera a través de ese actuar.

Muchas de las personas que decidieron irse al conflicto armado tienen una historia que los movió, donde en algún momento fueron víctimas de esa misma guerra, pero con el pasar del tiempo decidieron usar eso como palanca para tomar venganza. Lo que en algún momento les hizo daño, como en mi caso, lo convirtieron en un arma para hacerle daño a otras personas. Es en parte por esa razón que el conflicto armado ha sido un tema transgeneracional en las familias: me voy para allá porque usted mató a mi papá, para vengarlo, mientras que el hijo del otro va para el grupo contrario. Y así vemos que, de generación en generación, se va alimentando ese círculo. A veces recibimos el daño, nos quedamos siendo víctimas, pero con el pasar del tiempo, por las injusticias, el contexto, la falta de condiciones, terminamos cruzando esa pequeña línea entre víctima y victimario. Mi padre es un triste ejemplo, pues no tuvo infancia, ni adolescencia, se formó y murió en la guerrilla. Pero no por esa razón tuvo que haber condenado a una niña como Mariana a repetir ese ciclo, dejándola con una bebé.

Hoy me encuentro en esa situación, cargando la agonía y la tristeza de quien sufrió, pero con cargos de conciencia por mi accionar, por los efectos de mis acciones. Creo que es la única justificación que le encuentro a mis actos. Viví durante muchos años con el dolor del daño que me causaron, sin dimensionar cuál había sido el impacto de mis acciones. Al día de hoy he alcanzado ese nivel de consciencia y entiendo cuánto costó todo lo que ayudé hacer. Es ahora cuando mi cabeza se revuelve. Nunca he olvidado lo que pasó, pero jamás había pensado en su impacto, en el dolor, en lo feo del asunto, como dicen. No trataré de justificarme, pero procuro comprender que las circunstancias jugaron en mi contra.

Hoy, 22 de junio<sup>35</sup>, ando buscando respuestas, buscando cerrar un ciclo sin dejar de pensar en cómo empezó todo este camino, en lo que gané y perdí, en lo que arriesgué, en todo lo que viví y dejé de vivir. Sintiéndome extrañada al exigir atención y justicia por el caso de alguien que protagonizó un “buen” papel en el conflicto. Cuando digo “buen”, me refiero a las referencias que me dieron sus compañeros en armas, de bueno para el combate y bueno como comandante. Alguna vez, un excombatiente de las FARC-EP me dijo: «su papá era un berraco para el combate y por eso lo mandamos a atacar la estación de Mondomo, pero ahí quedó».

Se siente raro cuando uno pide justicia por una persona sobre la que socialmente dicen «lo que le pasó, se lo merecía». Hasta para uno es difícil quitarse esa idea. Al principio me preguntaba “¿quién me va prestar atención que esté buscando un guerrillero?”. Mi idea se fue desvirtuando al ver que la comunidad de El Tarso me acogió de una manera muy familiar, y posteriormente cuando comencé a hablar durante este proceso de escritura, de pensar en la persona, más que en el rol que había tenido. Igual es duro pedir justicia y que te presten atención cuando estás buscando a alguien que causó daño. Incluso llegué a pensar que la tardanza para encontrarlo, identificarlo y entregarlo dignamente, era porque se priorizaba más los casos de víctimas civiles que de combatientes. Me decía a mí misma que tal vez tuviera sentido, para darle alivio a las personas

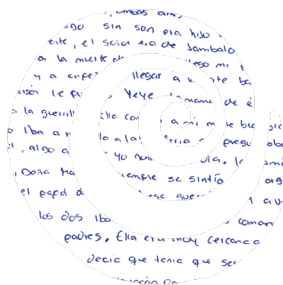
que realmente han estado sólo del otro lado y no personas como mi papá. Todo esto me generó mucha impaciencia y ansiedad.

Jamás he dejado de ver a mi papá como un ser humano, pero no soy ciega ante sus actos. Es difícil explicar cómo me siento. Odio, rabia, amor, luchando, reclamando para alguien que no está, que no conocí y que de alguna manera me abandonó.

35. Texto escrito el 22 de junio de 2024.



*Uni Valle: un nuevo horizonte*



Cuando salí de Caldon, mi grado estaba encima. Tenía 15 años, casi entrando a los 16 años. Le dije a mi madre biológica que mi hermana estaba invitada al grado y que luego yo mismo la iba a llevar hasta Santander de Quilichao. Era una ventanita que se abría, pues tenía la culpa y la carga de conciencia de lo que había pasado con Ramírez, tenía además mis problemas familiares, entonces debía buscar cómo escaparme de todo eso. Me gradué, si mal no estoy, un día sábado. A principios de la siguiente semana, me alisté para llevar a mi hermana biológica, salí sin ropa, sólo con una mochila y con mis papeles. Recuerdo que antes de salir le dije a mi mamá de crianza: «se le cumplió el deseo mamá, me voy. Me voy para Cali a ver qué hago». Ella se quedó mirándome y me preguntó si me iba a ir así nada más. Le dije que sí, que luego le pedía el favor que me mandaran ropa y que estaba haciendo algo que ella misma quería. Cogí a mi hermana y nos montamos en la chiva, con muchos nervios. Pasamos el Pital, llegamos a Santander de Quilichao, tomé transporte rumbo a Cali y sólo al pasar el peaje de Villa Rica, lloré. “De aquí para allá lo que sea”, me dije a mi misma.

Mi llegada a Cali no fue fácil. Llegué donde una hermana de crianza que me humillaba, pero yo insistía que quería estudiar en la universidad. Mi sueño siempre fue ir a la Universidad del Cauca, eso nos había inculcado la profesora Marta. Aguanté muchas cosas en Cali, pero nada comparado al infierno que había vivido atrás. Me sentía incluso libre, no tenía nadie que mirara con quién salía o hablaba, nadie que me estuviera preguntando si ya había sacado y pasado información. Era dueña de mi tiempo y mi espacio. A pesar de todas las dificultades en Cali para adaptarme, estudiar y vivir, lo veía como una bobada en comparación a lo que había vivido en Caldon. En ese momento, yo aún guardaba la esperanza de que Diana se volara y yo la pudiera apoyar. Si me hubiera quedado en Caldon y me hubiera ido para el monte, allí me hubiera quedado, porque tenía mucha sed de venganza. Si en el momento que pedí ingreso me hubieran llevado en lugar de negármelo para dejarme sacando información, yo me hubiera quedado en la guerrilla, pues prácticamente no tenía familia y me habían pasado muchas cosas.

Logré entrar a la Universidad del Valle en Cali. Pero ese camino también tuvo muchos tropiezos, mucha gente creía que había ingresado no por méritos sino por ser indígena, que no iba a pasar a segundo semestre, en otras palabras, que por ser Nasa me habían regalado el cupo. En la carrera de matemáticas no hay mucho humanismo, ni sensibilidad; sin embargo, a pesar de todos esos obstáculos que viví, cuando estaba en pregrado me parecía chévere, porque me decía “esto hace parte de vivir”. Y es que por primera vez en mucho tiempo quería vivir. Cuando estaba en Caldon pensaba “ojalá una bala perdida me encuentre, ojalá un tatuco se me explote o una granada, ojalá me terminen dando a mí mientras hago una cagada”. Solamente pensaba en matar o matarme. Sin embargo, de alguna manera, cuando llego a la universidad me enfrento a otro contexto, pero me gustaba y decía: “acá voy a guerrearla, pero voy a guerrearla para mejorar condiciones bastante difíciles, sé que voy a poder”. Por primera vez en mucho tiempo, las cosas que me decían y que podían humillarme y hacerme sentir mal, me hacían sentir viva. Yo decía: “bueno aquí es un ámbito académico, un ámbito diferente”, ya no me sentía tan atacada y tan bajoneada, y a los que me decían «usted llegó acá por india», yo les respondía con entereza: «bueno ¿y si es así qué? Igual voy a demostrar que no es gratis».

Llegar a la universidad y tener la oportunidad de ver, conocer y enfrentarme a todos esos contextos fue algo muy bonito para mí, incluso a pesar de momentos nada agradables que viví por la discriminación y el racismo. Recuerdo, por ejemplo, una profesora muy buena en análisis numérico, sin embargo, cuando yo estaba en quinto semestre de una manera despectiva me encaró diciéndome: «las personas como usted, que vienen de donde usted viene, no sirven para las matemáticas». A mí eso nunca se me olvidó. Perdí la materia en quinto. Fue tanta la humillación, tan mal me hizo sentir, que pensé en buscar su carro y dañarlo. En mi cabecita le monté la seguidora por varias semanas, esperaba que saliera a determinada hora, me quedaba y procuraba seguirla al parqueadero. Para mi sorpresa, la vieja tacaña no tenía carro, al parecer sólo tenía para andar en transporte público. Volví a pensar qué podía hacer. Se supone que cuando estás en otro ambiente tienes que cambiar tu forma de actuar,

sin embargo, ese tipo de cosas sí me hacían sentir mal, pero me decía “¡ay, esta es otra vida!”. No estoy diciendo que está bien lo que me decían y lo que me pasaba, pero de alguna manera me estaban llevando a sentir cosas diferentes.

Esta señora me estaba diciendo que yo no podía, que no servía. Mis compañeros me estaban diciendo que a mí me regalaron la admisión. De hecho, entre los 50 admitidos obtuve el puesto 22, es decir que no necesité ni siquiera de la condición de excepción. Ellos me hacían sentir mal, pero por el contrario yo no quería decaerme y mandar todo al diablo, sino me decía: “tengo que demostrar que yo sí puedo”. Nunca tuve un reingreso académico. En mi cohorte éramos siete, seis hombres y yo era la única mujer. ¡Logré hacerlo! Otros compañeros persistieron, pero algunos tuvieron que esperar un año para poder ingresar porque salieron de la universidad por bajo promedio y decidieron no regresar, otros se cambiaron de carrera. Me sentía importante, porque me decía “estoy estudiando y entendiendo algo que es difícil para todo el mundo”. No entiendo cómo la gente pregunta para qué sirve estudiar matemáticas, fue lo que decidí estudiar y me hizo sentir importante, me daba mucha autoestima.

En varias ocasiones me dije a mi misma: “La profesora Marta tenía razón, soy inteligente, sí puedo”. Esos seis años que estuve en la universidad me sirvieron para crecer, me volví un poquitico más autónoma, empecé a confiar un poco más en mí, en mis capacidades, a creer que académicamente podía, que era una mujer inteligente. Sin embargo, no dejaba de pensar y recordar lo que me había pasado en el Cauca, no dejaba de extrañar a Diana, no he dejado de lamentarme tampoco por lo que he pasado. Pero de alguna manera, mi mente, por un tiempo, se congeló. Claro que me dolía la ausencia de ellos, sí que me hacía daño lo que había pasado, pero me había concentrado mucho en el estudio, pues quería demostrar que sí podía. Cuando me vine a estudiar a Cali, en el Cauca muchas personas me decían “por allá se va a conseguir un hombre que la va a dejar en embarazo y acá va a tener que volver con la cola entre las patas”. Yo simplemente pensaba: “les voy a callar la boca”.



A mí siempre me gustó el tema de andar metida en revueltas, en esas cosas. Recuerdo mucho que Samanta, la persona que me había visto llorando en el baño del colegio y había alertado sobre el asesinato de mi abusador, también entró a la universidad. En algún momento, recuerdo que ella me vio, luego de que había acabado de recoger una propaganda que los capuchos habían botado y la tenía en la mano. Samanta fue y le contó a sus papás y a su familia, quienes son parientes con mi familia de crianza, diciendo que yo no servía para nada. Me seguí diciendo: “tengo que demostrarle a esta gente que yo sí puedo, que yo soy más”. Ese sentimiento de querer superarme, incluso más que por mí misma sino por demostrar que el otro está mal, me llenaba de alguna manera. Me repetía: “les voy a callar la boca”, y esa sensación de callar la boca a todas esas personas que me habían humillado y menospreciado era satisfactoria, me daba un no sé qué, una especie de “fresquito”, me hacía sentir bien. Claro que en la universidad me metí en cosas, porque a mí me ha gustado todo eso, me metí en tropes y me metía a tirar mangos a la policía, pues en la UniValle hay muchos árboles de mangos, al menos eso les lanzaba, porque una piedra no me alcanzaba a llegar muy lejos, entonces me metía a llevar agua, pasar la leche o el vinagre para contener el gas lacrimógeno.

También participé y fui miembro del Cabildo de la Universidad del Valle<sup>36</sup>, porque siempre me han gustado los procesos sociales, no estar alejada de esos espacios. Todas esas situaciones que viví en la universidad me sirvieron para crecer y para empezarme a ver como una mujer diferente. Dejé de pensar que no servía o que iba a terminar como mi mamá o mi papá, empecé a mirar que podía tener una vida diferente, un futuro diferente. Para mí, la etapa de la universidad fue una especie de despertar, más allá del discurso y de lo que dicen muchos autores, de que la educación es un instrumento emancipador y que libera y yo no sé qué más. Más allá de lo que esas personas puedan decir, yo misma soy testigo de cómo el contexto que rodeó la universidad, más que la educación del

36. Es una figura organizativa donde estudiantes universitarios de varios pueblos indígenas se congregan para defender sus derechos, incidir y realizar diferentes actividades políticas y culturales.

aula con contenido teórico-académico, me sirvió para un despertar, para verme a mí como una mujer más capaz, una mujer consolidada, como una mujer fuerte e inteligente.

Todo eso se lo agradezco también a la profe Marta, porque fue ese impulso que necesité para decir “no más con esto, yo merezco tener una vida diferente, voy a tener una vida diferente”. Le agradezco también mucho a aquellas personas que denigraron de mí, porque toda esa energía negativa que ellos transmitían fue la gasolina que necesitaba para no parar, para continuar y poderles callar la boca. Agradezco mucho a los compañeros que me hicieron de lado con comentarios racistas por ser indígena o a los profesores que de alguna manera me miraron por debajo del hombro por mi color de piel, porque esas personas, en lugar de aplastarme con sus comentarios para dejar la universidad, me permitieron abrir los ojos para tener una mente mucho más abierta. Yo era muy cerrada, en diferentes temas, era por ejemplo muy creyente, era católica e incluso me metí en una iglesia evangélica, me hice bautizar. Como en ese tiempo estaba tan aburrida y tan falta de fe, una tía empezó a asistir a una iglesia y el hijo de ella me comenzó a hablar de la iglesia. Recuerdo que sus historias me gustaban mucho, especialmente por el apocalipsis, todo el misticismo que estaba asociado. Yo tocaba la zampoña y conformamos un grupo con un profesor para tocar música cristiana. Aunque nunca he sido mucho de religión, recuerdo que también había un pastor que predicaba muy chévere, era muy sensato. Luego que me hice bautizar no volví, algunas de las personas que iban a la iglesia defendieron a mi abusador.

En el tema religioso era muy cerrada, pero de tanto golpe y de tanto obstáculo decidí dejar de creer y cuando llegué a la universidad, el dejar de creer, que en su momento lo había hecho por rebeldía, se fundamentó en otras cosas y me hizo mirar a las personas y a la sociedad de una manera diferente. No mirarlos con el mismo rasero, sino entender que cada cabeza es un universo y que no todas las personas se comportan como uno quiere, como uno espera, que hay que ser cuidadoso, que hay que ser desconfiado, pero a la vez hay que ser amigable, que los ritmos en la ciudad son muy diferentes a los ritmos de vida en el campo, que el

compañerismo no existe en muchos espacios, en muchas ocasiones, pero que eso debe hacerlo a uno mucho más fuerte.

Digamos entonces que la universidad fue para mí una segunda oportunidad de vida. En la universidad, cuando estaba en tercer semestre, conocí a quien es el papá de mi hijo. La relación con él no fue una relación bonita. Era raro, porque como novio él era una porquería, pero como persona siempre fue buena persona conmigo. No entendía cómo podía ser las dos cosas a la vez, me preguntaba cómo una buena persona puede ser mal pareja. Eso me hacía empezar a mirar que había muchas formas de ser persona, que no todo era tan compacto como uno lo cree y lo va mirando en el campo. Estuvimos juntos por casi nueve años y medio, quedé en embarazo de él cuando estaba terminando mi carrera. Él estuvo privado de la libertad y estuvo casi diez años en la cárcel. A pesar de todos los tormentos y el infierno que viví con él, en parte porque venía con problemas de autoestima y de ausencia de afecto, cometí el error de apegarme a él como la única fuente de cariño que pudiera tener. Esto fue un error.

Pero mi hijo lo cambia todo, él es mi motor y esperanza. Cuando estaba con el papá de mi hijo, para mí fue un reto aprender a manejar un computador, es complicado que no puedas aprender con facilidad, él se esforzaba para que yo aprendiera, me decía que tenía que aprender a programar, que tenía que aprender inglés, me exigía académicamente. Tal vez yo confundía el hecho de que él fuese buena persona con un amor de pareja que yo quería que me brindara. Él fue un duro ejemplo de que uno debe conocer bien a las personas antes de entregarles las emociones. Sin embargo, de otras maneras, él fue un apoyo y una experiencia que me permitió madurar para hacerme mucho más fuerte.

Después de que mi hijo Juan llegó a mi vida, me volví una mujer con muchos miedos. Antes no me importaba nada lo que pasara o pudiera pasar; ahora que tengo a mi hijo, vivo constantemente llena de miedos, pensando en dónde no hay peligro. Lo veo a él y quiero cuidarlo emocionalmente, no quiero que él crezca con vacío, no quiero que se

sienta triste a tal punto de no querer vivir más, como yo he tenido que pasar. Por el contrario, quiero que él se sienta pleno, que se sienta lleno, que no tenga todas esas ausencias que yo tuve cuando estaba pequeña. Y entonces todo me da miedo. Me dio miedo cuando Juan empezó a estudiar, eso para mí fue traumático, no era capaz de montarlo en la ruta porque terminaba llorando. Luego, cuando él pasó a la primaria también fue todo un proceso para mí, porque desapegarme de él fue bastante duro, dejarlo salir de casa, que era el lugar más seguro donde sentía que lo podía tener. Esos procesos me han hecho vivir lo que yo hubiese querido tener para mí. Lo amo de una manera desmedida, lo cuido y logro ofrecerle cosas de una forma muy bonita.

La universidad entonces fue algo muy positivo, porque me sirvió para darme valor y para hacerme entender que yo puedo, pero de la universidad también recuerdo mucho mi hijo, porque fue ese regalo que tuve prácticamente terminando mi carrera. Actualmente él es mi todo, mi polo a tierra, me ayudó un poco a soltar los odios y rencores, por él tomé la decisión de volverle a hablar a mi madre biológica, buscando tener paz. En su momento me dije: “bueno, voy a tener un hijo, voy a dejar tanto rencor por cuenta de Juan”. Quería soltar todo lo que me había carcomido por tantos años y que mi embarazo fuera tranquilo, no estar llorando, sintiendo rabia, tristeza o rencor. El día que me gradué en la universidad, invité a Luis, mi papá de crianza, es él la persona que me acompañó, porque me dije “voy a perdonarlos porque tengo un hijo y voy a empezar desde cero”. Mi hijo me sirvió entonces para soltar muchos sentimientos negativos que me estaban carcomiendo y que me estaban marcando la vida, eso me ha aliviado un poco la carga. Sé que ahora tengo otros recuerdos que él no va a poder sanar y que no va a poder hacer que yo supere, pero su presencia me alivia.



*Nuestro reencuentro y un adiós  
que estaba en pausa*





Fotografía por David Torres Agudelo



Después de 19 años de espera y de meses de preparativos, por fin logré volver a estar “cara a cara” con mi señor padre. No hay sentimientos que puedan definir lo que sentí. Mi cabeza era como una tormenta, un sin número de emociones y sentimientos me embargaban. La culpa surgió primero: recordar cada paso que di para rescatarlo fue volver en el tiempo y sentir de nuevo cada adversidad, cada obstáculo que tuve que vencer, pero también fue recordar cuánto me perdí. No sabría decir a ciencia cierta cuánto dejé de ser yo misma, pues a mis 13, 14 o 15 años solo era, pensándolo bien, una mezcla de rencor, odio y venganza. Podría decir que no tenía identidad alguna. Lo que sí es cierto es que la niñez, la adolescencia, me fueron esquivas.

Al mirar atrás y ver esa niña asustada caminar, preguntar y llorar en silencio, un sentimiento de fragilidad me embargó, añorando haber tenido a alguien que me hubiera sacado de ese mundo. Después de la culpa vino la tristeza. Ver reducida a una persona a una simple caja con unos cuantos huesos es lamentable, doloroso. La rabia también volvió al recordar aquellos momentos donde buscaba culpables de la suerte de mi padre y por ende de la mía. No importa qué tan consciente seas de los hechos, cuando buscas siempre hay una luz de esperanza y esa mínima luz se quebró estando frente a frente de la caja de madera. Aunque sabía que había muerto y tenía idea dónde estaba, algunas veces venían los “tal vez”: de pronto quedó loco, le pegaron un tiro en la cabeza y sobrevivió, aunque mal, se lo llevaron para la cárcel y nunca pudo comunicarse. A pesar de que había la relativa certeza de un hecho, varias veces me daba a mí misma falsas esperanzas. Después de encontrarlo, de la prueba genética y de su entrega, por fin me decía “ya no hay duda, no hay rayito de esperanza”.

Por más paradójico que suene, algo de “felicidad” sentía, pues estaba soltando una gran carga y sentía que por fin todo iba a terminar. Ya no tendría que seguir preguntando y cuestionando sobre mi papá. Incluso poder decirme a mí misma: “Daniela, hay algo que te dice que él es tu papá, no tienes que vivir con duda o vergüenza. No tendrás que buscar más, se acabaron las caminatas, tener que estar preguntando, se cerrará un capítulo abierto desde mi niñez”. Entonces me enfoqué en pensar cómo

quería que fuese nuestro segundo encuentro, puesto que el primero había sido encontrar su cuerpo en cementerio de El Tarso. Pensando en la calma y la tranquilidad que buscaba para ambos, pedí rosas blancas; quería que él estuviera en medio de un lugar bonito, en comparación donde estuvo por 31 años. Velas blancas para iluminar su camino. Era irónico preparar una reunión, o mejor dicho un entierro, con meses de anticipación. La nostalgia no se hacía esperar y de vez en cuando me sacaba lágrimas.

No podía creer que por fin hubiera cumplido la promesa. Y es que muchas veces le dije que lo sacaría de ese horrible lugar para que estuviéramos juntos, que tendría una tumba bonita y que ya no lo perdería de vista. A mis 31 años, toda una mujer, recordar a esa niña que se prometió rescatarlo hace que me embargue de mucha nostalgia. Recuerdo que el sábado de la entrega digna en Cali, madrugué y llegué primero que todos. Quería que todo fuese perfecto: la decoración, el lugar, la ubicación de las flores, las sillas. Por momentos me desconectaba y sentía como que estuviera preparando una fiesta, un reencuentro con algo de felicidad y alegría, no por constatar la muerte de mi padre, sino por sentir un descanso, sentir que por fin podía tenerlo conmigo. Otros momentos parecía una niña chiquita en su primera comunión, pues llamé a mis invitados para recordarles que era de blanco. Ni cuando me celebraron los 15 mostré tanta emoción e interés. Solo quería que mi papá sintiera lo que yo sentía.

Esta vez nos encontramos en un lugar bonito y en mejores circunstancias, como de novela. Le pedí a mis amigas que tomaran muchas fotos, de todo y de todos, de cada detalle pues sería un reencuentro y una despedida. Era la primera vez que iba a estar en una reunión acompañada de mi papá, quería registrar cada instante, cada reacción de las personas que estaban acompañando, personas importantes tanto para mí, como en el proceso de búsqueda, incluso de las instituciones. Cada persona ha hecho algo importante en este camino y quería registrar que por fin estaba la hija con su padre: ¡miren que aquí está mi papá!



Después de ordenar todo, llegó el momento y ahí estaba él, en esa pequeña caja, una caja que no fui capaz de cargar en mis brazos sino hasta el segundo día. Todo parecía un sueño. Ahí estaba él y yo, dos desconocidos esperando encontrarse. Estuve rodeada de personas que me apoyaron, me alentaron a continuar, que se atrevieron a ayudarme a pesar de las dificultades. Era extraño verlos llorar, pues como decía mi tía, fue recordar cuando llegaba a la casa con ese fusil terciado y ahora ver en lo que quedó. Eso era raro, casi todos los presentes lo conocían físicamente, menos yo, su hija.

Don Milton era una de las personas que más quería que me acompañara, pero finalmente él no pudo ir. Sus palabras se quedaron en mi mente, pues me dijo que ahora yo podía estar tranquila y que ellos eran felices de haberme ayudado. Creo que la vida no me alcanzará para agradecerle a él y a la comunidad de El Tarso. De ellos aprendí a conocer la humildad y la solidaridad, pues nunca hubo ni la más mínima palabra de prejuicio hacia mi o hacia mi padre. Ellos nunca dijeron: «la niña está buscando un guerrillero», ni expresaron «al papá lo mataron porque era guerrillero». Siempre fue «ella está buscando a su padre y nosotros lo enterramos aquí», dejando en segundo plano que era guerrillero. A pesar de que vivieron en carne propia el conflicto armado, el estigma por ser indígenas que se mezclaba con la dinámica del conflicto y las guerrillas, a pesar del impacto de la guerra en Caldon, no me señalaron ni discriminaron, nunca replicaron la odiosa idea de que “a quien hierro mata, a hierro muerte”, nunca me cerraron las puertas.

Recuerdo del primer día cuando todos estaban en el salón, esperando la entrada de los restos de mi papá. ¿Quién podía llevar la caja con sus restos?, se preguntó. Respondí que no la quería cargar, que no me sentía capaz. Alguien más la llevó y me pasaron la caja con la ropa que tenía cuando lo encontramos. Me embargó una tristeza muy profunda mientras pensaba “estoy aquí cargando la ropa de mi papá”. Cuando entré al salón, los vi a todos reunidos y dentro de mi quería gritar: “¡lo logré!”, ese tal vez fue el momento más trascendental de la entrega. Terminó entonces el primer y largo día de reencuentro.

El 01 de octubre del 2023, segundo día, todo fue más corto y rápido, aunque de nuevo me sentía extraña, llorando y despidiendo a un desconocido que amaba sin haberlo conocido: mi padre. Me sentí aliviada al dejarlo en el cementerio, sentía que le estaba devolviendo su humanidad y dignidad, ya no sería nunca más un ser olvidado.



KWE'SX PUUTX U'YNXI KHÏÇXA  
TXUUTEWA SEJXÃ' ÛSU'NE TXÃA

Jxuka kseba kheb sêhte tata yak pdxi'p uyuuçthuj mǎw ne'tka ûus ki'p nāwa ew ta'sxte ewu'çme' û'kwe pa'kayçxa nxaafxi wâtmesa's ki yaakiçthuj sùju't nāwa ki'ki' ma'w nxûuçxa'tka uyna kâh txǎsthuj yaçte ki'pu, 13, 14, 15 kaajǎçxha ûus jxuka vxiiututka jxuka txǎ' pxûuskwe nxuun vxite ma'nxuçxa txǎa yuwe ksuu nxuu me nxuukx sun ya'hkxna fxi'zete i'ne nasa me nǎwçxat yuhn ûsu' na' javxteçxat yuwe' Luuçxku vxite, kna'sa pkaçx. E'su luuçxa's the'gte nxûsçxak nxû' txǎ' txǎaçxa pthâwenxi' yuwete pu'çxwasa i'jme yuhn ûssak nxû' sa' txaju kuki' wa'sajwa ijmeçxa. Txǎa e'su ûuste akasa sejk txǎ' Teeçx nasa' jxinxi nêeke vxitçxa dukte thêgtewa Maz dxi'tkweçxaya' âsxnxi yu'jtka, txaju pyûuskwe nxuuk, na' pakwewêet Kim ki'k txǎ'w nxûu jxiçxa tata's. Khiçxawa dxi'j khikte kajsejn u'jwetx nāwa û'kwe dxi'j psuun sũhk txǎ'w tata's uyte.

Ma'w ênte îkina na' kihsuçxa u'juna jxîn û'kweyçxa ûusyahkxa' kiite't nāwa jxuka Isa nxuun kũhte pêena paakweewa me'jxǎ, aça' txahu ki'ki puutx uywa'jas ûus ya'jkxthuj txǎa pa'katey nxǎafx çxayu' tarso kwekwe jxaawnxite u'pa' jxinxiçxat jxiyu', aça' pheuya' kitet kite çxihme vxite velakweyak jxi'pte pa'jana sũçxa ma' sena Nxus yuwe sêhtewa mùythaswak nxuu Yafx yu' kîjn ûstewa.

Kijwa Isa Na'w ûsutheçme, txǎ' pakweçxa uyu'n jxinxi jxi'pçxawa uyte mazuswa txǎa kazx u'pnxiju kuki'jan na' ew pheu'çxha jxaawun jxinxite jxi'phu baaçxtewa ktee u'pa' jxin thegna u'pwa. Yaaki't txǎaçx cali çxabtetx dukxa' nxû aça' seena' kuus u'thna û'kwe kwê'i sêht, ewkwee pheuçxa jxpakan sunxit jxi'phu nanxu' kǎ wât wât pkhaakhenxisa vxitna u'pnat eçxi' tatayu' jxiyu thâasut mǎwne'tka ûus ya'hkxna u'ju' nāwa pe'hka nāateyu' wejxkwe ewte tha'w puutx uyya' nxû' û'kwe pkhaakhenxisatx sena' foto kuki'jxine'kwe jxinthu nêewe'we txǎa pa'katey ki' puutx uyna, khiçxa ki' ptxiitewa'k nxû' txǎa pa'ka khiçxa weçxawa kimçxahne'ta pu'çxna yuwe' naa yuwete txǎatx weçxawa khî' ktey uykaahn txǎ'wçxawa pnxîisasa' puukx uyuuçtewa, "thêgwe û'kwe tata' aite ûsa" txttee ûsa caja leçkwete aknxi nyǎfxçxa kîhwǎ yakxya' ebumet jxuka je'z en skhêwtet yak, kîh ksxa'wte ûsnaçxak ûusuthej. Txtee ûsu'thaw je'z nasa puukx uynxisame baaçx çxawa ikawa'sa tkha'w nxû'. Txǎaçx ente' yaçte kasehkaan at pu'çxna yuwe'tx txǎawê'sx ûsta. Ê'kwe nxi'j yũkwe txǎ'jxiçme txǎ'wthej

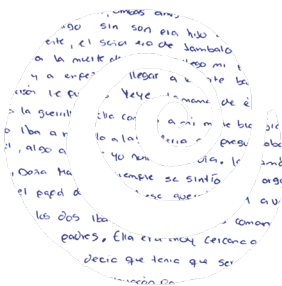
pa'jak çaama's pesat tu'sçxa nāwa āçxhah na'wçxak nênxun kũh, jxuka nasa ktee ûssa jxii çxa'hta tata mǎ'wne nxû' ikitey naçxa wejx txajx nxîisa jxinxisayu' jxiimete. Thêsa Miltonku wejx ktee ûswa'sa nxû' nāwa tudume' açxha pehka wât dejene'ga na' mǎasumene'ga Ewçxa pakwee pu'çxthaw. Kutx weçxaawa' jxi'pthu txǎawê'sxtxin vxite Tarsote nasatx txǎawê'sxyak thuj piya' kazxkweçxa fxi'zenxi yuwe's txǎawê'sx baaçxyuwa açxaj yu'kte we'sxas pakwen ûsa jximeta', khin txajx nêyǎ's yu'kte we'sx pa'kata îkh jxinwa we'wmeta baaçxtewa txajx neya's pakwen u'juna' ayte tha'w pêeda jxin çxatx we'we. Mǎ' seena' txǎa puyi ksxavxte yujn ûsu'neta nāwa vxit kijwa' ap meta'. Yaaki't txǎaçx dxiite kũhçxa pê'jxtxi kim yakçxa u'jxanxa nāwa û'kwe ûus çxaçxame' aça' txǎjx jatnxisa çxatx txi kaatu' txǎaçx uythaw txǎatx, txǎ'wçxawa jînn way waç sunku nxû' na' pehka txaaçxne' psuun sej puutx uynxi yuwe' Txǎaçx nxafx taða a'tete nāwa je'z ente nxa'k nxû' ktey u wejxkwe'k en jxu'jme nxû' nāwa ki ktey wâtme the'k nxû' ki'yu' baaçxujx uynxisame's ûnete û'kwe tata's. Wât wât Ku ûusuthej ewkwee jxaawte na' āçxah pêena peçxkananxi nxûumena.

Haz click en la espiral para escuchar el capítulo en Nasa Yuwe:





*Las bisquedas son comunitarias*



Don Milton, un protagonista de mi largo caminar, desde la distancia me animaba y me acompañaba en la entrega digna de mi padre. Creo que la palabra gratitud se queda corta. Él y la comunidad de El Tarso son el ejemplo vivo de que las búsquedas son colectivas, comunitarias y solidarias. Es por ello que, aunque yo llevara el duelo, compañías como la de don Milton hacían la carga más liviana. Así mismo quiero ser yo: alguien que ayuda a hacer de este proceso algo más liviano. Por ello, cuando me enteré del caso de doña Carmen y doña Gloria, mujeres buscadoras de Caldon, no dudé en ser ese apoyo.

A doña Carmen la conocía desde pequeña. Ella fue una de las primeras panaderas artesanales de la vereda, también fue una de las primeras mujeres en la vereda en ponerse una falda de jean. Fui a la escuela con sus hijos mayores y luego ayudé a cuidar a sus hijos más pequeños en la guardería de mi mamá de crianza, donde conocí a Andrés, su hijo desaparecido. Fue triste escuchar sobre su dolor, sobre todo ver en su rostro cómo la incertidumbre había hecho su trabajo: de aquella mujer desafiante ya no quedaba nada, el dolor estaba llevándosela físicamente de manera lenta. Sin embargo, su tenacidad y su valentía para buscarlo eran inspiradoras. Ella es una madre muy noble, pero el amor de madre sacó de ella una tenacidad admirable.

A doña Gloria, una lideresa, una mayora, la conocí en el proceso de la Comisión de la Verdad<sup>37</sup>, ahí conocí de su historia. Recuerdo cómo ese día que la entrevisté fue imposible no llorar escuchando la historia de Lorenzo, su hijo desaparecido. De nuevo, la incondicionalidad de amor de madre estaba presente. Andrés y Lorenzo desaparecieron juntos en el 2015, sin embargo, solo hasta el 2020 me enteré de que ellas estaban buscando a sus hijos. Ellas, juntas casi como hermanas, vencieron al miedo y buscaron a sus hijos por cada rincón del territorio. Siempre juntas tomadas de la mano, consolándose entre sí. Mejor inspiración yo

37. Se refiere a las actividades que realizó la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición (CEV) en Caldon como parte de su mandato.



no podía tener. Volví entonces a ver de una manera muy fuerte el amor de una verdadera madre. Por todo esto esperaba que ellas me pudieran acompañar en la entrega de los restos de mi papá. Sin embargo, mientras yo empezaba a cerrar un capítulo, en esa misma fecha ellas empezaban a cerrar los suyos, pues que en esos mismos días la UBPD<sup>38</sup> rescató los restos de quienes se presumen son sus hijos.

Me hubiese gustado estar con ellas y abrazarlas, pues es doloroso encontrar solo unos cuantos huesos de quien en vida fue un ser amado, en este caso, sus hijos. Pero esto es parte del proceso. El dolor es terrible, las lágrimas te ahogan, el pecho se cierra y la respiración se hace difícil, el tiempo se frena y te sientes flotar. A pesar de tener frente a ti a tu ser amado, te resistes a aceptar que esos restos serán todo lo que podrás atesorar. Las preguntas no se hacen esperar: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? Pues esos pocos restos cuentan parte de los últimos instantes de tu ser amado en la tierra. No imagino lo que ellas pudieron sentir al ver a sus hijos así.

El primer día de la entrega digna de mi padre, doña Carmen me llamó, me envió fortaleza, lo cual era un poco irónico para mí, porque ella necesitaba esa fuerza más que yo. Se excusó por no poder acompañarme. Siempre una madre linda y noble. Le di valor también y le dije que, aunque dolía mucho, es mejor saber la verdad y acabar con la agonía de la incertidumbre, le aseguré que Dios la ayudaría a ella y a doña Gloria a seguir firmes y de pie. Es así como tres personas de Caldono, doña Carmen, doña Gloria y don Milton, me ayudaron, me alentaron, me abrazaron y me acompañaron juntos desde la distancia en la entrega digna. Empecé entonces el primer día con la llamada de doña Carmen. Acabar con la agonía de la incertidumbre y encontrar esa dolorosa verdad es parte de este largo camino que nos recuerda que aún hay una humanidad en la gente. En mi caso, parte de acabar con la agonía era hacer de ese par de días,

38. Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas. Como se mencionó, es una institución humanitaria, de carácter confidencial y no judicial creada tras los acuerdos de paz del 2016. Está encargada de buscar a todas las personas desaparecidas por el conflicto armado en Colombia. Véase: <https://unidadbusqueda.gov.co/>

el último encuentro con mi papá, algo memorable. Después de preparar su homenaje por meses, me encargué de que ese día cada detalle fuese perfecto, por esto pedí, como conté antes, que la gente fuera de blanco y hubiesen flores blancas, porque esa agonía sería apaciguada por la paz y qué mejor que el color blanco para reflejar la paz de la cual mi papá y yo comenzaríamos a gozar. Las velas blancas para iluminar su camino hacia el perdón fueron a la vez muy importantes.

Uno de los momentos más bonitos fue cuando cada persona que me acompañó tomó una flor blanca y compartió unas palabras sobre mi búsqueda. De este momento me gustó mucho cómo mi familia por fin reconoció que valió la pena buscar a mi papá. Me embargué de mucho sufrimiento al escuchar a mi mamá adoptiva decir que era mi mamá, a pesar de todo, verla ese día ahí, a mi vieja, llorando porque lo había logrado, me llenó de mucho sentimiento.

Las palabras se volvieron cortas pues tenía un nudo en la garganta, así que presentamos un video que grabé con Eli y John<sup>39</sup>, leyendo el texto que abre este libro, como una síntesis de lo que quería decir, esas palabras claves que deseaba que fueran escuchadas. Porque a pesar de que me tomó más de media vida encontrarlo, quería que entendieran que Daniel, el nombre de pila de Miguel, era mi papá. Mi tía Nohora me apoyó muchísimo. Recuerdo que me decía que para la entrega digna tenía que hacer el rosario, yo que a penas y me sé el padre nuestro. Pero para ellos eso era importante, pues según su fe, sólo así mi papá alcanzaría la luz. Al final del primer día rezamos entonces el rosario, compartimos como amigas y familia para luego ir a descansar. Cada persona que me acompañó ese día me ayudó, pues se encargaron de detalles que por mi cabeza no habían pasado.

Sólo hasta el segundo día fui capaz de cargar los restos de mi papá, pues no me había atrevido a cargar esa cajita. Empezamos con la misa y de ahí al

39. Editores de este texto.

cementerio. A diferencia de otros entierros, no fue difícil para mí dejarlo en el campo santo. Fue una suerte de descanso, ahora existía un lugar fijo y digno donde mi papá descansaría. Por el estado de ánimo que había tenido los días previos a la entrega digna, pensé que después de esto iba quedar vuelta nada. Pero la tranquilidad que sentí nunca la había experimentado en más de treinta años de vida: no me dolía el pecho, ni tenía el nudo en la garganta, aunque tenía otros problemas, me sentía tranquila, en una paz bonita que me hacía pensar que debía vivir ese momento de esa manera, pues nunca más volveré a vivir ese instante de nuevo.



*Carta a la niña Daniela*

[illegible]

No sé a ciencia cierta cómo tramitaste el hecho de saber que tu papá estaba muerto, aunque no supieras dónde estaba, solo sé que, con tranquilidad, continuaste con la visita, escuchaste el nombre de tu papá por primera vez y te aferraste a él. Viste en aquellos hombres una familia más cercana a tu padre y a ti, que aquella donde crecías. Este día la esperanza aumentó para ti, pues nunca perdiste la fe de que aquellos hombres regresaran por ti. Siempre vigilante del portón, mirando hacia la carretera, con la esperanza de que a quienes nombrabas tíos regresaran. Fue triste para ti ver pasar el tiempo y ver que jamás volvieron, tal vez ahí sentiste por primera vez cuánto duele el abandono. Sin embargo, continuaste. Y es que tal vez tu búsqueda no empezó a los 13 años, estoy casi segura que comenzó mucho antes. Tal vez inició justo después de que tus tíos no volvieron, cuando empezaste a preguntarlo a tu hermana de crianza cómo se llamaban, cuando a los 7 años le diste valor al nombre de Richard, cuando preguntabas por él y quisiste encontrarle para que te hablara más de tu papá.

Con todo esto, veo que desde pequeña has sido una buscadora incansable. Entiendo ahora que no buscabas a tu papá solamente. Buscabas a la familia, un lugar seguro, una identidad que necesitabas, respuestas sobre de dónde venías, que necesitabas colocarle un nombre y rostro a lo que llamaban padre, madre, incluso a ti misma. Miro ahora en ti esa niña valiente que, a pesar de la adversidad, lucha por seguir siendo niña, pero sobre todo por soportar rechazos, abusos, malos tratos y a pesar de ello jamás querer dejar de vivir, de jugar, de reír. Hoy envidio eso de ti, tus ganas de vivir, de reír, de amar y de jugar.

No recuerdo haberte visto llorar mucho, pero sí tengo presente aquella mirada triste y vacía que a veces te embargaba. Aprendiste de pequeña a manejar tus emociones para poder continuar y seguir jugando y riendo en la guardería. Fuiste una niña con responsabilidades de grande, aprendiste a cocinar, a labrar la tierra, a mantener en orden la casa, aunque hubieses añorado seguir jugando o ver muñecos en la TV, en lugar de tener que hacer tantas responsabilidades. Sin embargo, ahora de adulta te digo que sirvió de mucho aprender a defenderse en la vida, pues te asombrarías lo mucho que has alcanzado gracias a esa tenacidad, disciplina y responsabilidad.

Fueron tantas cosas en tu infancia que hoy solo me queda arrojarte en mis recuerdos y decirte que todo estará bien, que ahora ya no estás sola, que tienes a tu papá y que lograste tener esa familia, ese lugar seguro. Que ya no tienes que esperar en el portón a que vengan por ti, porque ya no lo necesitas. No hay nada que perdonar, fuiste fuerte, siendo una niña hiciste y resististe lo que hoy un adulto medianamente podría soportar. Ahora serás mi refugio, tu recuerdo y tu forma de ver la vida serán mi ejemplo para recuperar las riendas de la mía. Gracias a tu tenacidad hoy estoy aquí.





*Epilogo:  
somos un océano de recuerdos*



Las palabras son aquellas cosas que más tiempo pueden permanecer en este mundo. Sin embargo, al igual que todo, si alguna de ellas cae en el olvido, perecerá. Apelando a esa larga permanencia en este espacio, espero que mis palabras logren alcanzar a todas aquellas personas que hoy añoran a un ser querido, que logren brindar algo de consuelo antes de caer en el olvido.

Es difícil ubicar de manera certera un hilo de palabras que logren transmitir esa tormenta de emociones y sentimientos que he querido contar, pero aquí he dado mi mejor esfuerzo. Todos en algún momento hemos buscado algo, incluso un objeto cotidiano, unas llaves, y entendemos tal vez la desesperación que nos embarga cuando no encontramos eso que buscamos. Ahora, imaginemos si eso que buscamos representa un ser amado, entonces ya no hablamos solo de desesperación, sino de un sin número de pensamientos y sentimientos que se apoderan de nuestro ser. Pero ¿cómo buscar? ¿cómo encontrar? Si al mirar a nuestro alrededor, el espacio más pequeño se convierte en un océano de posibilidades. Cómo buscar en un país en donde muchos fueron condenados al olvido sin haber desaparecido físicamente, cómo encontrar alguien que no figura en registro institucional alguno y del cual solo tenemos certeza de su existencia a través de los recuerdos y las palabras.

Buscar para encontrar, suelen decir, pero ¿encontrar qué? Una verdad que, aunque nos libera de la agonía y de la incertidumbre, nos desgarrar el alma. ¿Qué esperamos encontrar? ¿O qué esperan que encontremos? Buscar y buscar sin descanso, con la agonía que consume cada centímetro de nuestro cuerpo, una tristeza que nos sobrepasa y nos impide apreciar la frágil pero valiosa vida. Al final entonces ¿qué encontramos? Encontramos unos restos que representan aquello que añoramos, aquello que significa en nuestras vidas, pero sin saberlo nos perdemos por instantes de nosotros mismos pues dejamos de ser, de vivir, para buscar y buscar. Solemos pasar los días calculando, pensando, descartando lo que es posible y lo que es impensable, llorando hasta la última gota de nuestra esencia y convertirla en un desierto.



Todos asumen que la búsqueda no es fácil, y menos en países como el mío en donde a pesar de grandes esfuerzos, el conflicto aún perdura en nuestros territorios. Todos admiran nuestra lucha, nuestra tenacidad como buscadoras, pero pocos se dan el espacio para pensar sobre qué tanto perdimos de nuestro ser, que también añoramos traer de vuelta.

La búsqueda de un ser amado es una travesía espinosa, en la cual luchamos de manera continua para no perdernos del todo a nosotras mismas, pues en medio de todo, anhelamos algo de paz y tranquilidad para poder continuar con nuestras vidas. Lo valioso de esta travesía es que nunca vas a caminar sola, siempre habrá una voz de aliento, una mano amiga dispuesta a ser por un momento soporte. Mujeres, hombres, madres e hijas, hoy nos movemos a lo largo y ancho de nuestro territorio para recordarle al mundo que nuestros familiares sí existieron, que tuvieron una historia de vida y una familia que hoy los reclama. Levantamos la voz con mucha más fuerza que antes, pues hemos encontrado espacios en donde coincidir, en donde descansar para aligerar cargas y renovar fuerzas. Estamos de pie, firmes para hablar sobre aquello que antes era prohibido, podemos llorar sin temor a ser reprimidas.

El hoy para nosotras las buscadoras es un nuevo camino de lucha conjunta, que nos permite acompañarnos mutuamente en cada paso que damos. Que permite que nos abracemos cuando aquella posibilidad de encontrar, que era casi certera, se desvanece. Somos una comunidad que se sostiene entre sí y que hoy exige por aquellos que por la tenacidad del conflicto aún temen levantar su voz. Hoy somos una fuerza transformadora que le recuerda al mundo la barbarie y lo inhumano que es la guerra, pero también le dicen que la fe, el amor y la esperanza son algo que ni el misil más potente va a poder desterrar. Somos nosotras quienes nos levantamos de los escombros para traer algo de dignidad a nuestros desaparecidos. Somos como las raíces de aquellos árboles que se resisten a desaparecer y morir, sin importar cuantas veces las arranquen. Jamás debemos olvidar todo esto que somos, significamos y representamos, pues seremos aquello que resiste al olvido y al abandono, y tal vez podamos ser aquello que perdure por mucho más tiempo que las palabras.

En nuestras memorias se albergan los testimonios más puros y verdaderos sobre el conflicto y su sin número de aristas. Somos testigos del horror, de la inclemencia de aquel que apunta un fusil, testigos de cómo personas amadas perdían la vida y cómo esta sociedad continuaba como si nada. Vimos sillas vacías en nuestros salones de clases, sillas que pertenecían a niñas y niños con sueños pero que se llevó la guerra. Tristemente, nuestros ojos tuvieron que ver cómo se apagaban las vidas de aquellas personas que procuraban un bien. Vimos cómo la inocencia de nuestros niños y niñas fue efímera, cómo esta inocencia se perdió en medio de fusiles y granadas. Tristemente, nuestra memoria alberga todo este sufrimiento y a la vez, nuestra memoria logró salvaguardar aquellos instantes de alegría, aquellos momentos de ir al río, de coger guayabas o jugar al escondite. También nuestros ojos pudieron ver aquella sonrisa de esa persona que fue importante, nuestro corazón resistió y logró guardar aquellos sentimientos de amor, de paz, que personas dejaron en nuestro caminar. Somos entonces un océano de recuerdos, sentimientos y emociones; incluso si nuestras vidas han tenido que presenciar el horror de la guerra, nuestra memoria con la ayuda de nuestro corazón logró conservar el amor, la fe y la esperanza.

Para despedirme, esperando que mis palabras hayan calado conciencias y corazones, debo decir que, como hija buscadora, nunca me resigné al olvido y que esa resistencia en combinación con la resiliencia fueron las que me permitieron contarle al mundo quién fue mi papá, quién fue ese niño de ocho años que se vio obligado a ingresar a un grupo armado y poder hacerle entender a toda la sociedad, en general, que cada desaparecido tiene una historia de vida, que cada combatiente no deja de ser un humano y que como país hemos fracasado, al condenar a muchas niñas y niños a desaparecer bajo un fusil. Quiero también agregar que, aunque físicamente nunca conocí a mi papá, jamás dejé de verlo como aquel niño frágil e inocente y que, a pesar de todo lo que pude perder en mi lucha por buscarlo y encontrarlo, todo valió la pena. Por fin logramos estar juntos, no de la manera deseada, pero sí con la satisfacción de que pude rescatarlo de esa montaña y tener lo que quedó de él en un lugar digno, un espacio solo nuestro, en donde sin falta acudo para contarle mi

vida y mis logros, pero, sobre todo, para decirle que ya no estará nunca más en el olvido.

Mucho de lo que soy hoy en día y he alcanzado, ha sido gracias a ese caminar espinoso que emprendí a los trece años, buscando a un hombre con el cual solo tenía una conexión genética, pero que fue siempre mi gran ejemplo sobre cómo hacer las cosas mejor. Así que, a pesar del dolor, solo me queda darle gracias a la vida pues hoy puedo escribir, hablar, vivir, tener una familia, todas aquellas cosas que les fue arrebatado a niños como mi papá. En honor a “Miguel”, tal vez en otra vida logramos coincidir y podamos ser esa familia que tanto quisimos tener en nuestra niñez. Si los recordamos, jamás serán olvidados. Esperando que en algún momento todos los que buscamos podamos encontrar paz, tranquilidad y que nunca se olvide lo que somos y representamos.



NMEHTEWE'SX: YU' WALA NA'W  
YAAKXNXISA JXI'PTHAW

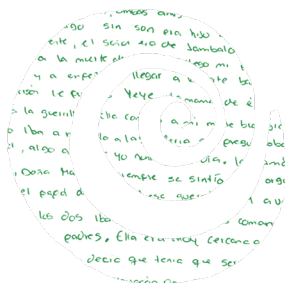


Yuweju kasejsa wejxkwe txāačx ūuste u'pwa'sata nāwa khiçmeta' maai ksuu peeçxkanan khêewnxisata aça ū'kwe yuwe txaçxkwe yaakinxa sùçxa na' ki' dxi'jte yujn ūsnxa nwe'skwetx pakwen txāawe'sx txin selpina sùçxa ūus yaHkxçxa we'weçthuj na' peçxkananxi yuwete wetemey.

Thêisa' yuwe txūdewa Ma'w ūusuthetewa nāwa ma'wçxawa txudeçthuj. Enisa kîhçxawa vxiiçx kutx pakwe'thaw naçxa ūusya'kxwe mǎ'wki txǎ peekx mwê'sxkwe txǎ vxaamete' na' kîh kihwǎ ya yeeki'tx.

Nāwa Ma'w pakweya thakwa'kx, Ma' nxuuçxa ya uyuukx, Ma' peekūhn thegtewa meh yu' wala uyuuçnaw txi nxū. Ma'w ya' pakweekx txǎ kiwe txakwete txǎ'wçxaj vxitusa nǎ'wçxa peçxkananxiçxa ujn ūste' wejx maai' eç jxi'me u'jn ūste txǎ'wsatx ma'nxuçxa ya' uyuukx, meh thêysata' txāa dxi'jte kûhte mǎ'wki'k nxū sùçxa içxatx ya yahkxa' kiite jxuka peekx ya' vxitutx. Māa we'wçxa pakweewa'ja thêysaçxa, jxi'tx wejx naa kiwete txāa ew fxi'zewa sun ūus ki'ptewa jweeteçxatx puyin fxi'ze, māawa pakwesata' jîn thêgu'tx nawa maanxu'jwa jxiimeta kwe'sx ūus ma'wneta pa'jwaçsun mûythasu'nawa.

Naa pakweewa' dxi'j meh thêysa' ma'nxuçxa kwe'sx nwe'sxtxin uyuukxthaw kwe'sx kwê'y vxitumey nāwa naate ewsayu' baaçxyuhwa Teeçxçxayu' ya' u'jumena kimçxawa çxhaçxha kaayekisa kase'je'tx kimna ū'kme une'tewa weeçxya'meeta. Açxuja' pakwesa dxi'ja' pkhakheçxa yujn ūsta' txǎ'w nxū puutx psxadna u'jwaja txǎ'me. Ma'w ênte' ūkhutx we'wya txǎ'w ewmesa yuwe yujn ūste, açxha wejxkwe kûhkthǎ'w wejxkwe yuwe txuhden u'jwasa kwe'sx wejxwa pakwe'n ujn ūsthaw mteewa ma'wçxa jxūun pa'jwa. Ma'w nxuuçxa peçxkananxi yuwe sêewa'same naanxu wejxkwe txaçx yuuwasa' we'wnxisa çxameyu' Kwe'sx dxiktheete' kûjwed isasa ta'sxwa jxi'pthaw txǎ ewmesa nxuun skheewnxi yuwete. Kwe'sx jxiisathaw. Ma'w îki u'juwesa nasa ptxuunxi yuwete skhewtewa nāwa en skhewna çxatx yujn ūsu' Pagu nasa pejxsatx yujn ūsu' txāa luuçxkwe ksxa'w jxi'psatx nxū nāwa txāa puyinxi yuwe kazx aphnak yuwe, Uyna yuwe'thaw Ma'w wāt wāt fxi'zenxi yuwe tudteçxa kûhtewa nxūustheçxak nxū txāa pa'katey ma'w ente' ewsa en sêhte txāatx jxa'wka ki'yu kiçna u'jnxitx, piida uhdeya' ujn, vxite isuutna pweesej nxitx.



Āçxha mej kabaawa meeçxa maiitx naa yuwe selpiçwana sùçxa fxi'jxiçthu na' nxiisa pakwesa jxinxi nêewe'wet kîhyûh peçxkaname pakweçxaçxatx ya' Uyu' txã'w nxuuçxat tata's uyna kâh txãa luuçxkwe taaw a'kafxçxa jxi'pte txã' mǎwtewa ewmete wâtahn kuh, khîn çaaam ktusejn jxiime txãa nasa iisa nwe'sxkwe jxi'ptewa jiime, teejwed yuwe Teeçx ĩsa yuwe txudewa' jxi'p ũstxina, txã'weyçxa baaçxtewa çaaam atusa baaçxtewa ewmesa dwiitsata' luuçxujx. Txã'weyçxa we'wwêje't tata's itxite ma'wne nxû nãwa jxiimet nãwa jxiyu't txãawa luuçx çxane' nxû sùn, na' pehka thêytewa selpiik.

Txã'w muythasmetki nãwa yu'kh walaju yu' kuki't na' āçxah wejxkwe ewte kasejn u'pa' na' txtet u'jwe twêe jxinxa' baaçxyuh peçxkananxi u'pkaajmen. Āçxha na'wte kûhçxa ũsthuj nãwa txānxu kseba tek jxi'phu pakwen yuwe't txã' nasa ũ'kwe ee içxa jxi'psas nãwa txajx pa'kat yaçte kasejn yuwe'.

Txa'jîçxat ma' sena watmesa sêhtewa seena' weçxawa' jxi'pthuj nã' açxyuçxa nwe'sx jxi'pthuj sùju't. Açxah Miguel kwe'jkwete sùçxa vxite āhteçxawa kwe'sx yatkweeçxawa jxi'pwa nxu'naw leçkwetey ũusyatxi'thaw txã'wsa. Yahkxna fxi'zete baaçxyuh peçxkananxi fxi'zemenxa. Na' baaçxwa wât wât fxi'zenxisa sejena na' peçxkaname fxi'zeka Ma'w selpiçxawa.

Haz click en la espiral para escuchar el capítulo en Nasa Yuwe:



## *Anexo: la búsqueda de Daniela<sup>40</sup>*

En Colombia, la búsqueda de personas desaparecidas ha sido históricamente liderada por mujeres (CNMH, 2016; Ortégón, 2022). Organizaciones de mujeres buscadoras como la Fundación Nydia Erika Bautista estiman que pueden ser más de medio millón, pues siempre existe un subregistro por parte del Estado. Según algunas fuentes institucionales, para septiembre de 2024 se registran al menos 21.028 mujeres buscadoras en Colombia, dentro de las cuales 1.257 se autoidentifican como mujeres indígenas, 1.509 como mujeres afrocolombianas, y 3.595 como mujeres campesinas (UBPD, 2024a). Organizaciones internacionales como Amnistía Internacional (2024) destacan que la labor de búsqueda por parte de mujeres y sus colectividades involucra múltiples riesgos, amenazas y vulneraciones que deben enfrentar. Como parte de ese reconocimiento, hemos decidido recopilar de forma sintética las múltiples acciones que a lo largo de su vida Daniela ha realizado, tanto para buscar a su padre como para visibilizar el flagelo de la desaparición de personas por causa del conflicto armado. Desde realizar entrevistas a posibles personas que conocían del paradero de su padre, hasta tomar las coordenadas del punto donde posiblemente estaba inhumado, pasando por decenas de derechos de petición a las instituciones, las acciones de búsqueda de Daniela y su activismo son un reflejo de la incansable persistencia de miles de mujeres buscadoras en Colombia.

40. Aparte realizado por los editores en conjunto con la autora.

©28 de junio de 1991: Nacimiento de Daniela Mostacilla en la vereda 20 de Julio de Caldon, Cauca.

©Entre 2002 y 2003: Daniela comienza a preguntar de forma más insistente por su padre a su familia adoptiva, así como a personas conocidas de la vereda.

©2003: Comienza a realizar visitas y conversaciones esporádicas con comuneros de la vereda El Tarso de Caldon sobre posibles personas inhumadas en el cementerio veredal.

©2005: Conversa con su madre biológica sobre su padre para recopilar información.

©2017: Tras la firma del acuerdo de paz, Daniela participa como docente de matemáticas de excombatientes de los ETCR<sup>41</sup> en el Cauca, en Pueblo Nuevo, Monterredondo y La Elvira siendo parte de la Universidad del Valle. En ese momento, conoce una documentadora de la Comisión de Búsqueda de FARC<sup>42</sup> a quien le contó la historia de su padre. La Comisión remitió la información a la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD), entidad recién creada producto de los acuerdos de La Habana.

41. Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación. Lugares creados tras la firma del Acuerdo de Paz en el 2016 para dar inicio al regreso a la vida civil de los excombatientes de las FARC-EP.

42. Nombre como se conocía inicialmente al grupo de excombatientes que desde el 2017 ha liderado la documentación de desapariciones y lugares de inhumación. Actualmente, más de un centenar de firmantes están acompañando los procesos de búsqueda en diferentes lugares del país organizados en la Corporación Humanitaria Reencuentros. Véase: <https://corporacionreencuentros.org/>

© Diciembre 2018: En una visita al ETCR de Monterredondo, Daniela entrevista al Sargento Pascuas, excomandante de las FARC, con el fin de recopilar información para la búsqueda de su padre.

© 2018 – 2019: Comienza a realizar entrevistas y visitas de forma más sistemática a personas de la vereda El Tarso de Caldoño, tratando de delimitar un posible lugar de inhumación de su padre en el cementerio veredal.

© 26 de mayo de 2020: Daniela realiza formalmente la solicitud de búsqueda de su padre ante la UBPD.

© Junio 2020: Daniela entrega su testimonio a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición (CEV) sobre los diferentes hechos violentos que vivió en su municipio, así como sobre la desaparición de su padre.

© Septiembre - diciembre de 2020: Junto con un equipo de la Universidad del Valle, Daniela documenta varios casos de desaparición en Caldoño, principalmente de jóvenes que ingresaron a grupos guerrilleros.

© Septiembre 2020: En una de sus visitas a la vereda de El Tarso, Daniela visita el cementerio veredal, documentando la posible zona donde se encontraría el cuerpo de su padre, registrando fotográficamente el lugar, levantando un mapa y tomando las coordenadas geográficas.

© Octubre 2020: Daniela vuelve a reunirse con la UBPD, entregando la nueva información recopilada y solicitando labores de búsqueda en terreno en el cementerio de El Tarso, Caldoño.

© 26 de marzo del 2021: Daniela participa en el Encuentro por la Verdad “Reconocimiento por la vida: Caldoño cuenta la Verdad” organizado por la CEV donde visibiliza los impactos de la desaparición y el reclutamiento de menores en su territorio.

© Segundo semestre de 2021: Debido a retrasos en las labores de exhumación humanitaria en El Tarso por parte de la UBPD, Daniela envía varios derechos de petición y asiste a diferentes reuniones, buscando celeridad en el proceso.

© Enero 2022: Con la intención de ser acreditada como víctima del conflicto ante la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), Daniela se entrevista con profesionales de dicha institución y envía un derecho de petición solicitando que se avance articuladamente en la búsqueda de su padre.

© 01 y 02 de marzo de 2022: Finalmente, la UBPD realiza la recuperación de tres cuerpos en el cementerio de El Tarso con la participación activa de Daniela.

© Julio: septiembre de 2022: Junto con otras mujeres buscadoras de Caldoño, Daniela envía derechos de petición a diferentes actores institucionales y organizativos para solicitar prioridad a los procesos de búsqueda del municipio.

© Julio 2022 - Daniela empieza a escribir sus memorias.

© Noviembre 2022: Luego de los análisis de laboratorio y las pruebas genéticas, se establece que uno de los cuerpos recuperados en el cementerio de El Tarso es el padre de Daniela.

© Finales 2022 – principios 2023: Daniela envía solicitudes y peticiones ante la JEP para garantizar su derecho a la verdad, exigiendo que se conozca la información completa sobre posibles exhumaciones previas realizadas por el ejército a principios de los noventa en el cementerio de El Tarso, donde se habría infringido violencia sobre el cuerpo de su padre. Además de solicitar que se reconozca la vinculación de menores de 14 años al conflicto armado por parte de las milicias del Sexto Frente de las FARC.

© Junio 2023: Ante los diferentes tropiezos para realizar la entrega digna de los restos de su padre, Daniela decide realizar diferentes acciones para exigir sus derechos, desde entrevistas con medios de comunicación, derechos de petición, hasta un plantón en frente de las oficinas de la UBPD en Cali, evidenciando la falta de coordinación entre entidades del estado, como la Registraduría y Medicina Legal para emitir el certificado de defunción y así concretar la entrega digna.

© 30 de septiembre 2023: Se realiza la entrega digna de los restos del padre de Daniela en la ciudad de Cali.

© Noviembre 2023: La historia de Daniela y su padre fue elegida para ser parte del documental de la UBPD “Por cielo y tierra”<sup>43</sup>, donde se retrata los procesos de búsqueda humanitaria en Colombia.

© Abril 2024: El documental “Por cielo y tierra” es estrenado a nivel nacional.

© Junio 2024: Por invitaciones de las instituciones, Daniela comienza a ser parte de la Comisión Asesora para el Sistema Nacional de Búsqueda, dando a conocer los procesos de búsqueda desde los territorios indígenas y campesinos (El Espectador, 2024).

© Julio 2024: Luego de participar en una convocatoria pública para ser parte de la Red de Apoyo Operativo para la Búsqueda de la UBPD, Daniela lidera la implementación de la iniciativa “Caldono: voces de la montaña”, enfocada en apoyar los procesos de búsqueda de la zona montañosa de su municipio, haciendo énfasis en el especial acompañamiento de familias que buscan combatientes. Con esta iniciativa, Daniela logró realizar 24 tomas de muestras genéticas, 15 nuevas solicitudes de búsqueda y 25 casos completos (UBPD, 2024b).

43. Ver: [https://www.youtube.com/watch?v=wZn92vZhH\\_I&t=1136s&ab\\_channel=UnidaddeB%C3%BAsquedadePersonasDesaparecidasUBPD](https://www.youtube.com/watch?v=wZn92vZhH_I&t=1136s&ab_channel=UnidaddeB%C3%BAsquedadePersonasDesaparecidasUBPD)

© Octubre 2024: Con el fin de visibilizar a nivel internacional los retos de la búsqueda de personas desaparecidas en Colombia, Daniela participó de un conversatorio junto con la UBPD en el Instituto de Paz de los Estados Unidos con sede en Washington (USIP, 2024; Voz de América, 2024).

© Diciembre 2024 – mayo 2025: Daniela ha continuado documentando casos de desaparición en Caldono, orientando a familias y recabando información sobre posibles lugares de inhumación en los territorios. Desde febrero de 2025, lidera un grupo de apoyo mutuo de mujeres buscadoras en Caldono, llamado U’ywe’sx Çxhaçxha Yaakxsaa” (Mujeres Valientes), desde el cual se realiza un proceso colectivo de construcción de memoria e incidencia para la búsqueda de todos los desaparecidos de Caldono<sup>44</sup>.

44. Para más información del grupo de mujeres ver: <https://www.culturalsurvival.org/es/news/uywesx-cxhacxha-yaakxsaa-valientes-mujeres-nasa-resisten-la-violencia-de-las-desapariciones>



## *Semblanzas*

### AUTORA

Daniela Andrea Mostacilla

Mujer indígena Nasa del resguardo Indígena San Lorenzo de Caldon (Cauca, Colombia). Madre, mujer, activista e hija que durante toda su vida esperó poder encontrarse con los restos de su padre desaparecido por el conflicto armado interno. Profesional en Matemáticas y actual docente de la Universidad del Valle, sede Buga.

### EDITORES

John Edison Sabogal Venegas

Psicólogo y antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante doctoral en Antropología Cultural en Duke University (Estados Unidos). Como investigador social, ha trabajado principalmente en el suroccidente de Colombia sobre los impactos del conflicto armado en poblaciones rurales.

Elisa De Oliveira Ribeiro

Artista brasileña formada en el magíster en Teatro y Artes Vivas en la Universidad Nacional de Colombia. Es profesional interdisciplinar con experiencia de trabajo en proyectos sociales y artísticos alrededor de la defensa de los derechos humanos, acompañamiento de procesos organizativos de base y experiencias educativas comunitarias en contextos rurales y urbanos.





## Bibliografía

Almendra, V. (2017) *Entre la emancipación y la captura. Memorias y caminos desde la lucha Nasa en Colombia*. México: Grieta Editores.

Amnistía Internacional (2024) *Transformar los dolores en derechos: Riesgos, amenazas y ataques a las mujeres buscadoras en Colombia*. Consultado en: <https://www.amnesty.org/es/documents/AMR23/8752/2024/es/>

Amador, M. (2018) “Co-laborar, co-descubrir el campo, co-des-cubrirse en él y dejarse interpelar. Aprender a aprender sobre las experiencias de violación sexual a las mujeres nasa del norte del Cauca”. *Revista Colombiana De Antropología* 54(1): 89-119.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. Bogotá: CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) *Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013)*. Bogotá: CNMH – IEPRI.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018) *Bloque Calima de las AUC. Depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano. Informe No. 2*. Bogotá: CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017) *Una guerra sin edad. Informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano*. Bogotá: CNMH.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2021) *Caldono y sus habitantes contaron su verdad*. Consultado en: <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/caldono-y-sus-habitantes-contaron-su-verdad>.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2022) *Hay futuro si hay verdad. Informe Final. Tomo 8. No es un mal menor: niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado*. Consultado en: <https://www.comisiondelaverdad.co/no-es-un-mal-menor>

Consejo Regional Indígena del Cauca (2022) «*Entonces, ¡hablamos!*»: informe sobre las afectaciones del conflicto armado a los pueblos indígenas que conforman el Consejo Regional Indígena del Cauca-CRIC, 1971-2021. Popayán: Universidad del Cauca - CRIC.

Cxhab Wala Kiwe - Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (2021) *Cxhab Wala Kiwe ACIN -Juego Cxayuce*. Consultado en: [https://www.youtube.com/watch?v=alsbU\\_gvHWc&ab\\_channel=%C3%87xhabWalaKiwe-ACINCanalOficial](https://www.youtube.com/watch?v=alsbU_gvHWc&ab_channel=%C3%87xhabWalaKiwe-ACINCanalOficial)

El Espectador (2019) *Una conversación con el guerrillero más antiguo del mundo*. Consultado en: <https://www.elespectador.com/colombia-20/conflicto/una-conversacion-con-el-guerrillero-mas-antiguo-del-mundo-article/>

El Espectador (2024) *La potencia del Sistema Nacional de Búsqueda*. Consultado en: <https://blogs.elespectador.com/actualidad/las-palabras-y-las-cosas/la-potencia-del-sistema-nacional-de-busqueda/>

El Tiempo (2023) *Aunque no conoció a su padre, que estuvo desaparecido 18 años, hija recibió sus restos*. Consultado en: <https://www.eltiempo.com/justicia/paz-y-derechos-humanos/desaparecidos-hija-recibio-restos-de-su-padre-tras-18-anos-de-busqueda-811934>.

Jimeno M.; Varela, D. y Castillo, Á. (2015) *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Lara, P. (2014) *Siembra vientos y recogerás tempestades: la historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*. Bogotá: Planeta.

Molano, A. (2016) *A lomo de mula. Viajes al corazón de las FARC*. Bogotá: Aguilar.

Moreno, I. (2018) “Miguel Pascuas el último guerrillero marquetaliano”. *Revista Cambios y permanencia*, 9(1): 694-719.

Mostacilla, D.; De Oliveira, E. & Sabogal, J. (2023) “El Caminar de la Palabra: Encuentros de Búsqueda, Memorias y Sanación”. *Periódicus* 19(1): 151-169. <https://doi.org/10.9771/peri.v1i19.53009>.

Ortegón, J. (2022) “Mujeres buscadoras: elementos de reflexión para contribuir a su reparación integral”. *Pensamiento Jurídico* 55: 13-54.

Peñaranda, R. (2015) *Guerra propia, guerra ajena. Conflictos armados y reconstrucción identitaria en los Andes colombianos. El Movimiento Armado Quintín Lame*. Bogotá: CNMH-IEPRI.

Portela, H. & Portela, S. (2018) *El Arco, el Cuerpo y la Señal: Cosmovisión de la Salud en la Cultura Nasa*. Popayán: Universidad del Cauca.

Prensa Rural. (2006). “Movimiento Sin Tierra Nietos de Manuel Quintín Lame. Ante el desinterés del gobierno, ocupamos el predio Mal Abrigo”. Consultado en: <https://prensarural.org/spip/spip.php?article158>.

Rojas, A. & Useche, V. (2022) “Las guardias indígenas y cimarronas y sus aportes en la construcción de paz en el Cauca”. En J. Uribe, I. Rodríguez & J. Baquero (coord.) *Paces desde abajo: Desafíos y oportunidades de otra paz*. Bogotá: Universidad del Rosario.

Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (2022) *Unidad de Búsqueda realiza acciones humanitarias en Caldon, Cauca, para contribuir a la verdad de lo ocurrido con las personas desaparecidas a comienzos de los años 90*. Consultado en: <https://unidadbusqueda.gov.co/actualidad/caldono-cauca-accion-humanitaria-2022/>

Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (2024a) *Día Nacional de las Mujeres Buscadoras, un compromiso con la búsqueda humanitaria de personas desaparecidas en el Huila*. Consultado en: <https://unidadbusqueda.gov.co/actualidad/huila-mujer-buscadora-firmante-paz-octubre-2024/#:~:text=Al%2030%20de%20septiembre%20de,3.595%20se%20reconocen%20como%20campesinas.>

Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (2024b) *Experiencia en la Red de Apoyo Operativo para la Búsqueda - Daniela Andrea Mostacilla* (Cauca). Consultado en: <https://www.youtube.com/watch?v=QDP5vJR1TY8>

United States Institute of Peace (2024) *Searching for Colombia's Missing Persons*. Consultado en: <https://events-at-usip.castos.com/episodes/searching-for-colombias-missing-persons>

Villamizar, D. (2020) *Las guerrillas en Colombia. Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Bogotá: Debate.

Voz de América (2024) *Las desapariciones en el conflicto colombiano: cómo una joven halló los restos de su padre*. Consultado en: <https://www.vozdeamerica.com/a/desaparecidos-conflicto-colombia-joven-encuentra-padre/7869830.html>

Esta publicación contó con el apoyo de las siguientes becas:  
Engaged Research Grant por Wenner-Gren Foundation  
for Anthropological Research y Mellon/ACLS Dissertation  
Innovation Fellowship por American Council  
of Learned Societies.

**“Resistiendo al Olvido” es la biografía de Daniela Andrea Mostacilla, lideresa y joven activista del pueblo Nasa del Cauca, que relata sus vivencias alrededor del conflicto armado en Caldon, su territorio natal, así como el proceso de búsqueda de su padre, a quién buscó durante más de una década luego que desapareciera mientras hacía parte de la guerrilla de las FARC-EP durante los años noventa. A partir de una dimensión personal y emotiva, con una profunda riqueza descriptiva y reflexiva, este libro refleja las complejas y variadas capas de la violencia en el suroccidente colombiano, los contextos adversos donde niños, niñas y jóvenes hacen su vida en medio del conflicto armado, y las diferentes estrategias de resistencia que crean personal y comunitariamente las mujeres buscadoras de personas desaparecidas en Colombia.**

